3 1761 06742927 4

COLEGIO DE STA.
B
Armario 8.º
Tabla 2.ª

Q = 131

M. CARRERO
RECORD OF BIRTHS
MARRIAGES & DEATHS
CHAMBERS
TABAY
CO.

HERMINIO MADINAVEITIA

RECUERDOS DE UN CENTENARIO

(III DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»)

TRABAJOS PREMIADOS EN EL CERTAMEN CERVANTINO CELEBRADO EN VITORIA

Y EN LOS JUEGOS FLORALES DE SEVILLA

(Mayo de 1905)

VITORIA

IMP. DE LOS HIJOS DE ITURBE

1905

LIBRARY
DEC - 4 1911
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6341
B05 M3

Thomas

Á todos aquellos por quienes salen á luz los trabajos que aquí se guardan; y á cuantos les debe perdurable gratitud, dedica este pobre libro, cuyo nacimiento no olvidará nunca,

El Autor.

Para el digníssimo Teniente Coronel de Artillería D. Teodoro de Ugarte, Juez de este Consulado Valenciano, en testimonio de respetuoso afecto

Hermenegildo Madrazo y Ortiz

DOS PALABRAS

Si es gran virtud el agradecer, ¡cómo querría que no me faltase ahora, para darme por entero á amigos cariñosos, cuyos nombres, más que al fin de estas páginas, quedan grabados indelebles en mi alma!; á esos amigos por quienes los míseros trabajos que aquí van y que nunca pensaron ver la luz, salen á ella, ni airosos ni gallardos, que prendas que no se tienen no se dan, mas sí reconocidos, y proclamando un origen tan honroso, tan enaltecedor, que por pregonarlo, hasta se exponen, contentos, á que se les juzgue, cuando sean leídos, muy de otra manera que se les supuso al recibir los lauros con que Jurados benévolos quisieron recompensarles.

Porque, conocida la materia de este libro, ¿no es de temer, para quien lo escribió con precipitaciones y afanes, que produzca el desencanto de esos ídolos que infunden pavor y respetuoso culto cuando se les mira entre sombra y misterio, y que, alumbrados por la claridad del día, no son más que trozos de leño ó piedra, sin valor artístico ni mirífico poder?

Mas de todos modos, sea como fuere y apréciesele en lo nada que vale, él, este para mí inolvidable **Recuerdo**, se viste de gala y va sumiso y obediente con quienes, movidos de un cariño que abruma y que no puede pagarse, le mandan que se apreste á lanzarse á la pública crítica.

Ya está pronto á recibirla. Más justiciera cuanto más desfavorable, orgulloso la acogerá, como quiera que se le muestre. Orgulloso, porque es inmensa la merced que con publicarse se le da y si tal don del afecto le viene ¡qué va á pretender ni pedir que más valga que no le compense de cuantos molimientos puedan ocurrirle?

Sea él, pues, en su insignificancia, muestra pobre de un reconocimiento, el de su autor, tan grande que no admite expresión; reconocimiento á todos, en especial á los generosos editores de esta obra; á cuantos confundiéronle con sus obsequios en días para él imborrables; á sus buenos amigos Gabriel Martínez de Aragón y Miguel del Río, que consiguieron, al copiar, con amores fraternales, los trabajos que aquí se en-

cierran, que éstos llegaran á los Concursos á donde tuvieron la audacia de ir. Y no se olvide, tampoco, á mis también excelentes amigos Pedro Gonzalo y Juan Arámburu que, empeñados en mostrar aquí mi "vera efigie,,, lo han conseguido con arte admirable. Que compense su pericia á la ostentación que hacen de mi insignificancia.

Gracias, gracias perdurables á todos.

Y una observación última.

Al releer, ya en libro, la materia formada por éste, encuéntrase quien lo hiciera con que cayó, con instinto de inconsciencia y por la afinidad de los temas que desarrollar quiso, en frases coincidentes, en conceptos que mucho se parecen si se les mira, no en trabajos aislados que un seudónimo oculta, pero sí al reunirse dentro de los límites de un círculo común.

Bien que los que han de olvidar faltas mayores, fácilmente pasarán por alto ésta, mínima comparada con las otras.

Porque estas páginas, por el cariño envueltas, el cariño ha de juzgarlas. Y ante él ¿no serán insignificantes, defectos monstruosos, como son imperceptibles á la vista las manchas del sol, cubiertas por el mar de fuego de rayos lumínicos y de deslumbradoras cataratas de oro?

Mayo 29.

ANÁLISIS LITERARIO DEL DISCURSO DE «DON QUIJOTE» SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

LEMA: «PAX HOMINIBUS.»

Análisis literario del discurso de "Don Quijote,, sobre las armas y las letras.

Obtuvo el Premio de Honor y el del Ateneo de Vitoria

I

Sobado es el tema y manido está, que así le pusieron el afán, vivo en cien ocasiónes, de proclamar, con el testimonio inmensísimo del mayor de nuestros literatos, el predominio de las armas sobre las letras.

Mas cuando se acoge el enunciado, para el que se pide un análisis, á la sombra protectora de un Centro científico, literario y artístico, donde justo es que se preconice la gloria de las letras sobre las armas, parece como que en el ánimo se siente el escozor de pre-

gonarlo así *urbi et orbi* y aun de romper una lanza en defensa del aserto.

Hermoso, obra, al fin, de mano cervantesca, es el admirable discurso que aquí se pone como obligado fondo de un trabajo de crítica, y que antes saliera, fervoroso y entusiasta, de la boca del esclarecido *Don Quijote.*

Mas los tiempos pasan, corren los días con su carga de preocupaciones y su bagaje de ideas, dejando unas y apercibiéndose de otras, y así como la novela inmortal ni se marchita ni envejece, porque guarda el reflejarse, que siempre perdura, de la vida, del mismo modo, lo que, aun siendo pensar del héroe de aquella, es pensar que se limita á un aspecto no del vivir de los hombres de ayer, de hoy, de mañana, sino de la sociedad en que quien habla se mueve, lo que no es esencia del libro, puede variar y mudarse con el cambio de criterio de los que le juzgan. Y así con ese discurso. Puramente episódico, dicho en una sobremesa deliciosísima, si lo borráis, nada pierde el novelesco relato en integridad, en ameno deslizarse de aventuras y hazañas que con hilos de oro se encadenan. Si prescindís de él, á lo más, aunque se colija, que de otra suerte no estaría en carácter el personaje, no sabréis el sentir quijotesco en lo que se refiere á la superioridad en que pone á las armas sobre las letras.

Pero no pasará otra cosa. *Don Quijote,*—citando á Heine—, continuará haciendo reir á los niños, pensar á los hombres y llorar á los viejos.....

Insisto: aunque generaciones y generaciones se renueven, como se truecan y sustituyen los átomos de la naturaleza sin que ella falte, así queda inmoble y per-

manente á través de la humanidad el libro inmortal que es espejo donde las sociedades, unas tras otras, se miran. Pero así como especies naturales ó se transforman ó desaparecen, sin que la naturaleza deje de ser lo que es, algunos animales prehistóricos, por ejemplo, al igual puede subvertirse y trocarse algo que, no substancial á la novela, merece á nuestros coetáneos fallos y aseveraciones que no le dieran los que lo fueron de otras edades, de otros días.

En tal sentido el discurso sobre las armas y las letras puede ser mirado por dos aspectos: por el de época; por el que se le mira á la luz del instante histórico en que se produjo, y por el de la posteridad que lo examina tres centurias después de pronunciado, bajo los reflejos azulinos de los focos eléctricos que nos alumbran.

Eso querría hacer yo: juzgarlo con el espíritu de tiempos que fueran y con el más inquieto, descontentadizo, analizador y ansia no acabada, de los que corren.

II

¿ Cómo se comprende que *Don Quijote* no cantase las excelencias, que sobre todas ponía, del ejercicio de las armas, cuando hace suyos los versos del antiguo romance

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear.....?

Y calcinándose hasta lo más íntimo de su sér por el ardoroso fuego de la caballería y de sus andantes aventuras, cuya inspiración eran, sí, excelsos ideales, pero que al brazo armado, cuando á la fuerza se llamaba, debían encomendarse, ¿ cómo se comprende que el ínclito hidalgo no preconizara las glorias insuperables de los medios por los cuales se llega á los altos fines de desfacer agravios, y enderezar entuertos y acudir á las doncellas, y amparar á las viudas y socorrer, en una palabra, á cuantos de protección estaban necesitados ? Pe-

didle al sol que no caliente ni alumbre, al aire que no oree y vivifique, que no rueden los astros en el cielo, y exigid entonces que quien es el valor mismo personificándose, y el temerario arrojo, y la fortaleza pujante que no cede ante los más descomunales peligros, se despoje de su ánimo brioso y caiga humillado á confesar que no son superiores las armas á las letras.

No, eso no es posible; el más acometedor de los caballeros, el más esforzado, el que viene á ser espejo y cifra de todos los que el orbe contara ¿cómo es posible que renegase del empuje de su lanzón, del filo de su tajante espada, de la virtud del yelmo y de la defensa del escudo?

Más fácil hubiese sido forzarle á declarar, en aquella memorable noche de los miedos sanchiles, que eran mazos de batán, y no tremebundos jayanes, los que ponían en guardia á *Don Quijote* para acometer, en rayando el alba, una de las más espantables empresas que á su valerosa audacia se ofrecían.

No, esto no podía ser, ni tampoco que Cervantes, aunque creyese en la supremacía de las armas,—que al fin y á la postre él fué soldado que en triunfal batalla regó mares de gloria con sangre á la patria ofrecida en hermoso holocausto—dejase de ponerla como un cántico de adoración en boca de *Don Quijote*.

Que éste, portándose de otra manera, no hubiese estado en carácter, y el personaje, si literariamente se le mira, es tan uno, tan conveniente, tan íntegro, se adunan con tanta perfección las partes al todo, y de tal suerte el todo se acomoda á lo que le compone, que ni críticos ni preceptistas pueden pedir más á una figura imperecedera desde que se lanzó á los andantescos menesteres.

Posible es que el *Manco* ilustre no participase de la opinión de que es pregonero su héroe, aunque quien fama y láuros inmarchitables adquirió en guerra y escribiendo, manejando « ora la pluma ora la espada, » lo mismo puede entonar himnos de loa á ésta que á aquella; no es difícil que el escritor sin segundo en más tuviese su mano inútil, en honrosísimo combatir muerta al movimiento, en « la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, » que, la tan diestra en empuñar la péñola, que por ella el mundo entero se postra hoy ante el genio triunfante, pero, aunque así no fuese ¿cómo *Don Quijote* no iba á ensalzar las preeminencias de las armas, si, con las armas identificándose, en esos sus marciales arreos ponía en lo más alto aquel sublime ideal de hacer el bien y de llevar consuelo á quien lo necesitase?

Sobre que los tiempos de lucha eran. No pidáis ardor combatiente al que no oyendo las voces fatídicas de la guerra ignora lo que dicen con sus gritos de muerte. Al que débil ó flojo no se siente empujado al ajetreo del combate, no le exijáis, como no surjan en él fenómenos anímicos ó extraordinarias circunstancias, que busque hazañoso el sitio donde la gloria corona á los héroes. Al que se educó olvidándose de que los hombres se matan por los fines que á sañudas contiendas les conducen, no habéis de demandarle el ardor de quien arrulló su sueño con bélicos fragores y estrepitoso resonar de clarines, de cascos aferrados, de aceros que chocan y se estrechan..... y si esto es así y tan cierto ¿qué se le va á pedir á *Don Quijote* y aun á Cervantes mismo, que no se conforme con el juicio de aquel respecto á las fatigas

y merecimientos del militar y del letrado, del hombre de armas y del hombre de letras ?

Y digo que también á Cervantes, porque en siglos vivió por el estrépito de las batallas abrumados.

Recorred la historia. Guerras aquí y allá, en los umbrales de la casa propia y en confines lejanos ; guerras de religión, guerras de conquista, guerras de mantenimiento de tierra extraña, guerras por todas partes : ¡ aquel guerrear de decadencia patria que iba cercenando el sol luciente nunca puesto en españoles dominios ! Y tal bélica atmósfera, hace tres centurias, cuando más se divinizaba que ahora el poder, siempre innegable, de la fuerza ; tal estruendoso aparato de ejércitos y expediciones de escuadras, de marítimas empresas celosas ¿ qué habían de producir sino el afán belicoso, el ansia de lucha, el ambiente de encarnizamiento y con él la legítima afición á las armas, los rojizos horizontes militares abiertos, el épico entusiasmo y como su secuela el canto vibrador y estremeciente de las loas al guerrero y á su ejercicio, más acaloradas que las que caen sobre el varón que al estudio se da y que entre el reposado y suave volar de las Musas se entretiene ?

Sí, los siglos de antaño pedían sangre y esgrimir reluciente de aceros ; quienes profesaban la religión de llevarlos, prontos á que centellearan con honra, natural es que preconizasen la superioridad que iba con los que, mostrándolos, poníanse en cumplimiento de un deber sagrado.

Un *Quijote* deprimidor de su ejercicio sería tan incomprensible ¡ si casi lo es hoy con todas nuestras jactancias de adelanto ! como un Tolstoi del siglo XVI empeñándose en convencer á los hombres de que sólo por

el amor deben unirse y que la guerra, en sus efectos, es odio y venganza las más de las veces.

No comprendieron aquellos días ¡si han de pasar muchos para que se comprenda! que las privaciones y amarguras del soldado, pocas en el libro junto á las inenarrables de la realidad, el saber y el afecto pueden hacerlas innecesarias, y que fruto tan ópimo, de las letras, más que de las armas, puede provenir generoso.

Pero, qué más? el propio *Don Quijote,* en aquel sueño del más diáfano idealismo de la « edad de oro » ¿no ensalza los beneficios « de la paz, de la amistad y de la concordia, » cuando « se ignoraban las palabras tuyo y mío » y en la corrupción de tales tiempos de ventura no pone la necesidad de que naciera « la Caballería, » orden de que era profesante rendido y ardiente?

No van hoy los preconizadores de una sociedad nueva tan lejos como el hidalgo de la Mancha fuera al cantar la ventura de las épocas sin guerreros alardes, sin armas, sin ambiciones, sin envidias, sin el afán maldito de matarse cuando la muerte, lo dice también el gran Cervantes, es segador que nunca se detiene, que no descansa en la siesta que abrasa ni en el sueño que repone vigor y energía!

Mas ¡que no nos alucine el mágico señuelo! Real siempre, *Don Quijote* se ajusta á la realidad imperante, á excitaciones de su temperamento, á lo que su oficio le pide y su misión le demanda, y á lo que es como prenda y nota de su carácter, colocando por encima de la Literatura, la Milicia.

Sobre que, aparte la verdad en el elogio, en el que luego querríamos entrar, la ocupación de las armas, mal pagada y todo, con los sinsabores y privaciones que

siempre van tras del que las ciñe, ofrecía campo anchuroso á avaros planes de medro; convidaba á muchos con el aura luminosa que á los ejércitos envuelve; era brindis de imprevistas sorpresas y acicate de fortuna en tierra de otros; éstos teníanla como compensación, de los peligros que guarda, á placeres y holgazanería que esperaban, y aquellos, sin patrimonio ó queriendo lustrar el de la estirpe, en viajes y combates veíanlo más con el deseo que entre botines y galones. Pobre y equívoco sería todo ese porvenir, mas ¿cómo era el de las letras? Interroguemos á Cervantes mismo, á todos los escritores que más brillo han dado al blasón refulgente de España. En vivir extraño á su profesión mantúvose siempre; ¡un genio ocupándose en menesteres que tanto manchan y acortan el volar de sus alas! De editores no se hable; ¡aun con el valor de la moneda de entonces, da risa, ya que no produzca compasión, el mísero pagar á aquellos libros sin precio, que, como *El Quijote,* más, mucho más vale que si cada una de sus letras fuera brillante refulgente! Y ¿no habla nada del sonrosado nimbo que á los hombres de letras rodeaba el saber que sus obras bajo el amparo de las armas tenían que refugiarlas?

La ocupación noble de las armas, la más ennoblecida, constituye un punto de la psicología nacional. Bien estudiado ¿cómo no habría de verse que responde á condiciones de raza y de carácter y que influye, con influencia pesadora, en nuestro vivir contemporáneo? Ello es, sea como fuere, que á *Don Quijote*—y creemos haber entrado en las causas—gustábanle más las armas que las letras.

Lo que en loa de las primeras dice, es el más her-

moso alegato en pro de su alcurnia, de sus merecimientos, de sus altas virtudes.

Compara el vivir del estudiante con el del soldado y pobres y sin ventura los dos, pues si aquel sufre « la mayor miseria que entre ellos llaman andar á la sopa, » es el otro, « ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que llega tarde ó nunca ; » pero en el sopista pone el andante caballero la felíz transformación de trocar en hartura su hambre y en riqueza su desnudez, viendo cómo bastantes, « llevados en vuelo de la favorable fortuna » mandan y gobiernan el mundo « desde una silla » ; y en cambio el mílite recibe su bautismo de sangre cuando en la batalla colócanle la borla de la licenciatura, y sus trabajos, son, comparándolos, mayores que los que al estudiante acosan.

Y pregunta « ¿ cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella ? »

No acude á la mente de *Don Quijote,* á lo que se ve, que de esos que « desde una silla » gobiernan el mundo, eran entonces el menor número los hombres de letras que los de armas. Separemos la dignidad Pontificia, uno, en varios años, entre millones ; no nos hagamos cargo de las altas dignidades eclesiásticas, más vinculadas entre segundones de casas nobles y mílites, que abiertas, como hoy, á la democracia de abajo ; no queramos referirnos á otras jerarquías inferiores, á las obispales, por ejemplo, más prontas á ser escabel de herencias y linajes que á servir de asiento á la popular masa. No, no aludamos sino á las funciones de aquellos gobiernos absolutos donde los primates, los escogidos, los secretarios, no eran, por lo común, letrados sino

hombres de armas, que ceñían militares arreos; los tales, mil veces, han resuelto los patrios designios, y sin hablar de los eclesiásticos belicosos y jefes, bastaría recordar al gran Cisneros, cardenal, sí, mas perito también en las lides de la guerra, que afrontó como soldado.

¡Premios! Sí que son pocos los de la guerra, y más comparándolos con las víctimas que causan. Pero ¡cuán escasos los de las letras! Mírese, en parangón, éstos con los que las armas reciben, y veráse cómo del ajetreo marcial proceden los títulos de nobleza, los más honoríficos cargos y que, generalmente, la pobreza estudiantil que evoca *Don Quijote*, acompañar suele á los letrados, aun á los genios portentosos de la humanidad, hasta el agujero insondable de la muerte. Y de los premios ¡sí que es verdad que en los combates no son tantos como las muertes! Mas eso argumenta en favor de las aureas edades cervantescas y más cuando aquellos son más brillantes según la jerarquía sobre que caen.

Sin tener en cuenta que las mercedes es más fácil darlas á los letrados «que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesión, y á éstos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven.....» *Don Quijote* lo dice, pues; la recompensa á los letrados es más hacedera; más costosa para los mílites.

Y en cuanto á las víctimas, una sóla de la guerra, en colisiones determinadas, vale por todas las causas que las producen, pero ¿no es morir callado y miserable el de aquellos que, sin campamento á sus hazañas letradas, sin el aliciente á su esfuerzo, sin el aire preciso para volar, ni producen ni producir pueden, por-

que el duro existir les ata con garfios de necesidad al banco donde el genio no se sujeta y en el que, si han de buscar el pobre sustento corporal, tienen que prescindir del deleitable regalo del espíritu ? No son, tambien, incontables, las obscuras muertes, sin gloria y sin batalla, de los tristes vencidos de la vida que, llamados, por lo menos, á los banquetes ideales, no pueden acudir á ellos porque la obligación les encadena á materiales menesteres ?

Pues hombres de letras son éstos y mueren como el soldado en el combate, peleando por algo grande, sin otra esperanza de don que la que entrevieran un día, en locas soñaciones, en el ansiado beso de la fama.

Decir quiero que la existencia no tiene perdón para sus víctimas y que si sanguinosas se abaten unas en las batallas, también caen otras entre el polvo del tráfago contínuo, en el silencio y el retiro más ignorados.

Don Quijote, al establecer un paralelo entre las letras y las armas en lo que se refiere á dirimir el pleito de si las leyes se afirman en la fuerza ó la fuerza en las leyes, quédase, al parecer, en el fiel de la balanza. Para los instantes en que dijera su discurso, aquellos en que pretende resucitar las ordenanzas caballerescas ¿ quién duda que la ley, sin fuerza que la apoye, es como expresión sin espíritu que la anime ? Viene á ser hoy lo mismo y el aspecto social ha cambiado no poco ; mas ajustando nuestra conducta á la norma de lo bueno y lo justo, elevándose á las esferas, ideales, si queréis, porque si se conciben, el llegar á tocarlas es difícil, á las esferas, digo, donde la libertad de unos sólo en la de los otros tiene sus límites, sublimándose al perfecto camino que Jesucristo nos traza espléndido ¿ qué necesarias son ni

leyes ni fuerza, aunque si de ésta en absoluto puede prescindirse, aquellas, siendo cánones generales de acción, como indeclinables han de contarse?

Conformándome con el sentido de la realidad, como se acomodó el buen Quijano, es más, retrocediendo á los momentos de sus aventuras, proclamo la necesidad de la ley y de la fuerza que la sostenga, que la reivindique sus fueros, mejor; mas, de todas suertes, por este lado, la preeminencia de las letras es indudable. Ellas son el pensamiento, la idea....; dejad que hasta el esfuerzo material se le rinda, sin perjuicio de acudir en su socorro si necesario fuese!

« Tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á éstas adherentes » cuesta, siguiendo el pensar quijotesco, el ser preclaro en letras; nonadas comparándolas con la labor de ser « buen soldado, por sus términos, » porque éste « á cada paso está á pique de perder la vida. »

En el concepto amplio que ha de darse hoy á la palabra *letrado,* poco más ó menos el que quiso que tuviera *Don Quijote,* ya que como contraposición á los hombres de armas se refiere á los *estudiantes,* no seré yo quien niegue la exposición contínua del soldado, pero su vida expone el sacerdote sorbiendo la muerte en la confesión del agónico: y el médico desafiando la enfermedad; y el ingeniero que socaba la mina, abre el túnel ó tiende el puente; el marino que surca los mares; el biólogo que cultiva y trata microbios mortíferos; el químico que ensaya substancias de un poder de destrucción formidable; la religiosa que sonríe ante la peste que ha de matarla; el explorador para quien todas las privaciones y peligros se aureolan ante la perspectiva de un

descubrimiento científico; y ¡qué más! hasta esos modestos trabajadores de la civilización de hoy, órdenes menores del arte y de la ciencia, que sucumben bajo el terraplén que se desploma ó estrellándose en la caída del andamio que se desprende ó rompe!

Claro es que muchas de las actividades y aplicaciones que el novísimo adelanto nos trae, no existían allá cuando se parangonaban armas y letras, pero por eso decía yo al comenzar mi tarea, desaliñada y pobre, que el discurso temático, para ajustarlo á una crítica racional, había que adaptarlo á la que pudo hacerse á la luz de los principios de la décima sexta centuria ó al reflejo de los de esta vigésima en que estamos. Y esos dos puntos de vista tienen que variar como varía el paisaje que se ofrece al espectador desde opuestas faldas de la cordillera.

Si se me arguye que el peligro en la guerra se aproxima y que el que acecha al mílite es espantoso, no diré nada. Por fatal instinto de los hombres la esencia de la profesión es esa: morir, matar, hacer el mayor daño al enemigo, arruinarlo cuanto antes para aminorar los estragos belicosos.

Grande es en este respecto, y mucho se ha cantado sin que de su magnificencia den entera idea las palabras, la misión militar. El soldado se debe á su Patria, valiente y generoso da la vida por ella, la muerte no le acobarda, el huir tiene una significación que él no comprende..... Y por eso, por creer terrible sacrificio, de héroes propio, el que se rinde en las artes de las armas, es por lo que hay que entonar himnos á la paz santa, y volver los ojos á aquella entrevista por *Don Quijote* en la « dichosa edad y siglos dichosos aquellos..... »

Y ¡con qué color pinta el hidalgo la lucha por tierra, la muerte acechándola, y la por mar, donde solo « dos pies de tabla del espolón sostienen la furia y la valentía del combatiente! » El pasaje constituye el argumento Aquiles de la probanza, y verdad es que ante la muerte que siembran aceros ó cañones, arcabuces ó minas, el saber vale muy poco, pues más se requiere ánimo sereno para no espantarse de la adversa fortuna que inspiración ó genio para modular, en bellos decires, delicados ó profundos pensares.

Pero esa imperturbabilidad, dála el honor; le sigue á toda profesión digna, y quien, como el soldado, esclavo de aquel, vive más que de la vida de la honra, ¿no ha de quererla, cuando, si le falta, condénanle el desprecio y su conciencia misma á una muerte más larga y más negra que la que en el combate furiosa y famélica le sorprende?

Y ¡geniales vislumbres! *Don Quijote* reniega de los « endemoniados instrumentos de la artillería » como si vaticinase toda la importancia que modernamente habían de tener en los terribles duelos entre beligerantes enemigos.

Todo, para que el carácter de la figura se ostentara una vez más, porque con la « diabólica invención » ¡adios gallardas aposturas, y brío de brazos, y fortaleza en el pelear, y noble ardimiento para no decaer, y astucia en el herir, y arte en el manejo de las armas y táctico moverlas para que su virtud se mostrase triunfante! ¡adios todo lo que era como rito de la andante caballería! Dolíase el manchego de que todo un valeroso esfuerzo podría abatirse ante una « desmandada bala, que llega disparada de quien quizá huyó y se es-

pantó del resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. » Y de este modo pensando, casi le pesa ser caballero de aventuras en edad que así combate, por medios tan separados de los que mostrar pueden el valor de un brazo y los filos de una espada; pero á quien el propio arrojo era ¿qué se le daba de los mayores peligros á que se ponía y en que no se pusieran los caballeros andantes de otras edades?

Ese es el discurso, glosado á la ligera y con el comento rápido que sugiere, más que una meditación séria, el pasar á escape sobre los puntos que trata.

La superioridad de las armas proclámala *Don Quijote* sin rodeos, sin ambajes. Él era de los que colgaban espada de tahalí glorioso; su lanza, el renombre la sublima; la religión del honor intachable era su credo.

¿Qué podía hacer sino ensalzar lo que era su vivir, aquel vivir altísimo que moviéndose á impulsos de un todavía más alto ideal llevábale á la realización de estupendas hazañas y de inauditas aventuras?

Pero hermoso como es y magnífico el celebérrimo discurso ¿no se os figura hoy,—que en el ayer ya hemos expresado que encajaba perfectamente—, un poco anacrónico y un poco distante de la realidad que nos rodea?

Tal extremo quisiera probar.

III

Y no pongamos en olvido los eléctricos reflejos de que hablaba antes.

Si en vez de preeminencia de las armas sobre las letras, hubiese encarecido *Don Quijote* los trabajos que agobian á quien profesa el ejercicio de mílite, superiores á los del letrado, el aserto no tendría réplica.

Que, como viene á decir muy bien aquel, no hay afán mayor que el de guardar la vida, y el militar la tiene expuesta en cada paso que da en los belicosos menesteres. Ni hay precio que tal servicio pague ni loa que no merezca.

Pero armas y letras necesarias son en una república que bien se rige, y para las ansias quijotinas, aquellas de la paz de todos, más pueden hacer los letrados que los guerreros.

No pensó así *Don Quijote*. Con avizor entendimiento se adelantó á los días de ahora, preconizando la paz armada á que eminentes estadistas se acogen.

Ya lo dice él : la paz, la cantada en los aires « en la noche que fué nuestro día, » cuando los ángeles saludaron la venida del Salvador con el « gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, » esa paz « es joya sin la que en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno » y ella « es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. » En otros términos : *Don Quijote* era partidario del « bellum parat pacem, » lema que hoy se arrogan las naciones, para, temiéndose unas á otras, arruinarse y consumirse.

No quiere aquel la guerra ; ansía la paz con el esplendor de las armas para que se las respete por el miedo que imponen ; cree que son precisas para que la ley se imponga ; pide que no se desconozca el valor de la fuerza.

Eso quieren, también, las grandes potencias novísimas ; disfraz que les sirve para apoderarse de lo ajeno en cuanto lo defienda el débil, en cuanto al decadente pertenezca ; valla que contiene el avance de sociológicos movimientos; esplendor dorado que cubre las ruinas cuarteadas de instituciones que se las lleva el tiempo.

Lo quieren y nada consiguen. Elocuentes y tristísimos ejemplos, prueban que, como es todo relativo, cuando á armarse tocan, los pueblos, á costa de sus sudores y de la substancia de su médula, se arman cuanto pueden, y los resultados vienen á ser iguales, si no más malos, porque los desastres son mayores, que cuando no se había acudido á la sofistería de decir que el mucho pertrecharse evita las guerras. Las evita, las puede evitar, mejor, entre naciones desiguales, podero-

sa la una, raquítica la otra, pero ¿cómo las hace imposibles si ambas son igualmente fuertes y, por serlo, celosa esta del florecimiento de aquella? Lejos de obligarnos á confesar lo que se pretende, en casos como el de autos, fuera con facilidad demostrable que la contienda se precipita furiosa.

No hay que citar casos determinados: abrid el mapa del mundo y mirad.

Es equivocación, pues, ya notada en el proemio del discurso que examinamos, lo de pensar que el lujo en las armas es la paz.

Y anacronismo es eso? diráseme; ¿tener *Don Quijote,* respecto al asunto, la misma opinión que los más empingorotados jefes de gobierno, por anacronismo se diputa? En el campo de los hechos no, en el de las ideas sí. Y como ello, que si queréis que en la peroración quijotesca sea adivinación yo no me opongo, coincide en aquella con el decir lo preeminentes que son las armas comparándolas con las letras, hora es la que corre de tender á probar que tan eso no es cierto, limitándolo al objetivo de buscar la paz bendita, que creo que esta sólo por el esfuerzo poderosísimo de las letras puede imponerse triunfadora, no por el amedrentante de las armas apercibidas á la lucha.

Pero ¡si es más! aun conviniendo en el poder irrefutable de la paz armada ¿quién la arma férrea é inexpugnable, para que infunda pavor, sino la ciencia con sus inventos, el estudio con sus investigaciones, las artes bélicas con su incesante buceo en el abismo de la muerte para encontrar planes é industrias que abatan y reduzcan á la nada al contrincante?

Vedlo: las letras, las letras de la ciencia, nos dan

todos los días explosivos nuevos cuya potencia destructiva sobrepuja á las de las más fogosas imaginaciones que fantasía caballeril pudo soñar; el estudio, que son también letras, calcula sin sosiego alcances inverosímiles de cañones espantables y ¡qué no hubiera dicho *Don Quijote* del fructuoso trabajar de artilleros eminentes para inventarlos!; las artes de la guerra, que no son sólo pericias y estratagemas, hoy inútiles ante esos duelos tremebundos de la artillería, conciben á cada momento resistencias casi inatacables y métodos de devastación de los que la muerte se ríe viendo cómo en su tarea se le ayuda y favorece.

Y ¿de quién es esa labor, quién se la impone más grande cada vez, más portentosa en su siniestra magnificencia? Las letras, las letras que nutren á las armas, que con el precedente necesario del valor en los que combaten, son la guerra misma.

Se sostiene esta, hoy, por el factor importante entre todos los que la rodean para que dé sus frutos: el dinero. Las escuadras poderosas, los ejércitos invencibles se alimentan con oro; este es el remojón clásico del hijo de Peleo que los hace invulnerables, que si ellos no lo fueran, á la larga seríalo el pueblo á que pertenecen.

Y el dinero pueden lograrlo buenos arbitristas y gobernantes preclaros, y un régimen que lleve al país por el camino de la bienandanza; las letras, en suma. Y si se quiere más, búsquese un sabio que á fuerza de revolver viejos legajos é incunables vetustos dé con la piedra filosofal, imaginaria como el deseo que la pide, y tendréis una nación rica, fuerte, armada hasta las uñas y poniendo el espanto en donde quiera que su poder cante con la voz bronca de los cañones.

Mas ¿qué es todo ello ? ; la chispa de la inteligencia humana no prende el fuego de la invención entre unos hombres prescindiendo de otros. A estos prodigios de ingenio, responden los de allá ; cuando una nación se abroquela, las otras le imitan, y con iguales ó parecidos arreos, que no suelen ser los tales, sino poco espacio, del uso exclusivo de quienes los apadrinaran en su nacimiento. Y entonces, toda la inspiración de las letras, llevada al esfuerzo de las armas, viénese al suelo en aterrador y horrísono derrumbamiento. Los buques que son ciudades, como barquichuelos se anegan y caen en el abismo de las aguas ; los colosos de la artillería ó se desmontan ó con su mole pesada dan en el fondo de los mares ; las corazas no resisten el impulso de los proyectiles ; el incendio ahoga maderamen y forjas ; los ejércitos son barridos por la metralla haciendo inútil la temeridad provocativa y la dorada y riente existencia de la juventud ; las fortalezas se aplanan..... la muerte y la ruina se enseñorean de todo.....

El valor de las armas ha sido infructuoso, el aliento que de las letras recibiera mézclase en el lugar de la batalla con el hedor de la sangre que fluye, que corre.....

Pero las letras, pródigas siempre de su savia, si llevan el tributo de su tesoro á las artes bélicas y al pensamiento guerrero, blancas y puras, cansadas tal vez del espectáculo de carnicerías cruentísimas, atentas ahora á las voces angélicas « de la noche que fué nuestro día » cantan de paz, á la paz evocan y la paz, la que funde en amor á los hombres, no la armada pronta á las grandes catástrofes de la guerra, de las letras sólo puede venir.

Se dirá, acaso, que ellas responden á un estado de opinión y que, raras veces, cuando ésta es belicosa,

consiguen los letrados ú oponerse al común sentir ó detenerlo en su corriente. Más fácil que esto es que falten espíritus atrevidos que enseñen á las masas el camino de la conveniencia patria ó el más preciado aún de la humanidad buscando los de la civilización, pero si las letras, con su brillo de soles, desgarran los velos de sombras que á los pueblos suelen envolver ¿ quién duda de su virtud, de su eficacia, de su obra redentora, que lástima es que no siempre cumplan, ó envilecidas ó cobardes ?

Porque su influjo, su poder ¿ se regatea por alguien ? Sobre que *Don Quijote* habla del ejercicio puramente militar, y hoy las armas tienen que ser letradas, que en la ciencia abrevan el rico raudal de ideas que el saber científico siembra aquí y allá, con universales aplicaciones, grandes en interés y útil empleo : y sobre que todo el arte de la guerra es como súbdito de la invención que no descansa y del estudio, nunca sosegado ; que todos los conocimientos son, si algunos indispensables, ornato y florón del mílite contemporáneo. ¿ No son las letras las que conmueven al mundo en su cimentarse ancestral, y las que trabajan y fomentan revoluciones tan hondas como aquella del finar del siglo XVIII, las que son capaces de producirlas con llamaradas de luz y las que, cuando es mayor el estrépito de la lucha, lo acesan y reducen al silencio ofreciendo á la vista los horizontes por donde ha de venir la paz con su vuelo bienhechor y fecundo ?

Y es que son las armas el brazo y el pensamiento las letras. Todo lo que de grande hay en la inteligencia del hombre, á las letras inspira ; el curso de su fluir vital corre hasta por la guerra y cuanto á ella se

refiere, y generosa hasta el altruismo, pone en *Don Quijote* el luminoso pensar que discurre sobre la preeminencia de las letras y las armas, y la idea y el traje con que la viste, el concepto y la frase, que del laboreo mental proceden, encaminados van á probar que las segundas superan y exceden á las primeras. ¡ Sublime sacrificio que se pierde en los espacios ideales del desinterés y del que puede ser símbolo la leyenda del pelícano desgarrándose el pecho para alimentar á sus hijos !

Sí, las letras lo llenan todo, porque son el entendimiento humano concretándose en todo lo grande, en todo lo útil, en todo lo imprescindible, en todo lo deleitable ; en lo que regala y en lo que sustenta ; en lo que mata y en lo que favorece á la vida ; en lo supérfluo y en lo necesario ; en la industria y en los bélicos afanes ; en la ciencia y en el arte como aliño y afán del espíritu : en la poesía que se levanta al cielo y en la realidad que nos sujeta á la tierra.

Pero aunque las letras no fuesen eso, eso y más, porque cristalizan á través de centurias el saber y el sentir de generaciones, lo que fueran y lo que hicieron ; porque trajéronnos almas colectivas para que hasta su más recóndito pensar penetrásemos ¿ no pueden las letras hacer inútil el ejercicio de las armas entronizando triunfante el reinado de la paz ?

¡ Ah, sí ! cuando la cultura, á fuerza de labor letrada, se extienda y fructifique ; cuando no ya en espíritus afeminados sino en los fuertes que por la razón se dejan alumbrar, pongan espanto los afanes y peligros guerreros, sus consecuencias ; cuando diferencias y ambiciones, por grandes que sean, no basten á armar hombres contra hombres : cuando éstos se junten por aquel

« amáos los unos á los otros » que viene de divinal boca no pertrechado de fierezas y horrores sino embalsamándose con suaves aromas de cariño..... entonces no habrá guerras.

Y la labor de las letras es, de los letrados tiene que esperarse. Porque bueno que *Don Quijote*, honrando sus días, honrando su profesión, exteriorizándose en su carácter, honrándose á sí mismo, creyera que para asegurar la paz las armas son precisas, pero ¿ hemos de creer hoy lo mismo, á la vista de innúmeros espantos que las paces armadas no bastan á contener, y reflexionando que los desangramientos costosísimos de las naciones son inútiles para detener la guerra cuando enciende su antorcha de desastres ?

No, hay que amar la paz por ella misma, por lo que es, por lo que vale, por lo que engrandece, por lo que eleva.

Y sus beneficios, sus loores, las letras los cantan. Pueden cantar la guerra, y arrastran al combate electrizados á los hombres, y les subyugan y les hacen ver, como es, lo grande de morir por la patria ; pero son más altos los ideales de ahora y las letras, para cumplir su objetivo, tienen que personificarlos y ponerlos en la cima de la inspiración, que es el alma de ellas.

Sepamos todos ; aprendamos á querernos y no á odiarnos ; desterremos prejuicios y rancias convenciones ; fundámonos en la unción amorosa, que no puede querer matar sino dar vida de venturas ; extendamos el sentir de unos, de hoy, á todos, y los gallardos torneos, y los combates amedrentadores, y las carnicerías rojas y sangrientas quédense entre las páginas del libro de la historia como recuerdos de cosas muertas ó cual esas lá-

minas de antaño bellas, sí, como ejemplares de un arte pretérito, pero exóticas é incomprensibles en la realidad en que vivimos.

Y ¿no pueden hacer eso las letras? Si alguno de los factores que entran en el tema que me ocupa puede hacerlo, el de ellas será.

Y véase si su misión es grande y si, en el ensueño, generoso como todos los suyos, de *Don Quijote,* de afilar las armas para imponer la paz, pueden intervenir con mayor éxito las letras que las armas.

Estas son la misma guerra: lo dice el hidalgo entre los hidalgos: él quiere la paz y por eso canta grandezas de las armas.....; pues la paz sólo por las letras cabe que venga.

Cuando tendidas benéficas sobre el mundo y confraternizando amables con los que lo pueblan, bañen el espíritu de los hombres con el rocío del saber, y con la templanza humilde que aquieta las pasiones y sublima los espíritus, la paz se impondrá, la paz universal, como se impuso el clamoreo de la guerra en aquellos siglos en que se preconizaba la tiranía de la fuerza que manda como déspota y la virtualidad innegable del valor que en más útiles afanes que el de matar ha de emplearse....

¡Oh, armas, sois, pese al quijotesco argumentar, las esclavas de las letras!

¡Letras, sois las señoras del orbe; el que se revela entre incertidumbres de aurora puede obedeceros sumiso si os inspiráis en el amor; en la caridad, forma de él; en lo justo, que es amoroso deseo de dar á cada cual lo que le es propio; en el bien, que es la aplicación de ese amor, emanado luciente del cielo....!

IV

Demostrar hubiera querido las excelencias de las letras sobre las armas.

Creyó *Don Quijote* que si hablan éstas á las otras callar les toca.

Algo he discurrido, no sé cómo, acerca de este criterio, que si se juzga, cual hay que juzgarlo, sujetándolo á los principios indeclinables de los días en que se defiende, es lógico, es natural, es acertadísimo.

Pero que él impere ahora se me figura que riñe con la razón del tiempo, norma que no puede olvidarse si no se quiere dar en la falseta del error.

Los peligros del mílite no son lo que de benéfico puede nacer de la fuerza de las armas, y ya hemos dicho que si ellos son incalculables é incontados, la virtud que de las letras se deriva es tal, que por sí sóla constituye lo que en una nación hay de más grande y poderoso : la literatura y el desarrollo científico.

Prueba que no se tuerce, sino que día por día acrece la verdad que encierra, es el mismo centenario del famoso *Quijote*. Legendarias proezas, ínclitos hechos, hazañas innúmeras, conquistas indecibles que patrios estandartes realizaron..... todo, todo ó muere ó no se rememora con el frescor perenne que lozanea en el literario tesoro de nuestra España.

Y desgraciada ahora, padecerá reveses y la desventura empeñaráse en humillarla y, sin embargo, hasta los pueblos con quienes en brillo de armas no compite, envidiosas la veneran por *letrada,* y el testimonio elocuente de su respeto se lo dan estos días, en que se canta á coro, por todo el orbe civilizado, la gloria inefable de Cervantes y de su obra peregrina.

Suponed más; suponed, en triste visión, que infortunios y desdichas pusieran á punto de desaparecer el nombre de la patria querida..... y no os acongojéis, porque ella perdurará mientras haya hombres que aprecien lo bello y ejerciten la parte más noble de su sér; no os acongojéis, no, porque el espíritu nuestro duerme en mil libros, y uno sólo que subsista, y subsistirá siempre, el *Quijote,* hablará de España más alto que clarines y cañones, que brillo de lanzas y blandir de sables.

Que ese es el poder de las letras y que se imponen y avasallan; que como señoras rigen aunque las armas callen y se emboten.....

¿ Qué ha de decirse de literarios méritos del discurso que he querido analizar ?

La pluma de Cervantes brilla en él con todo el oro que portentosa ostenta.

Es un trozo de aquel soberano decir que pone brillantes en nuestras ejecutorias literarias; es..... un

fragmento del mejor libro novelado que en lengua alguna se escribiera.

En ese trozo la alteza del concepto y el jugoso pintar que representa, como son, cuadros y personas; el entusiasmo por el lustre de las armas y el conocimiento exacto de la vida miserable de los que las letras cultivan; la identificación del hombre con el soldado y la plasticidad, de relieve y bulto, de las penalidades y sacrificios de cuantos se honran con el uniforme de la patria.

Todo en el discurso es admirable; el razonamiento y la lógica en que se apoya; el calor que lo anima y los primores que derrocha. Aquellos párrafos que reproducen el doloroso espectáculo de la lucha, por mar ó por tierra, son insuperables; en los que se retrata el mísero vivir estudiantil asoma donairoso el gallardeo de la novela picaresca.

Más? No. Como observación, la de que no se opone á la solidez de la argumentación, que antes mentaba, el diferente criterio con que razonar se puede en el lapso de tres centurias.

Y como armas y letras se unen y armonizan, y ejemplar viviente de tal consorcio ofrécese en Cervantes, celebremos en él, con las armas y sus preeminencias, al héroe de Lepanto; y con las letras y las aún mayores excelencias que le siguen, al génio inmortal, ante el que se rinden los hombres en abrazo estrecho de concordia, de fusión y de aquella paz santa para la que *Don Quijote* quería el esplendor de los fazañosos arreos que vistiera.

22—25 Abril.

CERVANTES PERFECTO CATÓLICO EN EL «QUIJOTE.

LEMA: DOMINUS VOBISCUM.»

Cervantes perfecto católico

en el 'Quijote.,,

Obtuvo el Premio del Iltmo. Sr. Obispo de Vitoria

El autor del *Quijote,* aporreado tan sin motivo por los cervantistas á la menuda, miopes de la crítica, verdaderos *yangüeses* de la Literatura, que inmisericordiosamente, como los otros en el ínclito y perdurable Hidalgo, se ceban sobre el novelista español sin segundo, quieren ver en este, á fuerza de bucear en su obra, preclara entre las que más lo sean, al Cervantes médico, geógrafo, mareante, militar, jurisperito, teólogo, revolucionario, cocinero..... y sujeto de Dios sabe cuántas manifestaciones. Pudo él mostrarse con muchas, que tales son las dotes del genio que todo lo vislumbra y para el que hasta lo oculto y misterioso viene á ser como atisbo de clarividencias luminosas, pero ¿ qué no hicieron los comentaristas cervantófilos, por sistema,

para no dejarnos de presentar al ídolo con tantos y tan variados disfraces que moverían á risa si no infundiera respetuoso fervor quien, no por propia voluntad sino víctima de contraproducentes afecciones, los resiste y arrastra al desgaire y desmedidos?

Si se piensa como la legión de escritores que no supo mirar de frente al Cervantes coloso y extraordinario, por fijarse en el débil lucir de los destellos más apagados del estro fulgente y radiosísimo de aquél, no se podrá negar el rico bagaje de conocimientos que, por los campos de la más hermosa inspiración, siguiera al simpar novelador, pero sobre que ese cortejo acompaña, por necesario, á los reyes de los dominios artísticos ¿qué son ni qué valen todos esos arrequives y adornos al lado del poder creador, del monumental esfuerzo, de la síntesis acabada, abarcadora de la humanidad, que se hierguen triunfantes en el *Quijote*, para señalar á su autor, que en el libro asombroso tales dones vertiera pródigo, como á uno de los más peregrinos asombros que los tiempos produjeron nunca?

Vale mucho, que es cervantesca, al fin, la varia manifestación de las facultades y filones del venero intelectual del autor del *Quijote*, mas ¿quién duda que son los detalles menos perceptibles de la obra gigántea?

Ella, en su conjunto, en su aspecto total, mejor aún, en lo que tiene de esencia, en el alma que la anima dándola inmortalidad, no requiere ni arreos militares, ni mandiles de marmitón, recetas galénicas ni geográficas cartas.....; le basta con el soplo misterioso del genio que le infunde vida perdurable; con el felíz consorcio de todas las cualidades literarias apetecibles que la hacen perfecta; con el calor humano que por ella corre

anudando siglos y reflejándose en el vivir perenne de los hombres, ya que entraña y encubre el espíritu inmaterial que nos alienta y nos empuja ó á las esferas socarronas y prosáicas, pero muy reales, de Sancho, ó á las idealidades sublimadas y etéreas, ¡ay, reales, también! del ínclito *Don Quijote*.

Todas esas manifestaciones del genio cervantesco dicen muy poco, pues, á lo que de substancial tiene el libro cuyo centenario ahora se festeja. Son los faralaes, si se quiere, que nos hablan de lo mucho que aquel, en esplendores sin iguales, de brocados y tisúes tenía y supo mostrar, mas falto de ellos, aún quedaríase inmarcesible y grandiosa la idea informadora, en valor acrecida por las preciadas vestiduras.

De otra manera; en las prendas que á Cervantes se dan, conviene distinguir las que no influyen para nada en el pensamiento capital de su obra de las que, con otras, son parte al admirable conjunto de la misma. Entre las primeras puede contarse las médicas ó jurisperitas ó culinarias de Cervantes, porque no fué este ni médico ni abogado ni cocinero: entre las segundas su catolicismo, porque de ser *perfecto católico en el Quijote* derívase uno de los aspectos que señalan y distinguen con firmeza el carácter, exuberante de vigor, del héroe del libro.

Sin detenerme á especificar las circunstancias todas que como causas del catolicismo sin tacha de Cervantes podrían presentarse: el origen familiar, la patria, la educación recibida, entre otras, en dos que juzgo esencialísimas quiero fijarme: la época, el medio en que el escritor se moviera y el carácter esencial de la *caballería*. Y ya dentro de ellas, la concepción quijotes-

ca, la contextura del grandioso personaje formado para primero del poema, lo que de él se desprende, de su psicología, de sus hechos, de su sentir, de su brazo esforzadísimo como obra y de su corazón noble que lo mueve, de su pensar cristiano y de su voluntad por altas inspiraciones guiada, concluirá de darnos la fórmula en que cristaliza el perfecto catolicismo de Cervantes en su *Quijote*.

Salió éste á luz, ya se sabe, antes de promediar el año 1605. Ocupaba el trono español Felipe III que había de expulsar á los moriscos de la patria tierra; el hijo de aquel Felipe que tanto luchara contra las herejías y que, celoso de no contaminar la pureza del dogma, persiguió opiniones y doctrinas que por peligrosas tuvo; el nieto de aquellos reyes Católicos de los que arranca la creación del Santo Oficio. No es preciso decir más para que el cuadro, en lo que á este aspecto atañe, se nos revele con sus tintas y colores.

Felipe sin grandeza, el tercero de los que se sentaron en el trono, y del que el juicio político no es de este lugar, distinguióse por su fe acendrada, por su catolicismo en mil actos de gobierno demostrado, hasta por las dotes de su carácter humildoso y bonancible que, al decir de los historiadores, pudo ser gran parte á conquistarle la inmarcesible corona de la bienaventuranza, más ligera y fulgente que la que ostentó como monarca.

Pues bien, conocemos ya el *medio* en que noveló Cervantes. No se me diga que ilustres escritores, gloria de la Literatura y de la Iglesia, á procesos inquisitoriales se vieron sujetos; no se me presente esa objeción como para argüirme que dentro de aquel, plumas luminosísimas debieron de esquivar, al verse así trata-

das, católicas enseñanzas. Y no se me objete de ese modo, porque diré que en días de lucha, cuando los peligros se agrandan por el temor que inspiran, un rigor zahereño ó un celo excesivo, por la intención que los guía salvados, vienen á ser la humareda del combate que al ocultar la realidad, por terrible que sea, la acrece y agiganta. Y si obras y autores preciadísimos ante la Inquisición comparecieron, de lo que de contumacia hubiera en muchos de unos y otras háblanos, sin titubeos, la fama que á estas aureola, la nombradía, que hasta en los altares se difunde para algunos, que á aquellos acompaña. Es decir: la raridad del ambiente, más que el extravío en las católicas creencias, dió, en muchos casos, el resultado que se anota.

Pero el medio era de revuelto batallar y de furioso combatir de ideas; no se habían concrecionado aún en las conciencias, y el espíritu de los Austrias de tanto fuego se hallaba poseído, que tendía á imponer las de religión para que las nuestras no se mezclaran con el sedimento judáico ó islámico, y aún empeñábase en llevar las católicas, entre chispear de armas y fragor de combates, hácia los hugonotes, á Inglaterra, á Flandes, contra todo lo que á infiel se asemejase.

En estas circunstancias apareció el *Quijote*.

En este estado social é histórico, de momento, pero que en los que lo atraviesan refleja su fisonomía ¿no había de dejar impresos rasgos propios y característicos en el literato que mejor compendia aquel, en un libro que vale por centenares de crónicas é historias?

Prescindiendo de lo que ahora no nos ocupa, indudable es que el ambiente católico, el olor de tiempo y de época, saturaríale hasta trascender en esa la pri-

mordial y más grande de las manifestaciones del genio de Cervantes.

No hablemos del catolicismo de éste, mamado, sentido, no impuesto; de las tiernas enseñanzas que dulcemente, en los primeros años de la niñez, se abren, como flor que aroma nuestra alma, en nuestro espíritu con el espíritu de la cariñosa madre que nos las da y que arraigan en él para aferrarse más en la hora postrera de la muerte; no nos refiramos al entendimiento clarísimo de Cervantes que vislumbraría con el vuelo de la fe y la luz de la razón las excelencias y superioridades de la religión católica, la única, la divina, junto á aquellas otras que en aquel entonces se disputaban el imperio de las conciencias: no queramos referirnos, tampoco, al como ancestral legado que dentro de nosotros yace, y que, capaz de movernos á la guerra religiosa, por aquellos días cervantescos aún vibraba sin quietud ni descanso rememorándose ufano con las proezas cristianas ante los muros granadinos.

No, no pensemos en nada de esto y así y todo explicaráse el catolicismo de Cervantes en la comunión de ideales, de sentires; en el casi unicromismo religioso como claroscuro frente á los matices disfrazados de árabes y judíos; en la tradición española; en el cariñoso culto á la fe heredada; hasta en el devoto respeto á las leyes y al común creer y en el deseo de no disonar en aquel concertante de corazones abrigando iguales doctrinas y á iguales actos moviendo las voluntades.

Y, por otra parte; ¿no había de aguzar, afinándolo y soliviantándolo, el catolicismo de Cervantes, aquella expedición contra el turco, el infiel por antonomasia, el infiel por esencia y potencia, la jornada memorable de

Lepanto, « el trance más esclarecido que vieron los siglos pasados y presentes, y que han de ver los venideros..... la alta ocasión » que lo fué de que se derramara sangre cervantina en defensa de los santos ideales de la patria y de las creencias de la patria ?

El mismo cautiverio del Manco insigne entre los hijos de Mahoma, ¿ no es un motivo más para que, al acentuarse su animadversión contra los que tantas penalidades hiciéronle pasar, tan primorosamente por él descritas, creciera y se avivara en su alma el credo de sus mayores ?

Esa, la de que cuanto rodeaba al eximio escritor y era como parte de su esencia, llevábale á ser católico, he presentado antes como probanza que pedía el necesario desarrollo. La segunda, á igual tesis dirigida, tiende á demostrar que la *caballería,* por ser institución católica en lo substancial, era el campo anchuroso y libre donde explayando Cervantes sus ideas y sentimientos, vinieran á encarnar en aquel andante caballero de la Mancha, de tantas bondades y de grandezas tales, que no pudo ser engendrado sino por un padre de alma buena y de corazón creyente y magnánimo.

A trueque de pecar de difuso, quiero insistir sobre esto, ya que será como el eje sobre que gire mi pretendida demostración.

Tiendo á probar que fué perfecto católico *Don Quijote ;* que su catolicismo es como trasunto y acabada transubstanciación del de Cervantes, y que la sinceridad y pureza del de éste, se contrasta en matraz tan transparente como el ejercicio de las caballerescas aventuras, donde las virtudes cristianas y católicas, de subido valer moral, tienen propia esfera para aquilatarse y medirse.

Podráseme decir que pudo muy bien Cervantes no acordar su espíritu con el del héroe de su libro; que no le es posible á un autor ingertar sin descanso fragmentos de su alma, y pase lo material de la comparación, en el alma de los personajes que crea, pero cuando se trata de concepciones tan grandiosas como la quijotesca; cuando ella por sí es no ya un hombre sino un mundo, una humanidad; cuando mejor que todas las otras que revelan la misma estirpe conviene en rasgos y caracteres con el molde creador; cuando, por su vida y esencia, no puede ser formada sino por vida y esencia de la que llevamos como depósito divino, indudable es que la figura así forjada, que con las vivas y palpitantes la mezclamos como igual, ha recibido misterioso el poder de creación por pródigo presente, por darse entero en ella y en ella reflejarse como es, el escritor que pudo concebirla. De otro modo; para ideaciones del fuste y de la firmeza de *Don Quijote,* es necesaria la trasuntación, la identificación, mejor, de espíritus, de la fuerza creadora y de la obra creada; es precisa algo así como la misión engendratríz de los padres que sin dejar de ser lo que son ni abjurar de su ser, dan existencia á nuevos seres que algo en sí llevan de la substancia y del alma de los que los produjeron.

Y veamos ahora—la segunda probanza—cómo en el ejercicio de la andante caballería resplandecen aquellas virtudes cristianas que, en el aserto de mi tema, son como piedra de toque del perfecto catolicismo cervantesco.

No voy á elevarme al origen de los *Libros de caballería.* Cuantos tratan de ellos exponen hipótesis que no dan diáfana luz sobre el asunto. Póngase su fuente

en los árabes, de los persas recibida: en la clásica tradición de griegos y latinos ó entre las nebulosas y fantásticas leyendas de Germania, lo cierto es que dos elementos, principalmente, transforman y modifican el primitivo carácter, cualquiera que fuese, del ideal caballeresco. Son aquellos el feudalismo y el cristianismo: dos fuerzas que se unen por contrapuestas en una finalidad común; dos impulsos que vienen á complementarse á pesar de la distancia que separa las tiranías feudales de las humillaciones cristianas; el poder que está en alto, de la resignación que se acalla sufrida en lo bajo.

Se complementan, sí, oponiéndose, no obstante, porque de un exceso de autoridad nace la protesta contra ella; y la soberbia de los fuertes alza el brazo, potente cuando se esgrime vigoroso, de los débiles; y la arbitrariedad y el capricho cristalizan, por fin, en la norma y la ley. El señor feudal lo tenía todo, el castillo roquero y los latifundios extensos como los horizontes que se alcanzan del mar; los placeres del intelecto y los regalos de la carne; la horca y el cuchillo como emblemas de que la vida de sus villanos podía pender de una escarpia, allá en la alta torre, en cuanto se quisiera convidar á suculento festín á los buitres que merodeaban husmeantes en torno á la señorial mansión. El siervo, en cambio carecía de todo; ni la tierra era para él, porque formaba parte de la tierra, ni á su insignificancia le era permitido no ya solazar su espíritu y su cuerpo, pero ni aun tener por segura su existencia, la existencia que recibiera de Dios, porque el dominio sin límites de su dueño temporal podía arrebatársela sin demandas ni apelaciones. Y si los unos se armaban de poder, los otros abroquelábanse en la cristiana sumisión; y si aque-

llos, mirando al suelo, veíanse arrogantes y robustos, estos sublimándose con los ojos del alma hasta lo alto, considerábanse más fuertes, más poderosos aún, porque contaban con las virtudes eximias del resignarse, de la humildad, de la esperanza en premios sobrenaturales; de la esperanza de que la opresión y la tiranía romperíanse, al fin, á impulsos de aire de libertad y por empeño de varones generosos que tomaran sobre sí el trabajo de librar los débiles de los oprimidos, la virtud del crimen, lo que el hombre tiene de digno de lo que de déspota se arroga, al bueno del que no lo es, al necesitado de auxilio del exuberante de fortaleza, de vigor y de torcidas y nefandas pasiones.

Y nació la institución de la « Caballería. » Persa, árabe, si queréis, porque la fantasía oriental todo lo colora y lo transforma al beso de la luz que la baña; griega, latina, porque el genio clásico en Aquiles, Ulises y Eneas dejó el iniciarse de la labor de maravillas y de encanto propias de los caballerescos libros; germana, si os place, porque en el empíreo de Odín pululan hadas y endriagos, enanos y gigantes, dragones alados y vestiglos horribles, seres etéreos, de nieblas vestidos ó por el sol abrillantados, y seres negros, en sombras envolviéndose ó formando legiones de nubes horrendas; todo ese mundo de quimeras, en suma, que á la bien basada mente de Alonso Quijano le obligó á girar febríl en voltijeos de extravío y de locuras: mezclad, mejor las corrientes que de esos manantiales proceden y decid que la *caballería* como hija de su tiempo, es cristiana, por lo que significa, por lo que representa, porque es soplo de libertad contra la esclavitud: es cristiana porque se sumerje y vive en el vivir cristiano de privaciones, de

desinterés, de sacrificio, de virtud, de abnegación, y decid más, decid que eterna en su espíritu, ayer lozana, hoy con vestimentas que no son ferreruelos ni lanzones, adargas ni yelmos, es humana, humana siempre, porque nos es ingénito el querer volar con las alas del pensamiento, y el todo cambiarlo y hermosearlo, que ¡ quién, en raudo ascender de su imaginación no ha visto alguna vez en las ventas palacios ; en las caídas triunfos ; en la verdad mentida el error patente ; en nuestro juicio la norma, sin serlo, de los juicios de otros ; en las propias figuraciones las que quisiéramos que todos tuviesen; en nuestros pensamientos mónstruos y fantasmas... y ¿ quién no aprecia como típicos caballeros andantes á esos esforzados varones que pregonan las utopias de hoy, realidades de mañana, que se compenetran con el bien y la virtud y que generosos las predican en medio del egoismo que nos corroe, del positivismo que nos agobia y del ponzoñoso hedor de las almas, ahogando fétido lo que tienen de buenas y de divino ?

Tal vez me he extraviado : volviendo al origen de las ficciones caballerescas, para resumirlo, nada mejor, por la autoridad que da á la materia, que copiar el elocuente testimonio del Sr. Durán. Dice así : « Las reminiscencias de los tiempos heróicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrío y melancólico carácter de las ficciones escandinavas, el espíritu aventurero de los normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginación árabe y los sentimientos espirituales de la doctrina cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros y los Palmarines y Amadises, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas algunas de las cualidades que

constituyen el conjunto de tantos medios poéticos de distinto origen. »

El nuestro, el español, bien se concertaba con el carácter tradicional, con el poso que la historia iba dejando en la conglomeración étnica y de sentimientos que nos distingue.

El nuestro, nuestro medio, bien se define con sólo abrir el libro de la raza y el libro de las históricas empresas que realizamos.

Sea cual fuere la progenie caballeresca, aquí es eminentemente religiosa, su ceremonial lo prueba, y aquel peregrino armarse caballero del buen Quijano nos lo trae á las mientes; el contacto con los árabes y en lucha contra ellos, la exaltación de la fe nativa arraiga entre nosotros el carácter que señalo á la institución; la creación de las órdenes militares rememora los ideales caballerescos, que no en vano « presciaba Dios la orden de Caballería más que ninguna de las otras órdenes, porque se deffiende la su ffe et el mundo por ella; » y la Iglesia, conocedora del alto precio de los ideales del instituto, los alentó afanosa como quien en los suyos de justicia y protección al que nada tiene ó la necesita, ve perfectamente reflejados los suyos propios.

Y ese carácter religioso toma en este suelo católico matíz y no pudiera tomar otro, si no se olvidan razones antes expuestas, las de luchas constantes entre infieles y herejes, y si se percibe claro y manifiesto el fermentar contínuo, entre la revuelta masa de varias y múltiples circunstancias, de ese germen, que es como sello de una raza, por el que vive y se agita en nuestro espíritu la creencia en un sólo Dios y el respeto consagrado á las santas doctrinas.

¿Y cómo, católico Cervantes, viviendo en un medio ambiente católico y siendo católica la idealidad que mueve al más grande de los héroes cervantescos, no va á ser aquel perfecto católico en su *Quijote?*

Lo es y no lo desmiente nunca, antes en mil ocasiones prueba su fe acendrada y sin incertidumbres. Sería de necesidad recorrer todo el libro para no dejar que huya una sola prueba.

Insistiré, antes, en que el ideal moral quijotesco y cristiano se aunan y armonizan tan justamente, se acoplan tanto, que el uno es el otro.

Veámoslo: *Don Quijote* ama la virtud y condena el vicio; por ver triunfante aquella, en los demás y en sí propio, sufre hasta el aporreamiento de oculta mano por gigante esgrimida ¡en la realidad enfurruñados puños arrieriles!; es la abnegación misma; ni hay sacrificio que no intente ni penalidad que, en bien del prójimo, no desafíe y sufra; quiere, y su querer es para los pobres, para los ingenuos, para las doncellas y los niños, para las viudas y los menesterosos; su altruismo es tal que vive con lo que el mundo va á vivir de él; ni le asustan peligros, ni horrores, por espantosos que sean, le amedrentan; casto es como la castidad misma; ama un ensueño, el ensueño que todos nos forjamos y que unas veces es la Dulcinea de nuestra sublime aspiración y otras la villanesca moza de los campos del Toboso: pero ni Maritornes, princesas ideales, ni dueñas doloridas, quebrantan su continencia ascética; tan castamente se comporta, que el amor, que es en él oriente de todas sus acciones, no se ve empañado ni aun por el roce de una mano femenina, por ninguna mujer tocada hasta que á la zumba de dos cede, no para que besasen

aquel « verdugo de los malhechores del mundo, » sino para que se pudiese apreciar « la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas.....» ; la gula ¡ qué lejos está de él ! bastan á su sustento yerbas ó raíces de caminos y encrucijadas, música de las florestas y el pensar melancólico de sus soledades ; ni perezoso ni regalón, su « descanso es el pelear » y sus sueños más son descabezados sobre el buen Rocinante que tendido sobre sedas y tapices ; su desinterés llega al más hermoso de los desprendimientos ; canta las venturas de aquella edad de oro en que no se conocía lo mío y lo tuyo y de su bolsa sólo sabe que cuanto él tiene es de otros ; predica, en elocuentes periodos, una moral tan pura, tan nítida, que sus preceptos, en los de Cristo calcados, pueden ser cánones y reglas de una conducta intachable ; de los que padecen es amparo, norte de los que han menester ; ni odia ni desprecia : tan sólo le trastornan los pensares de los que tienen por inventivas las andantescas aventuras ; es caritativo, es cariñoso ; desdeña la mofa y con una mirada de superior inteligencia, comprendiendo la vida, véla correr con sus miserias, con sus altibajos ; temeroso de Dios jamás arremete sus perdurables hazañas sin á Él encomendarse ; sobre aquel fuego amoroso que le abrasa, aquel sutil sentir que es como el resorte mágico de su sér todo, pone sus afectos y su devoción en el Creador ; respeta á la mujer y de parte de los necesitados de justicia colócase siempre ; ayuda á los menos contra los más ; imagina ideales gobiernos, lejanos de los que suelen ofrecérsenos ; su fe está abroquelada bajo el arraigue de firmes creencias ; es juicioso en el habla cuanto imprudente en acometer las empresas de su

ejercicio..... ¡qué más, hasta se atreve á dar libertad á los galeotes, quebrando sus hierros y zafándolos de prisiones y galeras sólo porque piensa, y era lo cierto, que contra su gusto iban á donde les llevaban!

¡Audacia insigne que en sus alcances va tan lejos como las gratas utopias que hoy pregonan los vaticinadores de una sociedad nueva!

¿Conocéis un tipo más arrogante entre las literaturas todas? Aquiles es el valor indomable; Ulises la sagacidad prudente; Hamlet la duda; los celos el moro de Venecia; Pedro Crespo el honor; Fausto la concepción vasta de la vida con el deseo no saciado y la redención por el amor; aquí tenemos los héroes del Tasso; allá las encarnaciones históricas como las del Cid y Bernardo del Carpio; en un lado todo el teatro de Shakespeare, de Schiller, de Lope, de Tirso; en otro las epopeyas más completas y más altisonantes.....

Y á todas esas manifestaciones vence el *Quijote*. Porque á ninguno de los personajes primates y esclarecidos cede el de nuestro hidalgo, y abarca, en cambio, las dos caras contrapuestas del existir: lo ideal y lo real. Ninguno es más humano..... Se le ha comparado con *Hamlet*..... El héroe manchego es más simpático, más generoso, más positivo. El uno es negación, no quiere bien á nadie porque en sí mismo lleva los elementos de disgusto, de desasosiego. El otro, el castizo y de la tierra es afirmación; para todos se da y pródigo en larguezas, sus propósitos y sus intentos son levantados y nobles. El *Quijote* está enardecido por el fuego abrasador de una caridad cristiana, católica; muévelo el amor, que es caridad, también, y ese foco luminoso que en él brilla, refléjase y repercute en todos cuantos hechos han

inmortalizado al « simpar caballero de la triste figura. »

El *medio* y el carácter del personaje por Cervantes ideado para su novela, dentro de la interior composición de la misma, háblannos del catolicismo de aquel. Apenas si se concibe que tuviese otro credo dados los días en que escribió y la naturaleza del personaje principal del poema. Hubiese este sido otro distinto sin aquella su bondad, que arranca lágrimas, tan cristiana y modelo; sin aquellos sus rasgos de nobleza que en un obrar cristiano se apoyan; sin la grandiosidad de sus ideas que de fuentes del más puro cristianismo surgen; sin su concepto de las vidas terrestre y célica tan conformes con el vivir que nace de las enseñanzas inenarrables de Jesucristo. Con razón Sancho, en varios pasajes del libro, dice á su señor que buen púlpito se pierde y que sus sentencias más son de predicador que de andante caballero. Y tan esto es verdad, que, más de cien veces, las frases y los pensamientos que salen de la boca de Quijano el bueno, serían como perlas de rico oriente encajadas en el oro puro de una moral sin tacha y exquisita.

El catolicismo osténtase reinando en el *Quijote* todo. La regla de la religiosa doctrina nos la da un hermosísimo párrafo, digno de que se grabe en pórfidos y mármoles y que, refiriéndolo al « caballero del verde gabán » pudiera ser el canon de vida de un varón para la bienaventuranza nacido. Dice don Diego Miranda: « .....son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas agenas ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, re-

parto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde le las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos: soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor..... » ¡Qué mucho que el buen Panza, menos simple esta que otras veces, se arrojase de su rucio para besar los pies de quien tal conducta seguía!

Pues en la concisión de esos preceptos, se me figura ver la savia católica que por el libro que los contiene corre.

No ya hablemos de *Don Quijote*. Entre las pragmáticas de su caballería está el culto á su Dios primero que á su dama; todos los caballeros lo profesaron y es donosa la plática en que declara el hidalgo que, aún sin pronunciarlo con los labios, como el del amor de sus amores, el nombre de Dios y la petición de su auxilio está en la mente de todos los andantes al punto de aventurarse á las hazañas de su profesión. *Don Quijote* se encomienda á Él piadoso en todos sus peligros, y no hay sino recordar, evitando otras citas, el nunca visto descenso á la cueva de Montesinos, en la boca de la cual « se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura. » No mucho después, ya al desbrozar el agujero de la sima si « fuera tan agorero como católico cristiano » hubiese presagiado funestamente, de la salida, entre la maleza, de los cuervos y grajos; y al concluir de la empresa, pronuncia uno de los más bellos pensares cristianos al

conocer, dice, « que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. » ¡ Honda y mística visión de los engaños de la falaz existencia !

Los textos se multiplicarían hasta resultar enojosos. Puede ser que no haya una sóla página de la novela donde no se cite á Dios, y el escudero certifica el catolicismo de su amo cuando al lanzarse este sobre la procesión de disciplinantes, que á saber lo que figurarían en la imaginación del loco sublime, dícele azorado : « ¿ qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica ? ; advierta, mal haya yo, que aquella es procesión de disciplinantes y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla..... » Es frecuente en el *Quijote* la reproducción de frases tomadas de la Escritura Santa ; la hermosa mora Zoraida ni aún quiere que así la llamen ávida, como está, de bautizarse con el nombre de María ; Sancho, más socarrón, pero creyente sin torceduras ni recovecos, temeroso está, después de la hazaña de los galeotes, de que los dos aventureros se las tengan que ver con los inquisidores ; no hay en todo el libro nada que á nadie pueda antojársele ataque dogmático ó á las buenas costumbres ; el Barbero, el Bachiller Sansón Carrasco, todas las figuras episódicas, hasta aquellas de los forzados, libres por el esfuerzo quijotesco, respiran en católico ambiente. Ginés de Pasamonte, el de más cuenta de ellos, estuvo ya en galeras « para servir á Dios » y él mismo propone, ya que el rendir homenaje á Dulcinea parécele difícil y peligroso, pagar en « avemarías y credos » el servicio que el desfacedor de agravios les prestara.

Es inútil hablar de esto. Tan procedente es que el más depurado catolicismo brille en *Don Quijote* como que este sea valeroso, rendido ante las damas, arrojado en los combates. Pero Pérez, el simpático cura amigo del hidalgo, no tiene más que virtudes, y grandes debía de tenerlas, cuando los vecinos del lugar hablaban bien de él, viene á decir el insigne escritor ; el canónigo que departe con el loco, ya encantado, camino de su aldea, es todo corrección, prudencia y modelo de buen juicio y vario y profuso saber. Cierto que en uno de sus lances *Don Quijote* deja mal parado al bachiller *Alonso López* que con otras gentes de Iglesia acompañan un muerto ; que un fraile benito también tiene que recordar ardores quijotescos y que « el grave eclesiástico » de casa de los Duques, mohino y fosco, no resiste, sin antes incomodarse y levantar la voz, el chaparrón de disparatadas fantasías que *Don Quijote* ve en cuanto en su magín se hiergue aquel maravilloso alcázar de endriagos y malandrines, de encantorios y de follones. Pero á este llámale Cervantes « venerable varón » y el manchego preclaro, al contestar al capellán, declara el respeto que siempre tuvo y tenía al estado, le dice, « que vuestra merced profesa » ; y en cuanto á los otros clérigos ¿ qué podían esperar del andante caballero cruzándosele en su camino de aventuras, cuando para el desvarío de Alonso Quijano eran gigantes los molinos, jayanes formidabilísimos ó mónstruos estupendos los batanes y los rebaños de carneros numerosos y combatientes ejércitos ?

Sí, no se desmiente un punto, en su libro inmortal, el perfecto catolicismo de Cervantes. Es en la expresión comedido, en la pintura de las escenas, si realista

para acreditar el genio de la raza, ni obsceno ni libre. Una ó dos habrá, á lo más, que algo se aparten de lo que, en moralidad, puede pedir de impecable el más exigente de los criterios. Mas no se olvide que esa faceta del arte es hija de las costumbres y de los tiempos, que más que lo representado choca y nos disuena la crudeza de la expresión y que esta, dura hoy en tal ó cual frase más de admiración y elogio que de vituperio, cambia de sentido con los días, y que no es posible que con la regla de hoy midamos lo que en el ayer se produjo como del momento. Fuera de que estas observaciones saltan á impulsos del afán de limitar bien el tema en que me ocupo y para que no se piense que, por lo que suponen, no se echa de ver el significado que pueden tener dentro del perfecto catolicismo de Cervantes.

No afectarían nunca á la esencia de él, pero en lo que tocan á la corrección y costumbres morales sin tacha, dicen tan poco, que ni aun como simples motas grisientas en rica labor de encajes y bordados pueden contarse.

Sí, en el *Quijote* osténtase en toda la plenitud hermosa de sus doctrinas el más perfecto catolicismo.

Querría probarlo deteniéndome, para puntualizar mi aserción, en cada párrafo, en cada expresión, en cada concepto. Que son tantos en los que luce irreprochable la doctrina del Salvador, que el contarlos, por monotonía y pesadez, pondría á punto de repetir argumentos y de cargar insistentemente sobre materia cuya mejor demostración es la lectura en que se contienen.

Pero pienso que toda la verdad que guarda el tema que desarrollo, más que en detalles sueltos, de los que he procurado sacar algunos á liza, evidénciase en el espíritu general y como aroma que al *Quijote* rodea.

Todos sus personajes, míreselos bien, pudieran pasar, atendiendo á sus obras, aunque no lo fuesen, por católicos acrisolados para quienes el creer en Dios y en su Madre Excelsa es como la orientación segura de sus actos todos. No hay ninguno totalmente malo *per se,* no hay en la obra aberraciones fisiológicas ni psicológicas, casos clínicos como los que llenan páginas de posteriores literaturas. El único enfermo es un loco cuya sublimidad hinche de fama al mundo; un don Fernando hay que reivindica su nombre y repara el honor propio y el ajeno con la satisfacción debida á su culpa; hasta la cadena de carcelarios, ya lo hemos dicho, no deja de pedir la mirada divina al sentir las estrecheces de los hierros que la agobian.

El aire que por la obra corre es sano, es vivificante, lleva olores de un cristianismo ejemplar muy conforme con el modo de ser de los que en la acción toman parte y con la naturaleza de esta y de las circunstancias en que se desarrolla.

Aquí se ensalza la Teología, allí se invoca el nombre de Dios y de los Santos; en un lado á prácticas de la religión de nuestros mayores refiérense los que hablan; en otro y en todos se preconizan católicas virtudes y el ejercerlas, lo repetimos, viene á ser la esencia de los caballerosos procederes del más grande de los caballeros andantes.

Y ¡qué diremos de ese alto idealismo en que toda la obra se anega y baña sino que es la más nítida aspiración de todo espíritu católico? Y él se refleja no ya en el protagonista y en su escudero, no ya en los personajes más secundarios, sino hasta en aquellas figuras no

racionales que tienen el seguro vivir de las que el arte preconiza como modelos.

Ideal en el alto sentido de la palabra es *Don Quijote* é ideales son sus sentires, y sus generosas aspiraciones, y sus ensueños, y el móvil que les guía. Ideal como el espíritu cristiano, que son su esencia, ideal como la fe que anima al caballero de la Mancha y que es tan grande y tan pura porque en la católica tiene su raigambre honda y espesa.

Y como no se puede dar aquello de que se carece, idealista hubo de ser Cervantes, y su idealismo descansar en esa alta visión de las cosas que en el cielo se apoyan aunque su base pongan en la tierra. No concibo que, sin lo que es el fondo inmaterial del cristianismo, sin la suprema aspiración hácia lo infinito, se pueda saturar de tan hermoso idealismo, puro y diáfano, el largo correr de una acción en que, en su fundamento, hasta sus menores detalles son movidos por ideales impulsos.

¿ Hay que patentizar, aún, el catolicismo de Cervantes ? Pues véase bien manifiesto en una de las secuelas de aquella memorable batalla que *Don Quijote* tuviera contra los muñecos de *Maese Pedro*, reyes y emperadores, caballeros y encopetadas damas en la mente del loco de la Mancha..... « es mi señor, dice Sancho, tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. » ¿No es doctrina tan ejemplar la expuesta que ojalá fuese siempre norma de nuestras acciones ante nuestros semejantes? Y cuando el buen hidalgo satisface al titerero Ginesillo de Parapilla los gastos del campal desastre,

exclama el antiguo galeote: « no esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha..... »

Más adelante este, con su acordado y luminoso juicio siempre que no lo desfrenen fazañosas empresas, traza en pocas líneas las obligaciones, que vienen á ser un programa completo sociológico y político, de todo buen ciudadano. Por cuatro cosas, dice el caballeroso manchego, « han de tomar las armas los varones prudentes y las repúblicas bien concertadas y desenvainar las espadas y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera por defender la fe católica; la segunda por defender su vida, que es de ley natural y divina..... » Y sigue enumerándolas con hermosa comprensión de lo que valen.

¿Quiérese más? Pues ahí está la esencia suprema del cristianismo, expuesta por boca del héroe: « ..... el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen..... » Y añade que si el mandamiento parece difícil de cumplir « no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carne liviana. » No he de comentar la grandeza de tales expresiones; la tienen tal que constituyen, por sí solas, un dogma eminente, excelso, por un Dios sólo dictado. Subliman el perdón, pregonan la caridad, engrandecen el amor hácia los enemigos, concluyen con una visión tal

de las cosas terrenas que parecen columbradas en el éxtasis volador y arrebatado de uno de nuestros ascéticos.

« Mis intenciones, dice á los Duques *Don Quijote,* siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ninguno..... » ¿ No es eso amar al prójimo y en él á Dios mismo, compendio y base de toda nuestra santa ley ?

Al duelo, al duelo irracional y anticristiano, oprobio de los tiempos que corren, vestigio bárbaro de edades muertas, califícalo de *maldito* Cervantes ; antes de la aventura fluvial por el Ebro « se santigua » devotamente *Don Quijote :* la Trifaldi, á punto de emprender caballero y escudero el vuelo aéreo en la famosa chanza del *Clavileño,* recomienda á Sancho que se « encomiende á Dios » y él se pone bajo la guarda de Él y de la « Santísima Trinidad de Gaeta..... » ¿ Qué más ? en *Don Quijote,* compañero de la espada, sin la que nada andantesco suponía, es el « rosario que consigo contino traía..... » Muestra de fe acendrada y testimonio de la devoción á la Reina de los Cielos.

Si la prolijidad en reproducir pasajes que evidencian el catolicismo cervantino lo probara mejor, presentaría otros ; no los creo necesarios ; ellos y mil más atestiguan la verdad sin manchas ni distingos.

De las letras divinas dícese que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo que « á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar » y al Nacimiento del Salvador se le ensalza proclamando que « las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche, que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires, gloria sea á Dios en las alturas y paz en la tierra á

los hombres de buena voluntad. » No se puede sublimar mejor que con la sencilla grandeza del Evangelio el suceso mayor que los siglos recuerdan, ejemplo aquí, por el entusiasmo conque se pregona, del catolicismo más ardiente.

Todo esto sin tener que referirse á aquel viaje subterráneo de Sancho y al encuentro, al finar de él, de *Don Quijote,* quien pensando que su escudero es ánima que pena y no cuerpo vivo dícele: « conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano. » Y pocos renglones más abajo, en los incidentes de la misma aventura se lee que como Sancho esté en el Purgatorio « sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia católica romana bastantes » á sacarle de las penas que sufra.....

Toda nuestra doctrina religiosa, pura y acrisolada, está por Cervantes, como creyente fiel, expuesta en el *Quijote*. No he de insistir en tal cosa; el probarla más sería recalcar razonamientos que sembrados quedan en el curso de esta pobre disertación. Si en ahorro de comprobaciones, que se multiplicarían como las aventuras sin ventura del héroe famoso de Cervantes, demostrara ella como yo he querido que demostrase, que el *Quijote* tenía que ser católico, que la grandeza de su figura principal se amenguaría, por convivir su alma con la del cristianismo más puro, no siéndolo, satisfaríanse con creces todos mis deseos, mis aspiraciones todas.

Pero, por si aún la duda se alberga en alguien, si hay quien siente el escozor ingrato del razonar no completamente probado, cúmpleme, como coronación de cuanto digo, referirme á las páginas sublimes de la muerte del héroe manchego, una de las más grandes, de las

de más exquisito paladeo, de las más dulcemente inspiradas que en literatura alguna se encuentran.

¡ Qué hermosas son ! ¡ Qué sombra de tristeza llevan al ánimo y cómo plácidas y tranquilas despiertan en nosotros cariñosa simpatía hácia aquel hombre, por « melancolías y desabrimientos » acabado, grande, esforzadísimo en su vida, mayor aún, más colosal en su muerte, cristiana y ejemplar ! Vémosle caer con el dolor con que se miran ruinas venerables, que guardan tesoros de remembranzas, derrumbándose al peso de sus siglos y de su gloria : como al árbol vetusto, gala un día del bosque, que se abate por el pie, con frondas aún verdes en su cima ; como al varón justo, al Quijano el bueno, que tras sí no deja más que el reguero de luz de sus buenas acciones, tan hermosas en sus móviles como son de desvariadas en los accidentes de su ejecución....!

¡ Qué cristiano, qué envidiable el morir del pobre caballero ! La salud del cuerpo iba derrumbándose hácia la mar donde corren los ríos de la vida ; era preciso atender á la salud del alma..... Y el aviso médico, que escucharon con lloros el ama, la sobrina y Sancho, no alteró el valor de *Don Quijote ;* « oyólo con ánimo sosegado. » Duerme unas cuántas horas y despierta entonando alabanzas á su Dios, que ha barrido las sombras de su mente y mostrándole claridades que á los justos esperan al franquearse las puertas de la tumba. « Bendito sea el poderoso Dios, exclama, que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian los pecados de los hombres. » Y ¡ oh portentosas fantasías, imaginaciones encantadas que el soplo de la realidad vence y abate..... ¡ el sin igual ensalzador de los libros de caballerías y de sus hazañas, siente que el abrirse

de su entendimiento, el desengaño en lo que creyera de por vida, « llega tan tarde » que no le deja tiempo « para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma ; » católico pensar que envuelve al moribundo en aureola celeste !

Confiésase luego, « que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma » y cuando « por misericordia de Dios » abomina de las « historias profanas » que tanto le trastornaran el cerebro, acuérdase de « ordenar su alma » conforme al más recto proceder que á cristiana creencia puede pedirse. Con razón el escribano, que presente estaba, en el finar de *Don Quijote*, pudo decir que « nunca había leido..... que algún caballero andante hubiese muerto tan sosegadamente y tan cristiano..... »

¡ Postróse para siempre el quijotesco poder ; la grandeza inmarcesible de su espíritu aún vive, aún queda perenne, para gloria de esa luz de Dios que los hombres llevamos en el alma ! Pudo decir, como en vida repitió muchas veces..... « he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos : yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean ; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes..... » Conciso resumen de un existir no egoista, sino desprendido, desinteresado, noble, cristiano.

Y en muerte, á los que leemos la suya con el tibio empañar de la nube de lágrimas en los ojos y en el espíritu el plácido deleite de una emoción tranquila y hermosa, nos es permitido responderle : También al morir eres grande y magnánimo, porque no se apagaron

tu denuedo ni tu pujanza, ante el más formidable de los peligros que acometieras; te apercibiste, con la mente en Dios, con los arreos para el luchar último. Y venciste, de seguro, porque ensalzaste la misericordia de Aquel que no se olvida nunca de los buenos. Tú lo fuiste y así te llamaste después de tus desmedidas aventuras. « Yo fuí loco y ya soy cuerdo: fuí *Don Quijote de la Mancha* y soy ahora Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía..... »

« Estas palabras son sublimes; este nombre, dice Ivan Turguenef, mentado por primera y última vez, se apodera de nuestra alma: porque el de Bueno es el único nombre que conserva su valor ante la muerte. Todo pasará, desaparecerá todo, los títulos más elevados, el poder, el genio que todo lo abarca, todo se trocará en polvo y se dispersará como humo: sólo no han de borrarse las buenas obras, más durables que la belleza. Ya lo dice el apóstol: Todo pasará y sólo quedará el amor. »

De ese amor, amor altruista que en el otro encendido é inefable de Jesús se cimenta, da pruebas constantes el glorioso caballero.

¿Es mucho pensar ni pedir que quien forjara, tallándola hasta hacerla perdurable, figura tan peregrina como la de *Don Quijote* no haya dejado en ella el espíritu de bondad, el aliento cristiano católico que emerge de nuestra religión, fuente que nunca se restaña de todas las bondades y de todas las virtudes?

13—15 Abril.

REALISMO DEL «QUIJOTE.»

LEMA: MICOMICONA.

Realismo del "Quijote.,,

Obtuvo el Premio del Sr. Alcalde de Vitoria

I

Un robusto volumen, mejor que el desvaido trabajo de que son límites premuras del tiempo y exigencias de síntesis que querrían ser abarcadoras de toda la íntima substancia de la tesis que pretendo desarrollar, podríase escribir sobre el realismo que en el *Quijote* se contiene.

Libro aquel que, en manos de quien bien supiera perjeñarlo, resultaría ameno, altamente didáctico, profundo, de labor más útil é interesante que mucha de la

que, con plausible apasionamiento, han realizado con incesada tenacidad los comentaristas de Cervantes.

El realismo de su libro inmortal es tan patente, con tan radioso claror se muestra, que negarlo sería como no conocer las luces solares cuando ellas bajan hasta nosotros para acariciarnos con besos de oro, vitalizando la humana existencia, y para colorear, embelleciéndola y dándola matices y tintas, la mota de tierra en que nos agitamos y movemos.

Es palpable, sí, pero ¡poder del genio! también lo es el clasicismo, para los clásicos, en el mundo donde el héroe cervantesco acomete sus aventuras, y no se echa de ver menos, en el sentir romántico, el romanticismo, ya que en definitiva, siendo muy real, *Don Quijote,* viene á ser un gran romántico que se rije por el sentimiento y no por la razón.

De tales preeminencias gozaron siempre las obras esclarecidas y magistrales donde la humanidad se retrata con sus virtudes y sus vicios, con su rodar por las centurias tal cual es; excelsa y próxima á Dios unas veces, mísera y arrastrándose despreciable otras; ufana y altiva aquí; allá esclavizándose bajo el dominio del poderoso; alegre ahora, triste, lacrimeante luego; soñando, porque á soñar y á subir alto le llevan el vuelo de su fantasía y el resplandor celeste con que nuestra alma, en él anegándose, se alumbra; padeciendo y al dolor sumisa, porque la materia al suelo está clavada con garfios del sufrir y del penar sin límites.

Así, acogiéndome á una observación de un literato eximio, esos libros, que parecen grabados con letras de luz, que se llaman *La Biblia, La Iliada, El Quijote.....* La clásica escuela los tiene por suyos; la romántica por

propios los diputa; la realista cree que le pertenecen..... Y ninguna de las tres se equivoca y todas pueden ufanarse de sus pretensiones. Porque esos libros, siendo lo que son y lo que quiera que sean, no se atienen á rigideces de preceptos ni se cautivan en la lobreguez de cárcel alguna.

Requieren aire, mucho aire, el aire amplio y rico de la naturaleza, que se difunde por valles y planicies y se remonta muy arriba para bogar entre la infinita variedad de los astros; piden espacio anchuroso, no cánones estrechos de secta; son de ayer, de hoy, de mañana, de siempre, porque, no en vano palpita en ellas el mismo hombre produciéndose y dándose como es, como fué, con su barro de carne y su chispa de genio, con su pensar y su querer, con el sentir de su espíritu y sus flaquezas materiales, con sus altos deseos y sus desvaríos de mente, con su avara ambición y su impotencia ante el ideal que no se consigue, que no se logra.

Clásicos, románticos y realistas, pues, ven en *El Quijote* ¡cómo no! el cumplimiento de las fórmulas que preconizan, de las reglas en que su estética basan; mas estos, aquellos y todos, porque no hay escuelas para las obras del fuste arrogante de la del escritor español, tienen que convenir, postrándose ante la grandeza del monumento, en que es inmensamente supremo junto á las estrechuras dogmáticas, y que á su sombra, sin riñas, sin discutir alguno, yendo los radios de distintas direcciones á un punto común, pueden ostentarse todas las escuelas, por caber, si no son extraviadas ó llevan en sí neurótica aberración, dentro de la generosidad pródiga del arte.

Para metodizar algo mi trabajo, habré, pues, de

referirme, con menor extensión de la que cumpliera á mis propósitos, á las escuelas dichas, al examen del realismo buscando su progenie netamente española, y, para concluir, al que descuella en el *Quijote,* no preceptivo, no producto de un credo escolástico, sino natural, humano, como interpretación de la vida por la literatura. Labor de gigante, la que, en los confines artísticos, alcanza este último objetivo, pero de triunfo tan seguro é imperecedero que, cuantos la lograron realizar, perduran y perdurarán en las cimas esplendorosas de la inmortalidad.

II

El arte aspira á la belleza. Con el buril, con el sonido, con la pluma, con el pincel ó con el material de construcción realízala como objetivo á que se dirije.

Por la esfera en que la hermosura se produce, dícesela real ó ideal, según que se cree en la realidad exterior ó que surja de nuestro espíritu como obra suya. En otros términos, y aplicando esos conceptos á las producciones artísticas, en las realistas, los elementos de la realidad superan, por ser en mayor número y más importantes, á los que salen del espíritu humano; y en las ideales ocurre lo contrario, el espíritu libre proporciona elementos que sobrepujan y vencen á los que la realidad ha ofrecido al artista.

Es cuestión de palabras, es, dijéramos para acertar, lógica y nada más que lógica esa diferenciación que se establece.

En una obra, cualquiera que nos figuremos, don-

de el arte haya dejado su beso de belleza, los elementos ideales y reales se mezclan, se confunden, no hasta el punto de que no los podamos señalar marcando su origen, pero sí para unirse en el íntimo compenetrarse que tiende á producir la emoción calológica ó estética. La realidad ha de ser la base de toda concepción hija del arte; pero quien « convina, escoge y hace » artísticos los elementos de aquella, el ideal es. Un pintor, todo lo realista que podáis concebir, no dejará de poner en juego el espíritu, siquiera para elegir el sitio que ha de trasplantar desde la naturaleza viva al lienzo que va á representarla; y un poeta, subjetivo hasta aislarse, en sus cantos, del mundo que le rodea, un poeta de amor que en encendidas estrofas vierta el sentir ardiente de su alma, no podrá menos de atarse á la realidad por el objeto de la inspiración ó, en definitiva, por las formas ó apariencias con que la disfrace.

Una prueba de la vitalidad vigorosa del arte, de que coexiste con los hombres como algo que es derivación y ansia de la naturaleza de los mismos, está en el no acabado reñir de opiniones, de tendencias, que dentro de los muros de aquel vienen sucediéndose, con encono unas veces, mas con sosiego otras, á través de luengos días y de varias nacionalidades.

Y lo cierto es que el arte se produce con una determinada corriente, sí, que se la imprime quien lo realiza, pero arrastrando, que no puede hacer otra cosa, para llegar al conjunto que busca, elementos que la objetidad le da revolviéndose con otros de que el espíritu le nutre.

Por eso, dentro del ancho y frondoso campo de aquel, ni se repelen escuelas ni se repugnan y excluyen

doctrinas y dogmas que antitéticos parecen. Una sola condición se les pide: la de que no falseen la naturaleza, la de que sean verdad, la de que no se opongan á la esencia del existir, porque cuando tal ocurre, mueren.

Mírese bien, si no, y véase, cómo dentro del arte cuanto tiene vitalidad para subsistir, subsiste. Las obras maravillosas de los clásicos viven con mayor lozanía que cuando se produjeron. Decid si son realistas, si son idealistas y concretándonos á un ejemplo, las Venus helénicas, habráse de reparar en que vienen á ser la naturaleza perfecta, la ideación de lo real, consorcio artístico que no se logra sino juntando en haz armónico los elementos á que antes nos referíamos.

Y seguid mirando. Las sombras medioevales obscurecen y anublan las manifestaciones estéticas. El mundo de la poesía, de la poesía concretada por el hombre en formas plásticas, retarda un punto sus giros y vueltas para lanzarse luego, ya sin retraso perceptible, hasta las audacias más atrevidas; y cuando el Renacimiento despierta la afición á retrospectivas civilizaciones, el sol de la belleza parece refulgir de nuevo animándolo todo con su calor y con su brillo.

Un como sistemático apegamiento á lo clásico, más artificioso que proveniente de vital entusiasmo, más hijo del cálculo que de la inspiración, por frío, pesquisidor perspicaz de lo accidental, de lo falso, de lo que careciendo de alma no podía vivir, trajo el pseudoclasicismo, calco sin relieve ni color del molde en que se vaciara, empalagoso husmeante de reglas, de cánones, de preceptos que en su estrechez no daban ambiente para el vivir á pleno pulmón, como en las crestas de la sierra ó en el boscaje de los montes, de las artísticas crea-

ciones. Y vedlo: cuanto en ellas coexiste con el natural vivir, ha quedado, ha subsistido. Lo sin posible realidad ha muerto como esos pobres engendros condenados desde su nacer á llevar sobre sí poco tiempo la pesadumbre de sus miserias.

Protesta al alambicamiento de formas y de fórmulas, á esa estrechez agobiadora de miras y de horizontes, fué el romanticismo. Vino á triunfar, á imponerse. No sin batallas, pero flameando sus ideales de libertad como el pueblo oprimido la bandera que abate al tirano. Lleno de esperanzas, de reivindicaciones que ofrecer, lanzóse á la pelea dadivoso, pródigo, derrumbando lo viejo, nutriéndose de varia y multiforme inspiración, idealista más que realista, dispuesto á trastornar y á conmover toda la estética y la preceptiva toda de sus predecesores. Y de él ha quedado lo que quedar debía, y de ayer, como quien dice, porque á los románticos les hemos visto bajar al sepulcro, está, en lo que de falso y exagerado tuvo, tan lejos de nosotros, que las pragmáticas de su vivir social, digámoslo así, pragmáticas que impuso su arrolladora influencia, despliegan en nuestros labios el rictus mordaz de la sonrisa de burla lo mismo que las cándidas ñoñeces de los tiempos de Maricastaña ó las abundosas fertilidades del encantado país de Jauja.

Y, no obstante, lo que en el romanticismo hay de acuerdo entre lo real y lo ideal, aunque éste se exceda en la dosis con que á la junta contribuye, persiste espléndido y durará perdurable. Lo que no subsiste es el producto de aquel sistema de idealización que preconizaba el separar de los objetos de la naturaleza «cuanto creían que amenguaba su belleza,» sistema

cuya cristalización en el arte es crear, como en *Los trabajadores del mar*—idea que me apropio sin recordar su fuente—un pulpo casi divinizado.

El embate de los románticos contra el edificio pseudoclásico, realizáronlo luego los realistas contra el alcázar del romanticismo. El tiempo tiene estas remembranzas; nos recuerda espectáculos iguales aunque causas opuestas los produzcan, y lo que Hugo y sus discípulos hicieran y dijeron frente á los aclasicados del siglo XVIII han dicho y hecho, á más que mediar el último, Zola y sus secuaces, si bien es de advertir que en ellos, y tal es el distintivo que da carácter á la escuela, el realismo degenera en naturalismo, es decir en un realismo de tal índole que no cierra los ojos, antes se complace en agrandarlos para verlos mejor, ante los más inmundos y depravados fenómenos y manifestaciones de la naturaleza. De otra manera: el naturalismo viene á ser, no pocas veces, la naturaleza deforme y contrahecha, anormal, por lo menos, pintada en sus tipos clínicos, en sus aberraciones monstruosas, en sus casos de biología fisiológica y social.

Líbreme Dios, en este rápido presentar de escuelas, de dar juicio alguno respecto á él. Como las otras, deja un sedimento fecundante que, germinando, da frutos excelentes; como las otras, arrastra, en el abultamiento de la estética que sostiene, equivocaciones y extravíos que van á sumarse á los que los falsos clásicos tuvieron, á los que acompañó á los románticos. Y nótese que en los preconizadores de todas esas doctrinas, más que en lo preceptuado en su credo artístico, se basa lo que ellas tienen de falso y anómalo, de deficiente ó exagerado, lo que, en suma, no pueden arrastrar tras sí por

no conformarse al ritmo armónico y constante de la vida, con su verdad que no se muda ni se trastueca.

Lo que con esta se acuerda, pues, permanece y subsiste. Los falseamientos de la naturaleza, sus torceduras y opresiones gibosas son las que no viven. La serenidad sosegada del clasicismo queda siempre; del romanticismo la libertad generosa que trajera y el alto ideal de abrevar en subjetivos manantiales; del realismo el arte sincero y no engañoso, lo verdadero imponiéndose como inspiración y como procedimiento de factura.

Y en ese realismo, que por amoldarse á lo real no puede prescindir de la naturaleza, el naturalismo sano, no viciándose para corromper ni derribando fronteras estéticas para caer en irrupción violenta en las científicas, también ha de quedar como algo que ni sobra ni daña.

Decadentismos, impresionismos, nerviosismos, modernismos truncadores de lo natural, como la mistificación forzada de lo que se proponen representar, difícil es que duren mucho. La moda los trae, la moda los marchita.....; en vano el arte, cariñoso y consolador siempre, les presta el jugo de su savia; al fin sin ella, sin el espíritu vital, se sucumbe y muere.

No he de negar, no obstante, antes ello es argumento de mi tesis, precisamente el que quiero deducir de este análisis corto para ser completo, prolongadísimo por largo, no he de negar, digo, que la moda alentó á esas escuelas, que ella las hizo florecer vigorosas.

Mas es preciso distinguir entre lo que tienen de esencial, por ser de la naturaleza tomado, que eso es invariable, y entre lo que ostentan de pasajero y de mu-

dable. El realismo y el idealismo, especialmente, los dos aspectos del hombre, el que nos ata á la tierra y el que nos sublima al cielo, el que nos sujeta á lo material y el que de él nos separa, el que afecta á los sentidos y el que dice al espíritu, ni faltan ni pueden faltar nunca de ellas.

Por eso decía antes que, con razón, clásicos, románticos y naturalistas se arrogan estar representados en *La Biblia,* en *La Iliada,* en *El Quijote* y no hay más que recordar esos libros en alguno de sus pasajes para concederles que su aserción es cierta. ¿ Quién niega, por ejemplo, el realismo imborrable, hasta el naturalismo crudo, á veces, del *Antiguo Testamento ?* Y su ideal ardor ¿ no corre inagotable por las profecías isáicas y jeremiacas, por los salmos davídicos, por esos trenos que parece que el dolor exhala, por la aspiración, quemante y viva, que á lo infinito asciende, por toda esa literatura, en suma, de pedrería cuajada, vehemente, sublime, que nutre á no pocas y en la que encontramos los más hermosos modelos de resignación al infortunio, de sabiduría profunda, de amorosas caricias y de pasajes por el más dulce de los poéticos alientos bañados ?

No hablemos de *La Iliada.* Vive en un ambiente de asombrosa realidad ; sus héroes, sus dioses, sus escenas, capaces son de resucitar, viviendo, en cuanto la voz misteriosa de la existencia les evoque y anime ; cuadro idealista, sin hablar del espíritu de la epopeya y para no citar otros, tenémoslo, de un intenso aroma, en aquel peregrino, de hermosura imborrable, en que el anciano Priamo pide el cuerpo muerto de su hijo Héctor á su matador Aquiles. ¡ Qué derroche aquel de acardenaladas tintas, de luctuoso ambiente, de tétricos tonos que hubie-

ran envidiado, siendo menos natural el hecho, Hugo para finar su *Le roi s' amuse;* nuestro Duque de Rivas para su imponderable *Don Alvaro!*

En cuanto al *Quijote* ¿ha de hablarse de cómo se dan en él, abrazándose y prestándose mutuo calor, idealismo y realismo? ¿No basta, para pintar rasgos del primero, la concepción etérea de *Dulcinea* y las quijotescas soñaciones, y para referirnos al segundo la plasticidad de Sancho y los mil elementos que la realidad lleva abundosa á la creación de uno de los libros más portentosos que el tiempo produjera?

Y obsérvese, de pasada, que los materiales idealistas y realistas ni los trae una época ni otra se los lleva; ¡cómo, si son la vida misma! Los vemos con el sentir mesiánico en los años apartados en que el pueblo hebreo floreciera; se patentizan en los clásicos ejemplares de la Grecia; no se desmienten en los siglos de oro de nuestras áureas letras. Son de siempre, no se agotan nunca, no pueden faltar como no faltan, para el vivir terreno, lo corporal y el soplo que le vivifica, el cuerpo y el principio superior que le rige.

¿Queréis más? Lo decía antes; el romanticismo, como secta, como aspiración, como ejército de combatientes, fué, no es. Y sin embargo, después que aspiramos el olor, no siempre suave y dulce, de las ondas naturalistas, un ilustre poeta francés, Ronsard, con románticos sentires, que hasta los tuétanos de su estro le calcinan, ha conmovido á los públicos con su *Cyrano* y *L' aiglon* y para llevar el filo del argumento hasta las entrañas del contrario, no hay sino referirse al propio Zola, patriarca y pontífice del naturalismo, ya en rápida decadencia, que en *Una página de amor,* en *Le réve,* en

L' asommoir, de romántico se viste en primorosas y delicadísimas escenas.

¿A qué insistir? Lo ideal y lo real se compenetran, se confunden. Son como substancias afines que se atraen, que se buscan y que la química del análisis separa. En la obra artística no viven solas; predominará una, sí, como en los compuestos de los simples éste vence y se impone á aquél, pero pretended desunirlos y tendréis que sutilizar tanto que hasta la nuda abstracción lleguéis, viéndoos obligados á vestirla de villanesca aldeana si ha de figurárseos la quintesenciada Dulcinea, ó habéis de caer tan bajo que hasta los séres más inferiores, los más amorfos de la escala animal, os han de parecer dioses al mirarlos, sublimes en la relatividad que os presento, *espiritualizados*—y pase la palabra en honor de lo que expresar me propongo—por el casi extinto lucir de una chispa de instinto.

No, la belleza se sumerje, para resplandecer nítida y pura, en las corrientes aromosas de lo ideal y de lo real.

Que éste, que la realidad, sin prescindir de su compañero inseparable el idealismo, informa y da carácter á una inspiración franca, netamente española, es lo que yo querría demostrar en este instante como premisa que ha de conducirme al estudio del realismo quijotesco.

III

Nuestro abolengo realista es antiguo, muy antiguo. Osténtase ya en aquel poema, el *Miocid,* « la primera epopeya antigua, puramente castellana, » dice un maestro ilustre, el Sr. Navarro Ledesma, hasta que se conozcan las olvidadas gestas de Fernando I, de Fernán-González, de los Infantes de Lara. « Poema—y copio al literato á que me refiero—donde todos son hechos humanos, tangibles, con color, olor y sabor, y donde nada hay de ese elemento fantástico y sobrenatural que nunca falta en las obras épicas de otras razas más soñadoras que la nuestra..... »

De realismo robusto y bien templado, que no se asusta de pintar con los tonos y contrastes violentos de nuestro sol, es buena muestra, allá en la décima tercera centuria, el poeta riojano Gonzalo de Berceo, y, por ser de sus días, séame permitido recordar aquí el *Libro de Apollonio,* donde también se expresan sentimientos na-

cionales y en el que, además de verse el calco que luego remozara Cervantes en sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda,* colúmbrase la gallarda silueta, española hasta más no poder, de *Tarsiana,* que Timoneda, el autor del *Quijote* y el de *Nuestra Señora de París,* hácenla suya con los nombres de *Politania,* la cervantesca gitanilla *Preciosa* y *Esmeralda.*

De la vieja cepa de Castilla es, también, la obra literaria de aquel otro genio de Alcalá, el Archipreste de Hita, cuyas triunfales carcajadas de regocijo aún suenan alegres para animar la viviente pintura que hiciera de la sociedad que fué su contemporánea.

Pero en este rápido correr, abarcando en sintética ojeada las ejecutorias más nobles del realismo castellano ¿ cómo olvidarse de *La Celestina*

libro en mi opinión divi-
si ocultara más lo huma-

que dijo el *Príncipe de los Ingenios,* y que teatral ó novelado, por su grandeza, por su lenguaje, por su acción de alto dramático conmoverse y por su palpitante verdad es como la puerta de oro por donde van á precipitarse, empujándose, los fulguradores destellos de nuestras clásicas letras ?

Para entonces el fecundo germen de las andantes caballerías ¿ no había arraigado en nuestro suelo para lozanear florido con *Amadis* y toda la caterva de héroes y paladines que le sigue ?

Venga acá el Manco ilustre y descabece y hienda con su pluma, ya que no con la tajante espada de Lepanto, ese fantasmagórico caleidoscopio donde los cristales azulinos y verdes, rojos y gualdos, carmesies ó grises, nos presentan en inacabable procesión la cohorte

quimérica, que con todas las audacias imaginativas se viste, de Esplandianes, Florismartes y Olivantes, de Palmerines y caballeros de la Cruz, de la Ardiente Espada y de la Selva; de reyes y emperadores, de príncipes y magnates; dejad que vestiglos y monstruos, que enanos y gigantes, jueguen, con maléfico influjo, en la suerte de los hombres; alzáos, alcázares diamantinos y lagos ardientes en cuyo fondo duerme misterioso el encanto; volad, alígeros dragones y soportad, si podéis, el peso de la caballeresca grandeza que de un polo al contrario se transporta, que funda países ignotos, que da fin á las más estupendas aventuras que soñarse pueden..... apresúrate en el vivir cuanto puedas, mundo de las idealizaciones locas y arrebatadas, porque, ya que no á la pesadumbre de tu falsedad, vas á derrumbarte ante el filo aguzado de una sátira sutil que más que el desaforante mandoble corta y hiere como no hirió nunca el fiero acometer de sobrenaturales varones....!

« ¡ Oh y cuán fecundo himeneo—dice la señora Pardo Bazán—fué aquel del firme y casto Amadis con la incomparable señora Oriana! » De él se derivó la opulenta estirpe de caballeros cuyas hazañas llenan el fárrago inextricable de los Libros de Caballería.

Pero hay que notarlo: los « Amadises » y su copiosa progenie, que á manos cervantinas á morir vino, son exóticos personajes que por el suelo nacional se derraman en irrupción arrolladora, pero no son indígenas. Los volúmenes que los ensalzan, en inspiraciones francesas, provenzales y hasta clásicas, se nutren; el *Amadis* primitivo, el de Gaula, se supone nacido de una leyenda del ciclo bretón; del *Tirante al Blanco*, que algunos creen anterior al citado, dícese que al lemosin se

le trasladó del inglés. Ese mismo *Amadis,* ya que es el tronco robusto de su raza, en lengua portuguesa se escribió y de ella vertióse al castellano, si bien eruditos de nota afirman que, por lo menos, los « tres primeros libros » de la obra eran ya antes del dominio del pueblo, en tiempo del alavés Pero López de Ayala y lo cierto es que los cita Pero Ferrús, trovador de allá por los años de 1379.

Sea como sea, el linaje nos es extraño ; admitímoslo con tales requilorios y zalemas, que el numen cervantesco vióse obligado á burlarse de él, pero las andantescas hazañas por escenarios de Gales, Bretaña y Francia corrieron.....

« Venga,—dice la eximia escritora que antes he citado—un Cervantes que escriba en forma de novela una historia llena de verdad y de ingenio, protesta del ingenio patrio contra el falso idealismo y los enrevesados discursos que nos pronuncian héroes nacidos en otros países, y al punto se hará popular su obra, y la celebrarán las damas, y la reirán los pajes, y se leerá en los salones y en las antesalas, y sepultará en el olvido las soñadas aventuras caballerescas ; olvido tan rápido y total como ruidosa era su fama. »

Y vino, sí, vino el *Quijote.* Abrumando con la virtud gloriosa de sus méritos incontables ; demoliendo con su humorismo franco y risueño, con su maravilloso pintar de la vida ; poniendo en dispersión y disipando á los entes sin existencia, como el viento barre corpúsculos y miasmas ó cual destruye el rayo de sol organismos que nacen entre sombras y en ellas crecen y se multiplican.....

Pero esos aires de realismo que con el *Quijote*

soplan triunfantes y desgarran, reduciéndola á recuerdo, la nebulosa del forjado universo de ficciones y mentiras, teníamoslos iniciándose en precedentes libros y autores que apuntamos antes, oreando saludables las páginas de *La Celestina,* arrollándolo todo en el *Lazarillo del Tormes,* en *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* y en *La del soldado español Miguel de Castro* para no citar más que las anteriores á la inmortal novela, que, siguiéndola en la hermosa tradición que señalamos, basta con rememorar en la mente, que en su existir no decaen nunca, las también cervantinas *Rinconete y Cortadillo,* el *Coloquio de los perros, La Gitanilla,* y las de tan ilustre abolengo como *El Gran Tacaño,* la *Vida del escudero Marcos de Obregón, El Diablo cojuelo* y las novelas, para que esta enumeración concluya, de Salas Barbadillo y de doña María de Zayas.

Todo este capital inestimable es nuestro, es propio, es de la casa solariega y bien dotada; está muy lejos de los ajenos fundos que los andantes caballeros ocuparan. Que uno de los insuperables méritos cervantinos, observa muy bien la citada señora Pardo, es el haber « reanudado la tradición nacional, » reemplazando al forastero Amadis, quimérico como Artús y Roldán, por un tipo real como nuestro Cid que « con mostrarse siempre valeroso y honrado, y noble y comedido, y cristiano, lo mismo que el solitario de la Peña Pobre, es además un sér de carne y hueso y manifiesta afectos, pasiones y hasta pequeñeces humanas, ni más ni menos que *Don Quijote*..... »

Quiero decir, pues, que es realista el *Quijote:* que el realismo que le da savia vigorosa es cosa muy nuestra; que en *La Celestina,* por ejemplo, se ve pu-

jante: y que antes y después de esa trajicomedia de Calixto y Melibea y del libro de Cervantes, tan corre por venas españolas la sangre realista, que infunde vigor de creación, rozagante y gallardo, á un género castizo, autóctono, genuinamente de la tierra, que otra literatura no lo tiene si no es la de Francia como pálido reflejo y con español carácter, y que constituye una de las más legítimas glorias de las letras patrias: la novela picaresca.

Es original, pues, ese realismo y ¡quién pudiera ahondar en las causas que á él nos llevan! Es sello de la raza y bien patente está en la escultura y en la pintura donde, sin citar otros nombres, bastan los de Montañés ó Zurbarán, Velázquez ó Goya para que el aserto quede con creces comprobado.

Realismo que se complace en patentizar su esencia audacísima, valiente, ya figure estremecimientos de la carne ó torturas del espíritu: ya trate, aunque parezca paradójico, de hacer plásticos y como de relieve aéreos alambicares ó sutiles disquisiciones de la mente. Los deliquios suprahumanos de nuestros escritores ascéticos, el volar arrebatado de sus éxtasis, con alas de fuego ¿qué vienen á ser sino la materialización de lo que no puede materializarse; el ansia de las almas que buscan á Dios: el ir atraidas hácia Él: la expresión, con palabras, de lo inefable y etéreo que es el alma misma; algo así como el símbolo de la oración y de la idealidad, hecho en la torre gótica con agujas afiladas, que como aquellas rompen las nubes y se pierden en lo alto, en el azul insondable é inmenso?

Así nuestro realismo. Humaniza lo divino, como Velázquez en su *Cristo en la Cruz,* ó retrata el gracejo

desgarrante de las majas goyescas; hace vibrar músculos de talla ó en la madera deja impreso el hondo apenarse del espíritu, avaricioso de dolores, de los mártires y santos. Aquí de pomposidad y opulencia de carnes se jacta pletórico; allá se hunde en el tranquilo aquietamiento de la materia corporal: unas veces hace ostentosa gala de dislocaciones audaces y de escorzos inverosímiles por lo atrevidos; otras de una serena frente y de unos ojos alumbrados por sobrenaturales fulgores que á lo alto miran, se recrea en sacar la esplendorosa visión de lo infinito.....

Realistas somos. Véase en qué hemos brillado más y compruébese la existencia, en el alma nacional, de ese poso que en ella dejaran étnicas herencias. En la épica, aparatosa y reluciente, brillamos poco; nuestra lírica es falsa en lo que tiene de altisonante y garrulera; la que se mantiene ó se concreciona, se esparce en el sentir delicadísimo de un Becquer ó, filosofa, para acercarse más á la vida y hacerse más real, en Campoamor; los recamados ropajes del *Romancero* son realistas; en el realismo refleja sus áureos fulgores el sol de nuestro Teatro gloriosísimo; la novela en la realidad bebe sedienta; el esculpir y el pintar son realistas también, y en lo que de característico tiene la Música española, sus sabores, de realismo son, ya que con tonadillas y jácaras muévese inconsciente, pero gozosa, el alma del pueblo, y en el sentir de éste abrevan, cuando más próximos están del acierto artístico, las inspiraciones de los compositores contemporáneos.

He hablado del pueblo. Obsérvese la coincidencia: todo ese realismo se acopla y armoniza con el sentir y con el entusiasmo popular. Las escenas y los tipos

de Goya ¿de dónde salen?; aquellos extraños ejemplares velázqueos de bufones y enanos ¿qué son?; ¿no es popular el dolor de la Virgen y la muerte de un Dios, tan reales como sentidos ante la gubia de los imagineros?; el escenario y las hazañas de los *pícaros,* ¿en qué se ponen sino entre los populares antros? ¿qué Teatro se gallardea lozaneante ni se solaza en sus triunfos si no los recibe de manos del pueblo? ¿quién hace nuestros romances, y quién los celebra, y quién los canta, y quién, aún, saborea junto al fuego ó sobre las parvas los toscos decires de la degeneración de aquellos clásicos? Y en cuanto al *Quijote,* si algo no dijese de su popularidad, mayor antaño que ogaño, la anécdota, aunque sea incierta, del estudiante que lo leía y Felipe III, mostraríannosla, clara, la como identificación, que hace el pueblo, de tipos y figuras sorprendentes ó chocantes que ve con las principales del libro sin segundo.

Sentimientos que así en las masas cristalizan, por fuerza han de tener en ellas honda raigambre.

¿Qué nos hizo mirar, complaciéndonos, la visión clara de las cosas y qué nos llevó á representarlas cuales son? Complejo y difícil resultaría este estudio. Mi audacia no llega á intentarlo.

He dicho que ese realismo, ya manifestándose en los más antiguos monumentos literarios para florecer avasallante en *La Celestina,* en las *Novelas picarescas* y en *Don Quijote,* es sello de la raza.

Constituida ésta, la netamente nacional, por la conglomeración de varios elementos; trabajada por incesantes luchas y por rudos afanes; pronta siempre á defender en homérico combatir el patrio suelo y aun á llevar á otros países el tráfago de sus armas, hácese

aventurera, resuelta, audaz..... Quien lo que hoy tiene no sabe si va á poseerlo mañana, oficia con facilidad de pródigo y manirroto y el que lo es, aun confiando en la misericordia del Cielo, que viste de azul los lirios y alimenta á los pajarillos de los campos, obligado está á industriarse por la maña lo que, por el trabajo, consigue con dificultades mayores. Labórase en ella así, la pereza y la valentía; la generosidad y el arte de procurarse lo que le falta. A la pereza le ayudan el padre sol, benéfico en sus caricias de invierno y enervante en sus calores estivales: fomentador de vagos, fecundante potente del delicioso placer de no hacer nada. Ese mismo sol calcina los campos castellanos y convierte en paraísos los huertos de Levante y Andalucía; ó abrasa ó vierte generoso sus dones; ¿á qué trabajar, en uno ú otro caso, si contra la fuerza de sus fuegos, que no entibia el agua, de la cual centurias y centurias huimos, nada puede, y si sus esplendores siembran oro aun no ayudando á la tierra á que los aumente? De ahí un fatalismo escéptico que algo favorece á la fría contemplación de las cosas; y también la resignación, mil veces hambrienta, que enseñándonos lo negro del vivir nos lleva á pedir á los hados lo que en la actividad laboriosa no sabemos buscar.

La valentía nos empujó á la aventura, á lo imprevisto; á los filones americanos ó al botín de las batallas. Vestimos nuestra pobreza de oropeles, y jacarandosos los mostramos igual en las empresas, por heróicas no igualadas, que en el duro apartarse de tierras que por propias conceptuamos. Ningún valiente deja de ser noble, y rasgos caballerescos y pujos de arrogancia exquisita y linajuda, jamás faltaron ni á los truhanes más haraposos

del hampa astrosa. Valentones y bravos, salidos de la ralea ó de la aristocracia, confraternizaron con la plebe en la vida del campamento y en la de las Iglesias, en el burdel ó en el mesón, que no hay lineas que no se franqueen entre castas y clases..... De ese reñir sin tasa, si la crueldad se aguza la compasión puede nacer generosa; del militar esfuerzo prodúcense virtudes que al alma elevan; y del incesante ir y cruzar á Flandes y á América, á Alemania y á Italia, á Portugal y al Africa, engéndrase, por precisión, el conocimiento que da el pisar países desconocidos; el mirar cosas nuevas; el humillarse ante la desgracia; el embravecerse en la victoria; el sufrimiento en la privación; la alegría provocada en la amargura; el penar del ausente; el ansia de la riqueza pretendida; la posesión abundosa del instante á cambio de la miseria que le sucede; el no comer y el no dormir; el regalarse en la hartura ó el mirar la muerte cara á cara; la vida, en suma, tal cual es, pronunciadísima de rasgos, abultada en sus goces ó en sus penas, sombría ahora, rosácea luego.....; ¡el realismo candente que iba germinando poderoso en la semilla que de él llevábamos depositada!

Topografía, climatéricas condiciones, historia, la tradición del linaje, lo que en éste hay de hereditario, nos llevan á ser realistas; realistas que no rehuyen el ideal, porque, si á examinarlas fuéramos, parece que todas aquellas circunstancias lo fomentan y aguzan en nosotros, pero si á la representación exacta de las cosas añadimos la como tendencia que hay en ellas á elevarse, si vivificamos la pintura con la idea ¿qué faltará á la justeza pedida del cuadro?

Ese realismo nuestro, por natural resultado de

las causas que como sus productoras en informe bosquejo presentábamos antes, se desarrolla más crudo, más espontáneo, más ingenuo, también más esplendoroso, cuando se solaza retratando las clases ínfimas de la sociedad, la canalla, el burdel, el antro harapiento ó el hampa infame. Es ese su mejor escenario, y ahí está la novela picaresca comprobándolo. El mismo Cervantes labra con arte peregrino aquel maravilloso bajorrelieve, entre la chusma cincelado, que se llama *Rinconete y Cortadillo* y de la talla de los pícaros es, en no pocas ocasiones, la gente en que el genial escritor se mueve con más donaire y garbo.

Y es que cuanto se manifiesta como connaturalización con nosotros mismos no podemos negarlo, y en el ambiente de los pícaros respiramos á gusto, y á gusto lo convertimos en el lugar de nuestras hazañas.

En él podemos mostrarnos hampones para desafiar; en el ingenio agudos; en la zumba ocurrentes; en la adversidad contentos; en el chiste atrevidos; pródigos en la pobreza; altaneros hasta ostentándola; gráficos en la expresión; inventores é imaginativos en la idea que le da alma; compasivos con el menesteroso; nobles con el enemigo; celosos de la honra; haraganes para ir tras el sustento que con cuatro nonadas y un rayo de sol se conforma; arrogantes como Cides; pacientes como Job y esperanzados, siempre esperanzados, porque felices representadores de lo real, al que coloramos con los tintes de los calientes tonos meridionales y con los claroscuros fuertes de los contrastes de luz y de sombra, llevamos en nosotros el alma quijotesca y ponemos nuestra ventura en el desencanto de Dulcinea por la virtud mirífica de los azotes sanchescos.....

Nuestro realismo, en suma, póngolo yo, con accidencias y concausas que han querido exhibirse, en nuestro mucho vivir, en el vivir afanoso, en el vivir contínuamente trabajado por el ajetreo de batallas, de expediciones, de conquistas; por el amargo sedimento que aquel deja en el alma; por el pesimismo que crea: por lo que avizora ojos materiales y del espíritu para contemplar frente á frente y como son, en toda su realidad, por cruda que resulte, hechos y personas, ideas y objetos.

Miradlo ahora, miradlo siempre, porque es la vida: quien mucho ve sabe más que el recluido en la pequeñez de una esfera reducida; el gran sufridor de dolores templa el espíritu en el infortunio y de los máximos piensa que más grandes pueden serlo: quien llega á comprender la falacia del mundo, al despreciarlo, ve la futilidad de todo y se engrandece ante lo poco que lo terreno significa; los buceadores de conciencias, gigantes en saber penetrar hasta en sus reconditeces más íntimas, se agitan ante lo deleznable y mísero y en beatífica visión llegan á compendiar, en diáfano columbre, lo finito y lo que no tiene fin, lo bajo de la existencia y lo más alto, el mundo real, sin engaños, sin disfraces, y el de Dios, excelso y venturoso como el ideal que perseguimos. He ahí por qué me refería antes, para aclarar de soslayo el concepto, al « realismo » quintesenciado, á la « plasticidad de lo espiritual » que tanta grandeza adquiere en nuestros ascéticos y poetas místicos.

La realidad se nos impone, pues; el realismo fluye, como la sangre por las venas, por la literatura española. En sus cimientos no se desmiente: en la aurora del siglo de oro pujante se nota..... y su impulso, de

corriente inundante ó de turbión precipitado y loco que arrasa campos y ciega valles, vence y triunfa, para producir uno de los libros más reales que nunca se escribieran, en el simpar *Quijote*.

En el realismo que en él campea quiero ocuparme ahora.

IV

¡El realismo del *Quijote!* Ofréceseme como el fondo, el campo de un gran tapiz en el que el idealismo va bordando paisajes y figuras, reales, también, pero que coloran y esmaltan el tejido con tintes, con tonos, con primores que embellecen el conjunto admirable de la tela.

Todo lo que es realismo artístico, vigoroso, sano, se entroniza y triunfa en la obra inmortal.

¿Cómo examinarla? ¿por las personas que en su acción toman parte? ¿por las escenas en que es tan rica? ¿Amojonamos y clasificamos como en estantería farmacéutica y cual en las columnas de un censo, ó seguimos el desorden, el orden libre, con que hermosean las florecillas campestres selvas y montañas ó que siguen, al cruzar el aire, mariposas y pájaros?

El amojonamiento es oficial y burocrático. Intrinquémonos por el bosque tupido, no por sus sendas

andadas y sabidas: pongámonos á la ventura como en esos viajes sin objetivo determinado cuyo fin más se pone en la complacencia de recrearse en un sitio ameno que en la obligación de quedarse aquí ó allá..... Y lo que este trabajo, ya de suyo fatigoso y pobre, pierda en rigor lógico, gánelo, y será su único estimable don, en la varia sorpresa que lo imprevisto produce.

Parézcase al curso sinuoso de un río que en cada una de sus revueltas y giros ofrece la perspectiva de un paisaje nuevo; no al correr rectilíneo é igual de sus aguas.

Es real la figura del héroe manchego? Es asombrosa de verdad humana y es, á la vez, la idealización, en el hombre, de lo impalpable, de lo que no se toca, de lo espiritual, de lo que á Dios le acerca.

Quitad sus altos pensamientos y su sentir noble, y todo lo que por antonomasia constituye su quijotesca estructura y quedará convertido en un loco vulgar, que sólo compasión inspiraría, ó en un aventurero sin grandeza que tras del fin de sus hazañas no ve nada alto y sublime.

A fuerza de idealizarse, es real; porque lo que es el *Quijote* lo es el hombre y ¡triste del que, una vez siquiera, no movió su mente y sus músculos, su corazón y su organismo á impulsos de esos resortes que al ínclito andante le llevaban á obrar! Es ideal, es real..... Mas ¿qué somos sino mezcla de la envoltura corpórea y del fuego sagrado del espíritu? ¿Es sola la materia la que en nosotros rige y manda, ó tiene también lo inmaterial fueros y pragmáticas obedecibles y obedecidos?

Tan real es *Don Quijote* que encarna en él aquella substancia nacional de los Vivar y los Fernán-Gon-

zález; aquel valor invicto, aunque á las veces no besado por la gloria del triunfo; aquel comportarse caballeresco que pone un culto en el deber y una religión en el honor; aquella humillada cortesanía ante la mujer; la vena patria que cientos y cientos de veces corrió abundante para cuajar en las páginas inmortales de Sagunto, de Numancia, de Zaragoza, de Madrid, de los héroes de Baler y del del Cascorro.....

¡Quijotadas.....! Quijotadas, sí, que por no medirse por el peligro ni apreciarse por lo imposibles, ponen muy alto el nombre de los que las realizan con asombro del orbe mirándoles contemplativo.

Tan maravillosa es la pintura que apenas cabe en los moldes de lo humano; como que los sobrepasa y se pone en los confines de lo óptimo, de lo ultraterreno.

Don Quijote es así; hombre con su flaquezas, con sus debilidades, pero con tan preclaras virtudes, que si cupiesen santos en el historial de los andantes caballeros, el de la Mancha figuraría en los altares.

El realismo quijotesco está, precisamente, en que separándose, quien lo ostenta, de los caminos de lo normal y de lo ordinario, conviene, no obstante, con lo que es la humanidad toda. No hay hoy quien embrace la lanza y cubra su cabeza con el yelmo de Mambrino pero sin tales arreos ¿cuántos no luchan por un ideal imposible, y buscándolo encuentran aporreamientos y malas andanzas, golpes y cintarazos, el azote del ridículo y la vulgar bofetada de la plebe, el creer que suben muy altos para caer luego en el triste desengaño del pobre Quijano el bueno, cuando á la hora postrera ve que todo su esforzadísimo arrojo púsolo en favor de una causa

mentida y que de todos sus oropeles sólamente queda la verdad aterradora, pero positiva, de la muerte?

¿Quién no lucha por el ideal? La gloria, la mujer, el aplauso, el beneplácito de las gentes, el honor inmaculado, la bienaventuranza ¿qué son sino altos fines á que nuestra actividad se endereza? Unos los alcanzan, otros sucumben en la pelea.

Lo hermoso y uniforme del carácter es que en *Don Quijote* no se desmiente nunca. Es como de acero toledano, se rompe pero no se dobla. Echad sobre él malandrines y follones, que no confesará nunca que no es *Dulcinea* la más fermosa entre las mujeres y que no es el oficio de caballero andante el más lucido y noble de cuantos en la tierra existen.

Y esa concepción grandiosa, la mayor, tal vez, de todas las literaturas, véase cómo está animada por un calor de humanidad que á las más humanas supera. Es bueno, paradisiaco, mejor, el hidalgo esforzadísimo. No quiere mal á nadie sino bien á todos; su misión es amparar á los débiles y acorrer á los menesterosos; sus amigos son tiernos niños y medrosas mujeres; lo espantable, lo extraordinario de formas y de naturaleza es su rival constante; justiciero, á romper lanzas por la justicia se encamina; casto, la castidad pregona; reparador de agravios, los suyos son los primeros que satisface, y por desfacer entuertos, en la espinosa senda de sus aventuras más de una vez encuentra los que á él le causan...

Sino que ¡oh alma grande! los que se los producen, que en su alma no tiene nido el mal, son los encantadores, descomunales jayanes, gente vil y cobarde sin la arrogancia de contender con él á pecho abierto. Si así no fuera ¡atreveríase un gato perseguido á col-

garse de las narices del más valeroso caballero que los siglos recuerdan!

¡Oh qué grande, qué grande es la figura! ¿quién puede poner el miedo en su ánimo esforzado? ¿quién es capaz de rendirla? Y ella, en cambio, bastó que se afirmara en los estribos de *Rocinante,* aquel su eterno compañero en todos los caminos y carreras, para que muriesen, y sin remisión de pecados, todos los personajes tan ayunos de espontánea y verdadera realidad que uno sólo que la tuvo les quitó la existencia.

No es paradoja la de que á fuerza de ser ideal es real *Don Quijote.* Le animan altos ideales; es el tipo ejemplar de su casta; con idealidades y barro corporal está perjeñado; pero tan de carne y hueso es, que, hasta en su apariencia externa, un personaje alto y amojamado, de miembros como sin gobierno y con espaldas que no soportan, sin inclinarse, el peso de la cabeza, flaco, huesudo, recuérdanos la novelesca figura; y en lo moral es quijotesco cualquiera que, separándose del positivismo corriente, en algo imita el desinterés, la abnegación, el sacrificio, que fueron normas rectas y seguras del honroso vivir del buen Quijano.

Y como arrancadas de la realidad viva son las acciones en que toma parte. Harto se dirá que es insania la de trocar gigantes por molinos, y corderos por furiosos ejércitos; que el poner libres á los galeotes merece una camisa de fuerza; que el ensueño sin sueño de la cueva de Montesinos delata la alucinación de una mente febril; que no hay sino locura en todas las empresas que con sin igual valor emprende el caballero. ¡Locura, sí, pero es la locura hermosa que ataca á cuantos acometen designios superiores á sus fuerzas; la que no se

aparta del que, por amor á la justicia, arrostra impávido el juicio del vulgo, las penalidades ó la muerte; la locura de quien, grande y magnánimo, en hacer bien pone su empeño todo y en combatir el mal su mayor esfuerzo. Es la locura genial que no aciertan á comprender pequeñeces de espíritu medroso; es la rectitud de juicio de quienes, adelantándose en mucho á sus días, sueñan con ideales ¡ay! no realizados y que á saberlo cuándo cuajarán en la realidad.

No es la de *Don Quijote* la abrumadora y al uso de la estultez dominante. ¿A él qué, si sus ventas son castillos, y princesas ó altas damas las *mozas de partido,* y el ventero socarrón un castellano capaz de darle el espaldarazo de caballero, la *Maritornes* la doncella, de amores muerta por el andante, y la mano arrieril puño gigantesco?

¿Es que precisa que sepamos que ante nuestras fantasías, siempre y á todas horas deben imponerse á los deseos del espíritu las evidencias, no pocas veces más que grises, de la realidad?

Bien las toca *Don Quijote* frente á las aspas molinescas; junto á los batanes sonoros; bajo las estacas de los yangüeses; al lado de la ingratitud de los galeotes, emblema de las mercedes que al facedor de favores le esperan; no lejos de los rebaños de carneros, otra enseñanza que nos dice que tiene sus quiebras el buscar los peligros; y en especial cuando la cerdil piara, la muchedumbre del vulgo triunfante, pasa por encima del asendereado ideal tan briosamente mantenido por quien sufre la suerte de todos los grandes idealistas, de los reformadores todos..... pero ¿qué son esos quebrantos junto á la dureza diamantina del espíritu que no se deja

rayar por los arañazos crueles de la duda, no ya de la realidad inmisericordiosa?

Por eso desconsuela más la muerte del héroe: los velos se abaten, la razón se ilumina. Pero firme en sus procederes, lúcido, desea, en su esencia, lo que loco deseara, y si comprende que jamás hubo caballeros andantes y que no debe haberlos, que son dañosas sus mentidas hazañas y que por quererlas resucitar vivió en el ridículo, no reniega del ideal que abrigó de sembrar el bien y de favorecer á los buenos. ¡Envidiable persistencia en un propósito generoso y altruista! De los pies á la cabeza es real *Don Quijote*. Es real con el realismo que corresponde al tipo que figura, al carácter que ostenta; con la inflexibilidad de las paralelas, que para serlo no deben tocarse. Dejadle que proceda de otro modo que como obra y se desmentirá en su substancial composición. Sus palabras responden á sus altos pensares, sus obras á lo que dice. No sería ideal amador sin la castidad con ahinco defendida; no sería tan esforzado si pensase en las consecuencias que acarrearle pueden sus audacias; más grosero sería menos cortés; más egoista menos desinteresado. La fe, la fe sublime en una causa sublime le alienta y le guía, y con tal norte, dora cuanto á él le atañe y las más bajas escenas se cambian en altos realizamientos.

Ya lo he dicho y no me cansaré de insistir: la idealidad quijotesca es su realidad; hay objetos formados de burda materia y otros que en la sutilísima y tenue, más delicados pero menos reales, tienen su esencia. *Don Quijote* es de los últimos. Y cuenta que esos como exquisitos y etéreos suelen ser los de más primores y valía. Que ¿qué son, sino gasas incandescentes,

leves hasta figurárnoslas como polvo de niebla, esas substancias solares que irradian el fulgor que abrillanta y esparce la vida?

Lo repito. *Don Quijote* es real; se moldea en los crisoles humanos; por salir de ellos tiene espíritu y cuerpo. Si le quitáis uno de estos elementos destruiréis la talla animada; quitaréis de ella, sobre todo, la lucha, la vida, porque la de *Don Quijote* es el batallar de lo que tiene de hombre, porque lo es y entre ellos vive, con lo que de ángel, como don de arriba, le acompaña. Los dos juntos dan grandeza á la creación; no los separéis; no los desunáis, y pensemos todos que, sin la chispa de hidalgos manchegos que luce en nosotros, la tristeza sin consuelo y la amargura sin el albor de la esperanza serían nuestros eternos acompañantes.

¿Y qué ha de decirse de la simpar *Dulcinea?* Es el digno complemento de su amador, cifra y emblema de todos los amadores que el orbe contara. Sin el sol sería la luna cadáver yerto, sin matices de cera y sin brillo de nácar; gracias á él se nos figura astro animado, con la poética dulzura que vierte de su disco blanco como la Hostia Santa..... Así *Dulcinea;* quitadle *Don Quijote* y no os empeñéis en encontrarla; es el imposible de una sombra sin cuerpo, mas con él ¡qué realidad tan grande y humana aparenta! Y no caigamos, no, en la locura de rondar sus palacios tobosescos, porque ni los tiene ni los necesita más que el éter impalpable que llena los espacios; ni tan sandios nos mostremos que la veamos ahechando perlas orientales, que no ya rubio trigo candeal..... No, *Dulcinea* no existe, es una visión caprichosa, un ensueño de amor, pero es real, muy real, como son reales los ideales humanos que se llevan

arrastrados por la atracción de lo grande y misterioso; como es real el sentir avasallante que se agarra á nosotros al entrar en los años de rosa de la vida; es la mujer que imaginamos en nuestros deliquios de adolescente; es la ilusión, dama vestida de luz, que cuando el pesimismo no abate las alas del corazón, viene á ser el oriente de hechos nobles y esforzados; es la fe, la fe inmaculada que nos alienta, que nos impulsa á combatir esperando la victoria, que nos hace liviana la existencia, es el lucero mágico que nos guía por el derrotero penoso del vivir. Digo de la mujer sin forma y sin contornos, del quijotesco delirio, lo que del hidalgo que tan intenso y puro lo sintiera; ¡triste de aquel que sintiéndose *Quijote,* y ¡quién no lo ha sido!, no ha bañado su alma en el éxtasis blanco y luciente de una *Dulcinea* ideal!

¿No ha de ser realismo, y firme y bien cimentado, aquel que se acomoda al en que nos movemos y que se acuerda con lo que somos?

He ahí la garra de león; he ahí el genio y su obra. Mirad amantes y comparadlas con la del que lo fué hasta abrasarse en el fuego de la más pulquérrima de las pasiones..... Que pasen ante vosotros: Helena, Dido, Ofelia, Julieta, Desdémona, Oriana..... ninguna se hiergue con el brillo de suprema castidad que nuestro héroe pone en su dama. La misma Beatríz del Dante se apoya en el pedestal de carne de una figura que existió. La *Dulcinea* es el ensueño puro; más se difuma y desvanece cuanto más á él nos acercamos. Las otras podrán ser entes reales; ella es el ideal real. A ver si el arte recuerda mayor prodigio de concepción.

¡Oh *Sancho* bueno, oh *Panza* aldeano con todas

las malicias villanescas! *Sancho* por el interés comido y *Panza* sublime, conocedor de las locuras de tu amo y no obstante tan fiel, tan esclavo á ellas que vienes á ser el vulgo sin cultura que penetra en la falacia de nuestros políticos y les sigue y les hace el coro como si le pudieran dar el maná de la social bienaventuranza; ¡oh *Sancho,* cuán difícil de comprenderte y cómo la mano cervantesca empleó en tu talla la gubia para que en primores de labor nadie te igualase, y el escoplo para que te mostraras embastecido y grosero en la traza de tus líneas y rasgos!

Porque no es tarea que no amedrente un punto comprender al espejo de los escuderos andantiles. Aquí es como Merlín sabidor y como Ulises prudente; allá es zafio é incorrecto; rendido y galante con la *Duquesa,* tonto con la imaginada *Micomicona;* lenguaraz con las dueñas; el comedimiento mismo no le sobrepuja cuando encuentra yantar abundoso ó trato regalón; el sueño de su ínsula ó el ansia avaricioso de grandezas le alucina, y no cree mil veces en las aventuras de Quijano que ha de traérselas á qué pides boca; tan juicioso como Salomón, al revestirse de gobernador, aparécesenos como mentecato al creer en el encantamiento de *Dulcinea,* que él inventara; lleno de zumbas respeta á su señor y fiel le sigue; por el interés quiere romper las andantescas ligaduras y por el cariño más las ata y de su ingratitud se arrepiente; bellaco, cree, é incrédulo, en varias ocasiones, piensa que es desatino la escuderil labor y que le vale más volver á sus lares pancescos; es sentencioso profundo y parece ignorarlo todo; tiene la visión realista de las cosas y las tiñe en ideal fulgor, reflejado

del en que se baña, como planeta en el de su sol, constantemente *Don Quijote*.

Naturaleza varia, naturaleza rica es la de *Sancho*. No sé si puede darse más confusión de elementos que la que la informan. Y todos conspiran al fin común de labrar un personaje en que el realismo se mira potente.

Así como las virtudes de *Don Quijote* visítannos y nuestras las hacemos *aliquando*, ¡cuántas más veces preferimos el sanchesco proceder, positivista y sabio en sus cimientos!

Ahí está, precisamente, la realidad en que el libro glorioso se sumerje: compendia en dos figuras perdurables el realismo de la vida toda; en ocasiones más Quijote es Sancho que el propio caballero de la Mancha; dígalo el creer arraigado que le lleva á compartir los frutos de la insania de un loco y el cándido pensar que puede ser cierta la transformación dulcineesca, obra de la malicia del escudero, no de las artes encantadoras; y otras veces, más Panza es Don Quijote que el mismo Sancho, y el prudente *retirarse* ¡que no huir! de la campal contienda de los rebuznos, vale por otras demostraciones. Pero esa es la realidad que se impone, y sobre todo, lo que el uno tiene en demasía al otro le falta, y de lo que á éste le sobra aquél está horro. Mas tan perfecta es la amalgama y tan bien se acoplan cualidades, ausentes y de presencia, que ni se concibe nada más humano ni nada que mejor responda á lo que los hombres somos.

Así *Sancho* es prudente, es audaz; es afectuoso, es embustero; es socarrón, es noble; es cobarde y se siente malandrín con el barbero y hasta acogota al mísero de su amo; es cortés y es rústico; es hombre de

criterio y hombre sin juicio; gusta de comer bien y pasa hambres; lo cree todo y la mácula de la incredulidad no le consiente comulgar perpétuamente en las imaginaciones caballerescas; forja supercherías y en ellas se traba; en dos cosas muéstrase rectilíneo, sin embargo: en su fe cristiana y en su interés, que no desmiente nunca, si no fuera en el abandono de los insulanos esplendores.

Mas así somos todos; mudad las dosis, reaccionadlas, si queréis, con los ácidos del temperamento, del carácter, del ambiente, de la educación, de la cultura..... y miremos surgir del quijotismo que en el fondo de nuestra alma duerme, el vaho pancesco que la empaña ó la emponzoña, que si en *Sancho* no ocurre ni lo uno ni lo otro, porque bueno es á carta cabal, como en nosotros se espesen los miasmas que en él se transparentan, á saberlo si crean al avaro ó al follón y vil, al mentiroso ó al soberbio, al hipócrita ó al parásito, al fomentador de patrañas ó al prudente, á la fidelidad ó al egoismo, á la gula ó á la continencia, á las acciones intachables ó al torcido obrar que no admite culpa ni atenuación.

Nada de eso pasa en *Sancho*; por el contrario, tan en poco hay que tener lo que desdorarle puede, y es, además, tan gracioso, que no sabemos si agradecérselo á su simplicidad ó á su bellaquería, á su ignorancia ó á aquel fiarse, tan hermoso, en *Don Quijote,* que no acertamos á saber, sin equivocarnos, si los molinos de viento serán ó no gigantes, que ya *Sancho* lo duda; si se truecan en rebaños, espantables ejércitos; y si los disciplinantes lo son, en suma, ó algunos malsines cuyo existir, por dañoso y maléfico, está pidiendo el mundo que

se destruya por la intercesión de un caballero tan como *Don Quijote.*

¡Vaya si es grandioso el personaje! Y ¡qué mérito se requiere para que, manteniéndose uno, ni se despeñe por la senda de la chabacanería ni se levante por la de lo anormal y fenoménico! Y huyendo de ambos peligros, ser real, realísima, de arriba abajo, tener tales toques que por ellos no desmienta su condición de hombre y, lo que es más, convenir en tanto con lo que propio de hombres es, que el ejemplar se agrande, se extienda y se generalice abrazando con abrazo de confusión, que identifica, á la humanidad entera.

Don Quijote y *Sancho* pueden ser como dos polos de lo ideal y de lo real, pero que, á diferencia de los terrestres, necesitan dos soles; sol de realidad en el idealismo; sol de idealismo en lo real.

Y los rayos de uno elevan, en *Sancho,* los grados calóricos de su alma de hombre; y los rayos del otro enfrían, en *Don Quijote,* el temple de la suya de ángel para que más á lo humano se acerque; y, en definitiva, ambos soles, con su virtud, hacen seres de carne y hueso de entes que no serían sino abstracciones todo lo grandes que queráis pero sin calor de humanidad.

Con él ambos tipos completan la vida; son sus dos caras; miradla por donde queráis y encontraréis ó el bajuno mirar sanchesco ó las altas ojeadas del hidalgo; pero no extrememos ninguna de las perspectivas y en el punto central, en la justeza del sitio desde donde debemos tender la vista, harémosla grata mezclando virtudes de *Quijote* con flaquezas de *Sancho,* dones en que éste es pródigo con vesánicas debilidades de aquél.

Es, además, *Sancho,* admirable, por el concepto

claro de lo real que le acompaña y cuando, sin desposeerse de él, sumiso acepta el creer y el obrar de su señor, tan distante de la realidad, no sabemos si soltar burlones la carcajada, encariñarnos compadecedores, ó con asombro rendirnos ante el buen escudero, tan fiel ó tan desinteresado de juicio que hasta prescinde del propio para admirar aquel que, aun creyéndolo en desvarío, sigue y acata.

Hay un sólo *Sancho,* como un sólo *Quijote* ¡si serán extraordinarios! Y la humanidad, pese á los pesares, se pobló antes, con y después de ellos, de *Quijotes* y *Sanchos.* ¡Esto prueba lo que con la realidad conviven y lo reales que son!

Después de los citados, en grandeza ningún otro de los personajes les iguala. Pero todos son cortados por el patrón de lo usual, de los que conocemos, de los que tratamos; son la realidad misma obrando, con su varia presentación de figuras; que si todos fuéramos de las colosales, no distinguiríamos los pigmeos de los de abultadas líneas y trazos sorprendentes; como los héroes de la novela famosa no tendrían más precio que las insignificancias de baja estima ó de nulo valor.

Pero en la obra de autos no hay ninguno que desentone; mejor, ya que de realismo hablamos, ninguno que en él no se mueva. Y cada cual luce el colorido que le es peculiar. Con el *Cura* congeniamos bien pronto; es el buen criterio, la modesta virtud sin alharacas; es uno de tantos como por ahí ejercen su misión de paz, en el del *Quijote* bien demostrada en el deseo de volver al insensato al redil de los lúcidos. Su papel, que en el hábito que el clérigo ostenta se justifica, es simpático; por tretas, por artes de engaño, porque la persuasión para

los locos es manjar indigerible, afánase por lograr lo que ansía. ¡Vale más que el prudente *Pero Pérez* no lo consiguiera; al menos las letras universales han salido gananciosas!

Hasta por el contraste se hace más real esa figura comparándola con la del capellán de casa de los *Duques*. Este muéstrase fosco, soliviantado ante la original monomanía del hidalgo que se enamora de cuanto huele á andantesca aventura. Y, aparte la creencia de que el retrato refleja un original, Cervantes muestra su buen tino al no dejar que el Licenciado religioso asista al regocijo que contínuamente producen en el ducal palacio las bellaquerías y sandeces de *Sancho* y las desdichadas aventuras de *Don Quijote*. Y adviértase que este segundo presbítero más es informe silueta que personaje, y no obstante, el trazo que le caracteriza es firme y bien puesto.

El *barbero,* en menor escala y conforme á su oficio, tiene la misma representación que el cura; él es parte en aquel donoso escrutinio, y en aquella no menos donosa burla de la princesa encantada; y en el juicio sin juicio de la albarda y del yelmo, y en el expediente á que se apela para llevar al loco inmortal al fin de su segunda expedición aventurera. Si el carácter episódico del barbero no pide grandeza, ¿á qué demandársela? Le basta con la que tiene de mostrar un buen corazón y un buen deseo poniendo ayuda eficaz en los planes plausibles de *Pero Pérez*. No se le pida más; que quiere á *Don Quijote,* conoce á *Sancho* y muchos hay por ahí, barberos ó no, que se ganan la gloria no siendo peores que el barberil sujeto. Esa es su realidad; la de ser algo en medio de su insignificancia; como él á todas

horas nos saludan por las calles ; y si son tan buenos y de tan nobles fines, no serán malos.

A *Teresa Panza,* á *Sanchica* ¡qué se les va á pedir que no tengan y den! Villanas de verdad, de la suerte de su padre les importa el interés que á él le guía. Zafias son, reales también, que su realidad se impone invasora viendo cómo á cada instante el egoismo, el egoismo instintivo de los que nada poseen, vence á los altos sentires y á los áureos afanes de gloria ó de merecimiento. Tan reales las vemos que en cualquier lugar nos darán razón de ellas.

Los *Duques* son los personajes delicados del tapiz; con ellos las sedas de colorines y el dibujo primoroso. Su prurito de zumba y regodeo ante los héroes de la novela, su ansia de burlarse de ellos, compénsase con su buen comportarse y por lo que de afecto les dan pródigos. ¡Sobre que aquel holgorio ducal será regocijo perpétuo de los paladares de buen gusto! Y no caen en sus chanzas chocarreros, ni las visten sino con el boato y las esplendideces que son cohorte de los aventureros trances. Demasías de un gato causan pesar en el alma honrada de los próceres, y corteses, galantes, dadivosos, mirámoslos con su séquito, en la tela bordada, como figuras animadas que ponen en acción sus relieves y sus matices, sus tintas, que no ha apagado el tiempo, y sus altos procederes, en consonancia con el oro de su cuna. Vivan, vivan mil años los *Duques* con la gentil *Altisidora;* con aquella *Doña Rodríguez,* espejo donde todas las dueñas del mundo se reproducen, que tan real es: con aquel ingenioso pajecillo que ya es *Trifaldi* dolorida, encantada *Dulcinea* ó correo gabinete ; con el ejército de dueñas barbudas ; con la maravillosa y fan-

tástica visión que ha de dar noticia de cómo aquella ha de volver á su pristino y natural estado.....! Vivan, vivan mil centurias, que el tapiz donde gallardean más vale y se aquilata cuanto más dura.

En *Don Diego Miranda,* « el caballero del verde gabán, » admiraréis la honradez pero también la insignificancia burguesa, el cristianismo sin tacha, la hospitalaria virtud, las prendas todas de un caballero que más lo es, é impecable, por sus procederes que por el linaje; en el bachiller *Sansón Carrasco* notad el sentimiento, tan real en corazón humano, de querer tomarse el desquite á una afrentosa desventura ¡ de las pocas que para el hidalgo de la Mancha no lo fueran ! ; es la crítica sin piedad, es el espíritu inquieto que menos afecto inspira en el libro ; es la medianía que quiere imponerse y enseñorearse; en *Ginesillo* se ve al pícaro que se eterniza en las crónicas carcelarias y al embaucador del vulgo que con « fenómenos » ó artimañas sostiene el combate de la vida ; aquel *Don Fernando,* que repara en justicia lo que desfizo con pasión, de la misma realidad parece arrancado ; los venteros se escapan de sus mesones para darnos cumplida fe de su existencia ; los arrieros, arrieros son y no los confundimos con nadie ; aquel villano que por temor deja de azotar á un muchachuelo y por venganza al miedo tenido, en su víctima ceba sus enojos, pincelada felíz es de una flaqueza humana; la *Maritornes* aún vive con los rasgos de su pintura magistral, no intentéis tocarla ; el retrato es perfecto, vivirá sin trocarse ; las *mozas de partido,* idealizadas por quien es la idealidad en persona, tienen el poco valor de sí con que, en el fondo de su desgracia, se aprecian todas las de su oficio ; los estudiantes no disfrazan sus hábitos ; los có-

micos tienen la servil garrulería de aquellos de la legua más ricos de oropeles que de ventura..... *Roque Guinart* es un hermoso modelo de lealtad y de nobleza, imagen sorprendente de otras figuras que pueblan nuestro popular sentir; ¿no es un segundo *Quijote* que se lleva nuestras simpatías?; ¿qué más? hasta el mísero *Rocinante* y su amigo inseparable el rucio de *Sancho,* tan bien tallados aparecen, tal vida toman en el cuadro, que eternizados están en él y como ejemplares y arquetipos de su especie se conocen. ¡Poder del genio que á todo da vida; prodigio del arte que eleva y ensalza!

Y ¿qué decir del realismo de las escenas, de los paisajes, del medio en que la acción se desarrolla, del de ésta, supuesto el carácter que tiene y no le falta un punto?

Si real es lo que tiene existencia verdadera y efectiva, no faltan esas condiciones en un libro que, como *Don Quijote,* él sólo logra poner en huida y desterrar una fantástica legión de seres carecedores de lo que el realismo pide como esencia suya: es decir, á un enjambre de autómatas sin nervios, sin músculos, sin personalidad propia y determinada.

¡Qué real no sería la obra que tales efectos consiguiera en la totalmente contraria!

Así en *El Ingenioso Hidalgo* nada nos choca ni nos es desconocido. Andamos por un escenario que es el nuestro, ya lo formen los campos de la Mancha, cuyo sol trastorna la cabeza del más preclaro de sus hijos, ya nos internemos en las fragosidades de Sierra Morena, y ora pernoctemos en míseros mesones ó entre el cómodo hospedaje de los *Mirandas* ó de los *Duques.* Cada sitio ostenta el colorido que le conviene, y si en la mansión de

aquellos se nos trata con cortesía, hasta almidonada si se pretende evocar la visión de siglos andantescos, no pretendamos encontrar en las ventas otra cosa que burdos arrieros, atormentadoras camas, mozas *de la casa llana,* titirerías y aporreamientos á las veces. Y ¡felíz quien ve en todo ello encantados castillos, damas de alta ancunia, castellanos poderosos y folloneseas fazañas de gigantes!

Cada persona, en Cervantes, se porta como quien es, que hasta la psicología de las para *Don Quijote* doncellas, que ayudan á armarle caballero, es de un realismo tan verdad, que en esta misma se funda. Y las figuras, ademas, se hacen carne, viven; y apenas concebimos que sean ideaciones de literato sino la transplantación, al libro, de los personajes que viviendo tienen, á la postre, más efímero existir que entre las páginas de la novela famosa. Bien es cierto que muchas de aquellas, á no dudarlo, son copia de la realidad, y, si no en su todo íntegro y perfecto, en los trazos y partes, que recomponiéndose por la artística labor dan como producto seres no soñados llenos de vigor, tan plásticos como los que tratamos en el ajetreo común y vulgar.

La presentación de cuadros y parajes es completa; maravillosa casi siempre. Sin que, por desgracia, sea el *Quijote,* desde algún tiempo há, libro que por las manos de todos corra, son pocos, por grande que su incultura muestren, que no den, con la imaginación reproductora, todo el relieve de que no están faltas, á aventuras como la de los molinos, la de los batanes, la de los carneros, la de *Clavileño* y tantas más. Todas las de las ventas son de un encantador realismo: la vela de las armas, la de confirmarse el héroe en la fe de la caballería,

la del manteamiento de *Sancho*, la nocturna arrieril, vienen á ser como la perduración de tiempos pasados y que, no obstante, vémoslos cual fueron, diáfanos, sin nubes, clarísimos de verdad. Y lo mismo se ha de decir de las salidas de la andante pareja; y de la fe con que *Don Quijote* ve una hazaña que realizar en cualquier accidente del camino; y de aquel incopiable coloquio, burla inmortal de todas las enamoradas citas, entre el hidalgo, de pie sobre *Rocinante*, y *Maritornes* y la hija del ventero; y del color fresco y jugoso de los mesones de antaño, con su ir y venir de cuadrilleros, de mozos de mulas, de vendedores de chucherías y cintajos, de caminantes, de señores principales unas veces por el misterio disfrazados, otras por las exigencias del cuerpo deteniéndose en aquellos incómodos paradores. La pintura es exacta, justísima; el pincel de la novela picaresca la traza, y el ambiente en que aquella obra, tan nuestro es que ninguno otro igual para que vivamos como el pez en el agua.

Dentro de su carácter, y guardándolo, nada hay que no sea realísimo en el *Quijote*. Algunos pastores hablan, si acaso, con énfasis más propio de *Maestros Ciruelas* que de gente burda y vulgarota, pero ha de observarse que la novela pastoril, sutilizada y dulzosa, tuvo por entonces gran predicamento, que el propio Cervantes la cultivó, y que para demostrar que con él iba el acierto siempre, nos deja, al finar la primera parte de la obra, una tan llena de primores y natural narración, por un cabrero hecha, que dudo que jamás se haya llegado á dar más realidad á lo que se cuenta.

No se acabaría de comentar este realismo. *Don Quijote, Sancho,* todos sus acompañantes, muéstranse

como son, como corresponde á lo que sean, según las circunstancias, que eso es naturalidad y verismo. Y si en Sierra Morena el hidalgo ingenioso imita la penitencia de *Beltenebros* con zapatetas y tumbos ¡ mil veces benditos por regocijados ! en la casa ducal es el comedimiento mismo ; y tan rendido se humilla ante el culto avasallante de la dama, cualquiera que sea, como se desafora frenético cuando vestiglos le acometen, *Cardenio* pone en duda la virtud de la reina *Madasima* ó *Don Gaiferos* y *Melisendra,* en la imaginación acalorada del loco, se ven perseguidos por la chusma mora. Y ¿ cómo va á compararse la sensatez sanchesca oficiando de gobernadora, con su simplicidad en mil escuderiles incidentes ?

No hay para qué proseguir, si no se teme no acabar nunca. Ha de decirse, sí, que ¡ cuántas veces es Cervantes naturalista, si se quiere extremar su realismo, y cómo en los miedos sanchiles ante los batanes, por ejemplo, huye delicadamente, sin quitar intensidad á la escena, de presentarla en la crudeza que en sí tiene ! Y ¡ no es naturalismo cargado, y no espanta, el de los efectos de aquel maravilloso *Bálsamo de Fierabrás* que tan limpios dejó como patenas á escudero é hidalgo, á hidalgo y escudero ?

De ese realismo es ornato y ostentatorio alarde la expresión justa, acomodada, natural, de lo que decir tienen y de lo que hacer quieren los personajes de la novela.

No hablaré de méritos literarios, tan exorbitantes que se entretejen para formar el habla más rica y señora ; olvidándolos, para no separarme del tema, no hay sino referirse á la verdad que en su parla ponen las figuras del cuadro irreprochable.

Es culto el lenguaje, mejor diré, fino y sutil cuando conviene; más basto si así ha de ser en quien lo emplea; con desgarres de pueblo si agarrarse quiere á la persona que habla para darle más tonos de realismo; con poéticas y dulces delicadezas en descripciones que no se apartan, no obstante, de la verdad que quieren presentar.

Sintetizando, puede concretarse el concepto, con decir que los personajes hablan en relación con las prendas que visten ó con la situación en que se encuentran; que no olvidó Cervantes, porque no supo apartarse de la realidad de la vida, y ahí estriba otro de los aspectos de su realismo, la conveniencia, como cualidad preceptiva que en la propia naturaleza se funda.

En el *Quijote* no se aparta un ápice el escritor glorioso del « suum cuique » de la justicia distributiva. Fluido aquí; pintor allá; áspero unas veces, delicadísimo otras, insuperable de idealidad *real* cuando se mete por los laberintos de las costumbres y loores andantescos, es siempre, siempre, verbo de la vida que describe y por él habla; es la misma verdad grabándose en imperecederas páginas.

Así se explica que tan asequibles sean á todos; que todos, aun sin haberlas saludado, tengan aroma exquisito de ellas, flotante en esos cuadros popularísimos, á fuerza de reproducirse, que son otros tantos recuerdos del *Quijote*.

Este es real; si no lo fuera no prestaría su calor á cuanto toca; sin ese su natural vivir y desarrollarse no se hubiese vulgarizado; no hubiera realizado su obra de benéfica destrucción de un mundo falso; no tendría la virtud de llegar á nosotros como llega, deleitable, encan-

tador, como cifra y jugo de lo que somos y de lo que no podemos dejar de ser.

Como se habla del realismo quijotesco podríase ensalzar su idealismo. Porque lo que es, es la vida toda, y por mucho que ésta se alumbre de altos pensares y sutiles ficciones que la realidad rebasan, es real; es, como la verdad, lo que es. Y mientras sea, correrá entre los dos puntos opuestos del vivir sanchesco y del del *Quijote*.

Este es real,—á la novela me limito ahora;—para que no lo fuese sería preciso cambiar la esencia humana.

Como ella se ha visto identificada en el libro sin segundo, como allí se cristaliza el hombre, el hombre desde que nació hasta que desaparezca, no es extraño que los hombres, por siglos de siglos, la ensalcen y eleven.

Y ¡creedlo, sin su sano realismo no lograría tales triunfos! Porque ¿cómo, sin ser real, viviría lozano, perdurando inmarcesible como quien tiene, por especial privilegio, vigorosa existencia alumbrada por el espíritu luminoso que no puede faltar á cuanto como hombre vive?

ESTUDIO SOBRE EL ESCRUTINIO DE LA LIBRERÍA DE «DON QUIJOTE.»

LEMA: «TIRANTE AL ROJO.»

COLECCIÓN

Estudio sobre el escrutinio de la librería de "Don Quijote.,,

Obtuvo el Premio del "Círculo Vitoriano,,

Donoso y grande fué el escrutinio de la librería de *Don Quijote de la Mancha.*

Cuando se le quiere estudiar, la primera duda que nos asalta, es saber si aquella condena de libros malos y selección de los buenos que, con gran regocijo del ama y de la sobrina del andariego hidalgo, realizan el Barbero y el Cura, es obra de los dos escrutadores ó el pensar de Cervantes. Si éste, en su texto, expone el propio juicio refiriéndolo á obras que tan conocidas debían de serle, ya que con la suya inmortal las reduce á la nada, ó si, por el contrario, el mejor de nuestros escritores sujeta su criterio al que, dentro de las condiciones

literarias que señala al Cura y al Barbero, creyó que debían mostrar en el famoso examen.

Porque la naturaleza del literato, y más cuando tan colosal se nos presenta como en el *Manco* insigne, es tan varia y rica, que unas veces identifícase y pone algo de su esencia en los personajes creados y otras, al revés, dótalos de prendas que están en contradicción con las del que los imagina y les da amplio vivir en el campo del arte.

Desde luego que cuanto los escrutiñadores dicen, dícelo el autor por ellos, mas ¿de quién es el parecer que exponen al juzgar la biblioteca quijotesca?; es el de Cervantes ó el que éste disfraza para acomodarlo á las exigencias de la creación artística? ¿No puede ser el que considera como propio y natural del *Cura* y del *Barbero* y no el que abriga respecto á las producciones que ellos estudian?

La cuestión acaso carece de importancia, mas sí la tiene, en definitiva, para juzgar á Cervantes como crítico, que es, á la postre, lo que el tema pide.

Mejor es estudiar, pues, cómo aciertan, en su crítica labor, *Pero Pérez* y su acompañante, que, por lo que hacen, deducir hasta dónde es buen juez literario el excelso producidor de la más grande novela que se ha escrito.

Ella dice bien claro el propósito que la mueve: *poner en aborrecimiento la lectura de los libros de caballería,* y aunque comentadores cervantófilos han tratado de buscarle fines más recónditos y obscuros, harto se ve que los que la guían los saca á felíz realización, ya que, lo que antes no lograran predicaciones eclesiásticas, lo consiguió con creces el *Don Quijote,* humorista é

irónico, desterrando de la república de las Letras disparates y torcidas invenciones que tan á mal traer trajeron la bien organizada cabeza del hidalgo memorable.

Ya se comprende, pues, que la crítica de tales libros había de ser dura; y no tanto, no obstante, como de la que eran acreedores, que bondades cervantinas, que bien se traslucen como dones de un alma hermosa en sentires y pasajes de su monumento literario, ó benevolencias curales, aún premiaron benignas, en algunos de aquellos informes mamotretos, virtudes de que carecía casi toda la copiosa producción andantesca.

Y antes de ocuparme en ella, como es mi propósito, he de decir que este trabajo tiene que adolecer de pobreza, si se limita á exponer el sentir de quien lo hace, ó se le podrá motejar de poco erudito, ya que á ajenas fuentes tendrá que recurrir en más de una ocasión.

Y dicho esto, en descargo de conciencia, cojamos el *Amadis de Gaula,* primera obra que en el donoso escrutinio cayó entre los barberiles dedos.

Si nos empeñásemos en multiplicar el simbolismo que en *Don Quijote* quiere verse ¿ no tendríase por rebuscado el efecto de topar con el *Amadis,* el primero de los libros de caballería que se imprimió en España, según el *Cura,* y el mejor de todos ellos ateniéndonos al parecer de *Maese Nicolás ?*

Realmente es el arranque de esa fantástica estirpe que pobló las imaginaciones de encantados castillos y de alcázares de cristal ; de mónstruos y de ideales damas ; de fantasmagóricos seres y de quiméricas aventuras. Con él los gigantes, los vestiglos, el valor, ni soñado siquiera, de los andariegos varones que asombran al mundo con sus hazañas ; con él, opulento desbordarse,

sin exclusas ni diques, de todo aquel desatado torrente, hirviendo en torbellinos de desenfrenadas concepciones, de locuras, de extravíos, de portentosos y amedrentadores acaecimientos.

Es como el cráter por donde surge, devastándolo todo, la lava de la ficción y del engaño; y manantial de donde brotan las aguas caballerescas; en él se coloca el nacimiento de los ríos y regatos que luego inundan, dejándoles el limo que arrastraban, los campos de las españolas letras.

Con razón háse dicho que el mundo de éstas tiene por entonces, y claro es que sin marcar exactitud precisa de fechas, dos polos: el de *Amadis,* donde las obras de imaginación se acumulan; el de *La Celestina* que reune las que se inspiran en la realidad y en el retrato fiel de lo que en la existencia tenemos en nuestro torno. De uno de esos extremos saldrá, más tarde, el desfacedor de los andantescos desaguisados: el ínclito *Quijote.*

No es, pues, extraño, que á quien tal importancia tuviese, se la dieran grande el *Cura* y el *Barbero.*

Algo y aún algos debió de tener el famoso libro cuando, al alcanzar la boga que tuvo, constituyóse en jefe indisputado, por gerarquía antigua y virtudes de raza, de la dinastía de que él es origen y tronco.

Bien que, aún hoy, esto se explica fácilmente. De condiciones y arrequives se adornó, tales, que le dieron el triunfo.

La Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadis de Gaula merecedora es del homenaje de consideración que le rindieron las llamas de la hoguera, tan

á gusto encendida por el ama y la sobrina del Hidalgo Manchego.

En el *Amadís* se funden las leyendas de caballería de los ciclos bretón y carlovingio; representa, pues, el vértice donde las lineas del ángulo se encuentran. Es unión, representativa de fuerza; es punto donde se juntan corrientes que se abrazan.

Es, además, género nuevo, en aquellas horas, en la Literatura nacional que, no obstante el desarrollo que alcanza allá tras las fronteras de la patria, ni lo imitamos ni nos atrae, acaso por el carácter de nuestra Reconquista, tal vez por el mismo espíritu de raza que auna su piedad con el apegamiento á lo real, conforme con la nota seria y reflexiva de nuestros antepasados, y que huye de lo que es fantástica ficción.

En que tiene grandes condiciones para agradar, hasta para mostrarnos colorinescos é ignorados horizontes, no hay incertidumbre. No relataré el argumento, ni aun como excepción á la fama del libro, porque corre por ahí en prontuarios y manuales y sería ofensa recordárselo á quienes se hartan de saberlo, y además, porque Tiknor lo compendió en bien pocas líneas. Basta decir que el paladín esforzado se acompaña de toda aquella caterva, sin número, de hadas y gigantes; del aparato, nebuloso á veces, de las leyendas escandinavas y célticas; que el encanto y lo maravilloso lo matizan para dar la impresión del misterio; y que, en su esencia, viene á ser como el reflejarse de las hazañas de Lanzarote, de Tristán, de Merlín, de Don Galás, del rey Ban, de Artús, de Carlo-Magno, de cuantos como esforzadísimos figuran entre los aventureros de los ciclos caballerescos.

Y triunfa, sobre todo, porque siendo ficción donde lo imaginario vive, encarnan en ella, sin embargo, sentimientos y costumbres de la época. Estas las retrata con exactitud bien próxima á la verdad, y en cuanto al calor de ambiente, digámoslo así, tan manifiesto es que él sólo explicaría la popularidad del libro. El espíritu caballeresco, la fe prometida á la dama, lo que admite la intervención frecuente del sutil soplo de amor, la religiosidad, y el valeroso esfuerzo, que ni se abate ni se desmiente, base es sobre que el edificio andantesco se cimenta, y cifra brillante que se resume en el aventurero ejemplar.

De dotes literarias tampoco escasea, y aunque afectado, á veces, es claro y sencillo; en ocasiones, en afectuoso calor humano se inspira; la pasión amorosa píntala suave y tierna; y su interés no decrece hasta que, derrumbándose encantamientos y fechorías de los que los ejercen, consúmanse, en las justas nupcias, el idilio del héroe y de Oriana.

« Gracias al empleo de tonos más templados, dice Baret, y á la mayor pureza de su pincel, nos conduce insensiblemente á las mejores escenas de nuestras novelas del siglo XVII. Léase la entrevista de Amadis y Oriana en presencia de Mabila, en la *red de la ventana,* y se verá por qué grados nos aleja Amadis de la rudeza de la Edad Media trayéndonos al dintel de la vida y delicadeza modernas. Hay momentos en que desaparece toda diferencia y, lejos del ruido de las armas y las contiendas caballerescas, nos vemos introducidos en un círculo, por no decir en un salón, en que Oriana hará los honores. Bajo todos aspectos, Amadis no es más que la reproducción exacta de los más antiguos sentimientos

caballerescos; el entusiasmo guerrero unido al culto de la mujer; la fe religiosa; la inviolable fidelidad á la palabra dada; la constante resolución á sostener el derecho de los débiles por la razón ó por las armas; el honor, la lealtad, más estimados que la vida; todas estas nobles y útiles virtudes son los atributos del rey Lisuarte como de los paladines de la corte de Artús.»

Es fácil en el estilo, rico en descripciones animadas y *exento de aberraciones y monstruosidades,* escribe un autor moderno, *se explica el favor extraordinario que gozó durante los últimos siglos y el aprecio en que le tuvieron hombres eminentes y poetas de distintas naciones.*

Libro que, con su mismo título, inspira á Micer Andrés Rey de Artieda para un drama, á Quinault para una ópera, y para poemas al Tasso y más modernamente al Conde de Gotineau, y que deleitó á los cultos y no despreciaron las masas, aires de bondad, lleva, sin duda, y merece que en su origen le conozcamos.

Obscuro es este. Dispútanselo portugueses, franceses y castellanos. Creen los primeros, siguiendo á Gómez Eanes de Azurara en sus *Crónicas,* que lo escribió un hidalgo portugués, Vasco de Lobeira, del que es traducción libre, dicen, el original castellano de García Ordóñez de Montalvo, alcalde de Medina en la época de los Reyes Católicos.

Los franceses piensan, con Huet, Tressau y Baret, especialmente, que el *Amadis* es traducción de una antigua leyenda, escrita en el dialecto de la Picardía, y que se relaciona con las novelas de la Tabla redonda, argumentando con las circunstancias históricas y topográficas, con los nombres de los personajes y con los

sucesos que en la acción se desarrollan en Irlanda, la Gran Bretaña y Armórica. Hasta la fuente del linaje Gaula, aseveran ellos, marca el lugar de Gales.

Los españoles, por otra parte, tienen por muy antigua la tradición de Amadis en nuestra tierra.

Toda la argumentación viene á corroborar que el libro estuvo escrito en castellano. Antes de que las crónicas lusitanas del mediar del siglo XV hablasen de Vasco de Lobeira, á quien se supone autor del libro, la historia del paladín simpar corría por la literatura castellana. El Canciller López de Ayala, en su *Rimado de Palacio* escribe:

Oyr muchas vegadas
Libros de devaneos et mentiras probadas
Amadis, Lançarote et burlas assacadas.....

El testimonio parece fehaciente, y se afirma cuando el poeta se dirige á Pero Ferrús, trovador del siglo XIV al recomendarle, para la vida del campamento, la abnegación y frugalidad de Amadis *que no esquivó lluvias ni ventiscos.* Ese trovador, que escribía en 1379 cita los *tres primeros libros* de la obra, y el común sentir es darla una redacción puramente castellana, suponiéndose que el *Amadis* de Vasco de Lobeira es posterior al que cita el canciller Ayala y que debió de escribirse, por tanto, antes de 1360.

Robustece este pensar el hecho de que el códice portugués, que en la Biblioteca de los Duques de Aveiro se creía, no ha parecido, y el de más empuje de que Vasco de Lobeira, caballero que estuvo muy joven en Aljubarrota, fué armado de tal, la víspera de esa jornada, en 1385, por D. Juan de Avis. Ahora bien, en Al-

jubarrota fué preso el Canciller antes mencionado, ya de edad avanzada y que además sobresale en los disturbios castellanos desde 1360. Todo ello parece probar paladinamente que no es posible que el caballero portugués sea el autor del más antiguo é importante libro caballeresco de nuestra literatura, y aún refuerza este aserto una cita del mismo Vasco en que dice que un episodio de la novela, aquel en que el héroe accede á los amores de D.ª Briolanja, desdeñando á Oriana, lo puso por acceder á los deseos del Infante D. Alfonso, lo que viene á indicar que el supuesto autor no compuso el original sino que hizo una refundición ó arreglo.

Para D. Nicolás Antonio, Vasco vivió en el siglo XIII : en el XIV para Clemencin y, como se ve, el pleito se basa en si el *Amadis* se escribió primitivamente en castellano ó en portugués. Quadrio, Sarmiento y otros sostienen la imposibilidad absoluta de que la obra sea de Lobeira y como de paso, para que no se omita nada, también ha de decirse que Lope lo atribuye á una dama lusitana, confundiéndolo, de seguro, con *Palmerín de Oliva ;* y que se supuso, también, como producción de Santa Teresa, error manifiesto porque la mística doctora nació en 1515 y la obra llevaba ya muchos años impresa.

Para un doctísimo Catedrático de Literatura, el Sr. Navarro Ledesma, *la prosa castellana de García Ordóñez de Montalvo vale mucho más que la portuguesa de Vasco de Lobeira y además el castellano declara que corrigió y enmendó los antiguos originales que muy corruptos se leían y además añadió de su cosecha el libro cuarto con las Sergas de Esplandián y claro está,* añade el literato de referencia, y con mucha lógica, *que si no tenía*

inconveniente en declarar que los tres primeros libros los había copiado menos lo tuviera en decir que los había traducido.

El Sr. Amador de los Ríos y otros críticos se fundan en las palabras del mismo Montalvo *que corrigió y enmendó* los tres primeros libros contenidos en la antigua versión hoy perdida, y no sólamente la enmendó sino le agregó el libro cuarto, continuación de aquella, y anunció el quinto, relativo á las hazañas de Esplandián, hijo de Amadis. Corrobora esa creencia el asunto del cuarto libro, donde Amadis gobierna como un rey sabio que hasta recibe embajadas de otros monarcas.

Quédese el pleito, en suma, muy á favor nuestro y sentemos lo que más nos conviene afirmar: *que la composición del Amadis de Gaula corresponde á la Literatura castellana.*

Y después de esto y de tan larga excursión por las fuentes y excelencias de la obra, convengamos en el acierto del Cura y del Barbero que tan bien se percataron del interés y de la importancia que el libro confiado á su examen merecía.

Bien librado está, por méritos y linaje, de la hoguera donde van á consumirse aventureras hazañas.

A la postre, así obrando, tampoco hicieron más que seguir aquel juicio tan valioso, de uno de los más esclarecidos escritores, Juan de Valdés, el cual en su *Diálogo de las lenguas,* dice del *Amadis* que deben leerlo todos los que quieran aprender el *castellano* y la Real Academia lo designa como una de las autoridades de su Diccionario. En su lectura, escribe el citado Sr. Navarro, se formaron los mayores ingenios españoles, el de

Cervantes, el de Santa Teresa, el de San Ignacio de Loyola.....

No deben valer al hijo, como dicen los escrutadores, bondades del padre. Y el relato de las hazañas de aquél, *Las sergas de Esplandián,* ¡cómo soltarán en las llamas su cáfila de embustes y de encantos á granel! Las *Sergas* se publicaron en Alcalá en 1588 y es su autor Garci-Ordóñez de Montalvo, del que antes se habla. En el título parece querer disfrazar la palabra griega *ergon,* trabajo, *hecho.*

Todas son deficiencias, que justifican el fin que mereció, en esta obra. Una parte de ella ocúpala Amadis, aún vivo, cuando lo que se promete son hazañas de su hijo, y las de aquél son pigmeas y escasas al lado de las de Esplandián. ¡Esto sólo dice hasta dónde se extremarán los desvaríos imaginativos! El estilo y lenguaje decaen no poco, como si se resintieran de lo disparatado de la fábula, y los versos que guardan el argumento de cada capítulo son, en todo, inferiores á los pocos de los cuatro libros de *Amadis.* Las *Sergas* quieren ser una continuación de ellos. Se publicaron en 1521, aunque se habla de otra edición sevillana de 1510. Forma la obra, realmente, el quinto libro del héroe de Gaula y al concluirlo, Montalvo habla de una continuación de *Las Sergas* con las proezas de Talanque y Maueli el Mesurado, base de otras narraciones caballerescas que quisieron proseguir las hazañas amadisescas y esplandianas.

Quémense los Esplandianes y vaya á purgar el extravío de sus autores todo el linaje de *Amadis de Grecia.* Hasta veinte libros caballerescos cuenta D. Nicolás Antonio, descritores de aventuras de los descendientes

de *Amadis*. Así la historia de *Florisando ó Flores de Grecia,* sobrino del héroe de Gaula; la de *Lisuarte II de Grecia,* hijo de Esplandián y la de *Perión de Gaula,* hermano de éste; la de *Floristán,* hermano de Amadis; las de *Cananor, Tumán, Adramón, Marsindo,* la de *Amadis de Grecia,* la de *Don Florisel de Niquea y Anuxarte,* la de *Rogel de Grecia y Agesilao de Colcos* y por último la de *Don Silvis de la Selva,* postrero descendiente, en linea recta, de Amadis. Y todavía hay otros libros de caballería que á la misma familia pertenecen, aunque por la linea lateral, como *Don Belianis de Grecia, El Espejo de Príncipes y Caballeros,* etc., alguno de los que habrá de ocuparnos más tarde.

Seguramente que todos estos, ó los más, irían al infierno á que los condenaba el tribunal de la casa de Quijano, ya que siendo éste tan amigo de desvariadas aventuras no dejaría de adorar, por insuperables, las que acometiera la casta amadisesca. Todos esos libros son gárrulos, altisonantes, ampulosos, embrollados, como corresponde á lo que cuentan y cantan.

Crónica del muy valiente y esforzado príncipe y caballero de la Ardiente Espada, Amadis de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia, emperador de Constantinopla y de Trapisonda, y rey de Rodas, llámase, ni más ni menos, el libro que cayó en manos barberiles después de *Las Sergas*. Se publicó en Lisboa en 1596 y su autor nos dice que la escribió en griego el sabio Alquife y que después y sucesivamente fué vertida al latín y al romance.

Si fuese verdad que Feliciano de Silva escribió el *Lisuarte de Grecia* y que esta obra se publicó en 1525, resultará que literariamente trabajó mucho, puesto que

en 1551 aún escribía la cuarta parte del *Florisel de Niquea*. Los biógrafos dicen que compuso *el séptimo libro de Amadis en el cual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandián y de Perión de Gaula*. También á él se debe la *Chrónica del muy valiente y esforzado Príncipe y cauallero de la ardiente espada, Amadis de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia*.

Según Gayangos, aunque en la obra no se indique el autor, dedúcese de un prólogo que en algunas impresiones lleva la firma de Silva. En estos libros nótase ya, aunque no desaparezca el elemento andante, la introducción del pastoril de las novelas de este nombre, representado por los dos pastores *Darinel* y *Silvia*. Como si su ardor caballeresco no pudiera cesar, acometió la empresa de proseguir la historia de Amadis y sus descendientes hasta la sexta generación, y la realizó en seis libros, comenzando en 1532 y concluidos en 1546. Esta serie empieza con *La Corónica de los muy valientes y esforçados é invencibles caualleros Don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes; hijos del muy excelente príncipe Amadis de Grecia,* publicada en Valladolid en 1532; en la parte tercera continúa con *La Chrónica del muy excelente príncipe Don Florisel de Niquea, en la qual se trata de las grandes hazañas de los excelentísimos príncipes Don Rogel de Grecia y el segundo Agesilao, hijos de los excelentísimos príncipes Don Florisel de Niquea y don Falanges de Astra,* publicada en 1536; el segundo tomo trata *de los amores del príncipe Don Rogel y de la muy hermosa Archisidea: juntamente de los casamientos de Agesilao y Diana y de los otros príncipes desposados*. Esta obra se reimprimió en Zaragoza en 1568. Cada una

de las tres últimas producciones citadas consta de dos partes ó libros. Y en la que llama *primera parte de la cuarta* introdujo algunas poesías y en el *libro segundo de la cuarta* una égloga y varios certámenes parecidos á los que Montemayor puso en su *Diana.*

También se le atribuyó otro libro de caballerías, *Don Silvis de la Selva,* pero el citado Sr. Gayangos demostró que pertenece á Pedro de Luján.

Hurtado de Mendoza y Cervantes, éste en el escrutinio que estudiamos, censuraron á Feliciano de Silva como autor de andantescas hazañas. A *Don Quijote* ninguna de las obras de este género le parecían mejores que las de Silva y esto prueba cuán locas y faltas de sindéresis serían ; el juicio de ahora no se conforma con el del Hidalgo, que se precia por la claridad de la prosa de Silva y por sus intrincadas razones, que se le figuraban insuperables.

Ya están en el corral justiciero, y caluroso con el ardor de la hoguera, los sobrenaturales hechos de los Amadises. ¡ Bien purgaron sus demasías y acertado fué el criterio que los condenara !

—Quién es ese tonel ? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura.*

Floreció su autor, Antonio Torquemada, en el segundo tercio del siglo XVI. La obra que en el escrutinio se cita es : *Historia del invencible caballero Don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino á ser emperador de Constantinopla.* Se publicó en 1564. La dividió en tres libros, ofreciendo un cuarto que no se publicó. No se ve clara, por esa edición conocida, la alusión al *tonel* de que se

habla en el texto, pues no son excesivos los volúmenes que componen aquella. También es el autor, Torquemada, del otro libro que el Cura cita: *Jardín de flores curiosas en que se trata algunas materias de humanidad, Philosophía, Theología y Geografía, con otras cosas curiosas*..... La colección más extraordinaria de absurdas patrañas, ridículas consejas y casos extravagantes inventados..... dice el Sr. Barrera. Es de Salamanca de 1570.

Bien merecido pago tuvieron, pues, esos dos engendros del secretario del Conde de Benavente.

Sin lazo alguno de parentesco con las genealogías que ya conocemos, aparécesenos, que el orden ó el acaso del escrutinio así lo quieren, *Florismarte de Hircania*. Alude á su *extraño nacimiento* el Cura, cuando habla de él, y según su autor, Melchor de Ortega, caballero de Ubeda que lo publicó en Valladolid en 1556, Florismarte, hijo del príncipe Florisán de Mesía y de su esposa Marcelina, nació en manos de una mujer salvaje llamada Balsagina, la cual del nombre de sus padres llamólo Florismarte, y Felixmarte, después. Comulga en las ideas de sus compañeros de honras y fatigas; es, como ellos, muestra inequívoca de que la labor del gran Cervantes se iba haciendo precisa.

¿No va á ser evidente la sequedad y dureza de su estilo, cuando lo que tuvieran de fresco y espontáneo las primeras muestras del género íbase olvidando en aquel espantoso maremagnum de imitaciones frías y locas que únicamente á enmarañar el asunto con informes pasajes y embrolladas acciones atendía?

Puede, pues, estar alegre el ama de ser ejecutora de fallos prudentes, de los que nadie apela.

Pronto, en seguida, fué sentenciado á igual pena que la alcanzada por el que fuera su compañía en los estantes quijotescos, *El caballero Platir*. Su autor se ignora; salió á luz en Valladolid en 1533 y fué dedicado á D. Pedro Alvarez de Osorio y D.ª María Pimentel, Marquesa de Astorga, con este título: *Crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del emperador Primaleón*. Pertenece á la familia de los Palmerines, de que después hablaremos, y ni el tronco de que se deriva, ni las preeminencias de su caballerosidad le bastan para que nadie en él se ocupe. Su autor es anónimo, dice Pellicer, como lo son casi todos los que escribieron libros de aventuras y hazañas fantásticas.

Tras de ese caballero, ya en cenizas, el *de la Cruz*. Ni su nombre santo, al decir del Cura, sírvele de dispensa á su castigo. Y si mala es la una de las partes en que se divide, no es mejor la otra. Compúsolo Pedro de Luján y de la obra se hicieron varias ediciones; en Sevilla en 1534; en 1543, 62 y 63 las de Toledo. La fabulosa ficción supone que su primera parte hízola en árabe un moro llamado Xartón, que un cautivo de Túnez tradujo, y la segunda escrita en griego por el rey Artidoro. El primero de los libros en que se divide esta historia se intitula: *Libro del inuencible caballero Lepolemo..... de los hechos que hizo llamándose el Cauallero de la Cruz*. El segundo: *Leandro el Bel..... según le compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega*. Al fin de la obra promete Xartón el libro segundo, pues dice que Lepolemo tuvo un hijo, *Leandro*. La historia de esta obra es la duodécima de las que hablan de los descendientes de Amadis; y la de Leandro la décima tercera. Juzgar el libro es referirse á lo que vamos diciendo de los otros;

realmente muestras de fantasías sin freno y sin atisbos de artístico pensar.

No es el *Espejo de caballerías,* á quien ahora toca el turno en el examen crítico, el de *príncipes y caballeros* que antes, por incidencia, hemos citado. Pellicer los confundió y Clemencin, con manifiestas razones, puso en claro el error. Es la primera parte de Diego Ortúñez ú Ordóñez de Calahorra, de Nájera, y la imprimió en 1562. Dice él mismo que la tradujo del latín; y censura los libros de caballería por falta de *moralidad y alegoría,* pero cae en los defectos censurados. Pedro de la Sierra continuó la segunda parte; 1580; Marcos Martínez la tercera y cuarta en 1623 y en la R. Biblioteca existe el libro primero de la parte quinta.

En el *Espejo de caballerías,* el fárrago agobiante de fantasmagorias y falsedades sigue, y la atenuante y rebaja de pena que el eclesiástico le busca porque con la inspiración de parte de su fábula se conforma la del *Orlando enamorado,* de Mateo M.ª Boyardo, no merecen tenerse en cuenta.

En efecto, este Boyardo, conde de Scandiano, compuso un poema, también caballeresco, largo, interminable, no concluido. Tiene sesenta y nueve cantos, sacado de la crónica de Turpín, y en el que se ve figurar á Agramante, Astolfo, Rodamonte, Mandricardo, Sobrino, Gradaso, tipos familiares para quien tenía la febril imaginación del héroe cervantino. Según parece, esos nombres corresponden, muchos, á apodos de campesinos de la tierra de Boyardo, quien les dió cabida en el primitivo poema de Rolando.

El de Boyardo viene á ser punto de unión de las leyendas de los ciclos carolingio y de la Tabla redonda;

es absurdo por su acción; un verdadero mosáico donde se enredan fábulas y ficciones para formar un disparatado cuadro que concluyeron Agostini y Domenichi y que refundió Berni en 1541. El contrapoema, digámoslo así, de éste, escribiólo, con más altos vuelos, Ludovico Ariosto en su *Orlando furioso,* y á esa circunstancia, principalmente, débese el argumento del cura en favor del *Espejo de Caballerías,* coincidente, como antes digo, con la obra de Boyardo porque las dos arrancan de las crónicas turpinescas.

El buen juicio literario del cura escrutador ó de quien le inspira, que en este caso es lo más fijo, revélase en cuanto afecta á Ariosto y á su obra maestra. Y dice muy bien el buen sacerdote: Ludovico Ariosto, que fué un escritor muy popular en su nación, no ya sólo es leido, sino admirado, en la lengua italiana en que escribiera. Cierto que no poco ha cambiado el gusto de las gentes, ya que el *Orlando furioso,* si portento de fantasía y de imaginación, viene á ser un libro de caballería más, en cuarenta y seis cantos, ó mejor, la esencia de todas las obras de ese género, diversificándose frondosa en aventuras sin cuento, en batallar estruendoso y reñido, en amores ideales y fatídicos, en la intervención sobrenatural de la máquina, en el caleidoscopio más variado y deslumbrante que ojos humanos vieran nunca.

La visión, que tal puede llamarse, es extraordinaria, pero ese derroche de inventiva se avalora con un colorido de descripción y una firmeza al trazarla, que alucina. En este concepto Ariosto es un gigante que triunfa con el sólo esfuerzo de la virtud del genio que le acompaña. A su poema se le ha llamado la *Iliada* de la Edad Media, pero, á la vez, apártase tanto de las hu-

manas corrientes, que no faltan quienes crean ver en la obra la condeña, por condensación de los disparates en ellos tan comunes, de los libros de Caballería.

Y ¡qué bien distingue Pero Pérez entre el encanto de un poema que se da en la lengua que le es propia y su versión á otra extraña! Aparte la ironía de que no es bien que el barbero entienda el italiano, toda la doctrina que aquel sienta respecto á las traducciones, es exacta.

Muy detestable es la versión del *Orlando* hecha por el capitán aludido en este pasaje del *Quijote,* D. Jerónimo Giménez de Urrea, de quien dice Hurtado de Mendoza *que ganó fama de noble escritor y según dicen muchos dineros, (que importa más),* pero, de todas maneras, la lección que del Cura recibe no es para olvidada por los que obras de un idioma cualquiera las vierten á otro extraño. ¡No habia de quitar valor Urrea al poema de Ariosto! Claro que sí, porque como juiciosamente apunta el sacerdote, cuando los libros de versos quieren volver á otra lengua « por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. » Ley de una realidad invencible, comprobada á cada instante, y que se conforma con aquella doctrina tan hermosamente expuesta por el mismo *Don Quijote* cuando dice que las traducciones son como los tapices flamencos vistos al revés, en los que las figuras se perciben confusas y obscurecidas por los hilos del bordado. Hasta en la excepción de la ley, para confirmar ésta, anda prudente el ingenioso hidalgo, ya que ahí está la versión de la *Aminta,* por Jáuregui, tarea que enaltece como la producción de la obra citada.

En espera de otro mejor resolver, los libros que *tratan de las cosas de Francia,* con aquel que hemos examinado, van á yacer á un pozo seco. Pero la maldad de dos de esos *franceses* es tanta, el *Bernardo del Carpio* y el *Roncesvalles,* que, sin otra apelación, en cuanto se dé con ellos, irán á excitar la furia de las llamas.

Harto se entiende que el tal *Bernardo* no es el de Valbuena, publicado cuando Cervantes ya había muerto, sino la *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio,* poema escrito en octavas por Agustín Alonso de Salamanca y publicado en 1585 en Toledo. Ni los críticos literarios conservan piadosos el nombre del poema; las hazañas inspiradoras de otro mejor de Valbuena no tuvieron en Salamanca la grandeza que, aún imaginadas, piden. En cambio el extravío y la total carencia de lógica distínguense en esta obra que ya no se recuerda.

La otra al fuego condenada titúlase *El verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles*, y es debida á Francisco de Villena, y en la misma población y en igual año que su compañero de suplicio salió á luz.

Ambos carecen de todo valor literario; apenas si los conoce nadie y más son manjar indigesto y nocivo que de suave y grato paladeo.

Y abriendo otro libro—se lee en *El Quijote*—*vió que era Palmerín de Oliva y junto á él estaba otro que se llamaba Palmerín de Inglaterra*..... Del primero, ni las cenizas, pide el director del escrutinio, que queden; para el otro desearía una caja como aquella de aromadas maderas en que Alejandro mandó guardar el libro de Homero. Juicio, el último, bastante favorable, en el que más tarde queremos profundizar.

Con el *Palmerín de Oliva* iníciase una nueva estirpe de aventureros andantes; es un nuevo manantial de donde surgen libros como el *Palmerín de Inglaterra, Primaleón y Polendos, Flotir, Don Duardo de Bretaña, Platir,* de que antes se habla, una enredadísima trama de ficciones y desvaríos en que ya no se respeta la genealogía de los héroes caballerescos, con la separación de ciclos, sino que se junta y confunde la sangre de las dos ramas. Y ¡qué confusión tan loca y estupenda!

El arranque del tronco palmerinesco es *Palmerín de Oliva.* Con respecto á sus descendientes desempeña el mismo papel que Amadis. Y hay que convenir en que aquél, aunque con triste renombre, es famoso por la herencia que le nace, y por ser, lo repetimos, cabeza de su raza. Tiene dos partes, y sigue los pasos, imitándole, del *Amadis de Gaula.* En la primera las hazañas de Palmerín son la acción del libro; en la segunda las que realizan los hijos del héroe, Primaleón y Polendos. El protagonista de la obra es nieto de un emperador griego de Constantinopla, y habido ilegítimamente, es expuesto, por su madre, en un campo plantado de palmeras y olivas, en el que es recogido por un labrador, de donde se le bautiza con el nombre alusivo al lugar donde fué abandonado. Palmerín no desmiente su origen y acomete heróicas empresas en Alemania, Inglaterra y Constantinopla. Aquí le reconoce su madre y realizador, todavía, de más portentosas hazañas, cásase con una hija del emperador alemán, heroina de la fábula. La cual, va encaminada á su fin con más orden y lógica que en el otro *Palmerín* que recibiera los elogios del Cura, sin que tenga, en cambio, otras prendas que al segundo le dan superioridad indudable. El de *Oliva* se ha atribui-

do, sin fundamento bastante, á una dama portuguesa; hoy está demostrado, aunque ignorándose su autor, que se escribió en castellano y que se publicó por primera vez en Salamanca, en 1511.

Por dos cosas, según el parecer del Licenciado, tiene autoridad *Palmerín de Inglaterra, porque él por sí es muy bueno y porque es fama que lo compuso un discreto rey de Portugal.....*

Harto se sabe que en la lisonja del libro se excedieron los escrutadores, pero lo que haya de exagerado en ella pruébanos el predicamento, que en los días de Cervantes, alcanzara *Palmerín*. No llegó, claro está, como ninguno de los de su familia, al que lograran los de la amadisesca, mas ¿cuál no sería la baraunda que tal género produjo cuando la muestra de él, en que nos ocupamos, es merecedora, para el cura y su acompañante, de una caja de sándalo y cedro, con oro guarnecida?

No, y la verdad es que no merece tan preciosa guarda el tal *Palmerín*. Hay en él aparato andantesco; embrollo de ficciones; cierta jugosidad lozana de estilo y lenguaje, no reñida con dejos de rancia procedencia; tiene riqueza de descripción y natural desgaire en el diálogo, pero lo que de nefasto y mentiroso, se muestra en esta especie de libros en el de que hablamos campea á su gusto. Por eso puede decir Clemencin, comentando el escrutinio y los criterios que arranca al Cura el examen de ambos Palmerines, que *allá se van los dos* en mereceres y dones.

La Crónica do famoso he muyto esforzado Cabagliero Palmerín de Inglaterra, que así se encabeza la obra, está dividida en seis partes. Las dos primeras se han atribuido al rey Don Juan II de Portugal—y aquí

una de las bases del elogio cural—ó al Infante Don Luis; la tercera y cuarta se las creyó de Diego Fernández, y las dos últimas de Baltasar González Lobato, lusitanos todos.

Más se ha atribuido aún, á Francisco Moraes, que la imprimió en Evora en 1567, diciendo que la traducía del francés, y si esto se creyó modestia del autor, que era, también, editor y compilador portugués, el original impreso se descubrió en Toledo en dos partes, en 1547 y 1548 y en la dedicatoria de aquél léese un acróstico de Luis Hurtado. El litigio ha estado mucho tiempo sin resolverse, lo cual hizo creer al Sr. Amador de los Ríos que Hurtado era, para el *Palmerín,* lo que con respecto al *Amadis* fué García Ordóñez de Montalvo.

Expliquémonos, pues, en lo que va delante, el entusiasmo que á los escrutiñadores arranca el libro, mas no lo tengamos por tan justo mirándolo á la luz de la crítica moderna.

La amnistía que generosos dan el Cura y el Barbero á *Palmerín*, se trueca en furioso castigo para las demás obras andantescas; todas, todas, seguramente las que hemos citado y otras mil, van al fuego; no, dos se libran, *Don Belianis de Grecia,* al que se atenúa su pena con la concesión de término ultramarino, el plazo que judicialmente se daba, largo por lo que los viajes por mar suponían, para citaciones y emplazamientos, y así, de ese transcurso, se espera el enmendarse de la obra; y el otro perdonado es el famoso *Tirante al blanco.*

Don Belianis de Grecia, hijo del emperador Beliano y de la emperatríz Clorinda no es merecedor, sin duda, de la espera de arrepentimiento que se le concede. Como *Don Cirongilio de Tracia* y otros libros de es-

te jaez, es traducción francesa, que nada tiene que ver con las genealogías andantescas que hemos estudiado. Lo tradujo el abogado de Madrid D. Jerónimo Fernández, y entre las maravillas que narra cuéntase la de un castillo *traido de cuarenta elefantes de grandeza no creida,* en el que es arrebatado por los aires el héroe..... ¿No volarían mejor las pavesas de la *historia de tan valeroso príncipe?*

En cuanto á *Tirante al blanco* la posteridad ha confirmado el excelente acierto de salvarle de la fogata del patio quijotesco. Ya parece símbolo de su bondad el hecho de separarse y caerse de aquel rimero de ocho que el ama, gozosa y diligente, arrojó á la hoguera donde sus felonías pagaban los culpados..... Y aún se explican los elogios que merece á Maese Nicolás y á su compadre. En efecto, lo que de la obra dice Cervantes, por labios del Cura, confirman lo que es ella. No abunda, como otras, en espantables hazañas, ni en prodigiosos acometimientos; no tiene menudear de lances amorosos y bélicos; no se afea con exuberante fantasmagóricos adornos. Su fábula va lógicamente encadenada á donde se la conduce, y muéstrase comedida y no copiosa en el juego, en la acción, de seres portentosos y disformes. *Aquí* dícese en el *Quijote* refiriéndose á *Tirante al blanco, comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamentos antes de su muerte,* porque en verdad que cuanto el héroe ejecuta puede acometerlo un singular y esforzado caudillo,..... *cosas de que todos los demás de este género de libros carecen.....* Sí, en él, la realidad importa algo á quien lo soñara, y nótase en su concepción un cierto sentido moral que puede ser parte á que críticos de valía hayan dicho de *Tirante al*

blanco que *está exento de todo espíritu caballeresco*. Su narración no es desenfrenada, sino severa; su estilo fácil y agradable.

¿Qué puede pensarse de la aparente contradicción del cura al querer tan bien al libro y decir que quien lo compuso merecía *que le echasen á galeras por todos los días de su vida?* Uno de los comentadores del *Quijote* explica aquella por la omisión de un *no* en el texto de Cervantes. Efectivamente, con él, queda explicado que á pesar de *las necedades de industria* del autor, que vivió y murió en galeras, no eran *tantas* aquellas que mereciese el castigo que se le dió. Así la frase cervantesca: *Con todo eso digo que merecía,* leeríase *que no merecía,* y la antítesis se salvaba en absoluto, de no creer que la frase fuese irónica en el Cura, pero la verdad es que la enmienda ha querido serlo de un texto claro. La crítica posterior al libro recalca lo que de él dijeran los escrutadores.

Del origen de *Tirante al blanco* se ha dicho que lo tiene en Portugal y que en 1490, según el P. Méndez, se publicó en Valencia, en lemosín, del que se vertió al castellano en la primera mitad del siglo XVI, en 1511, en Valladolid. Los autores de la versión parecen ser Mossen Johan Martorell y Mossen Martí Johan de Galva, que concluyó la tarea que, interrumpida por la muerte, iniciara el primero. Los portugueses, según el parecer de alguno, tomaron el libro de un original inglés.

Consúmense en brasas, pues, las andantescas aventuras; más que el fuego convirtiólas en ceniza y fría memoria el acerado y sutil aliento del humorismo de Cervantes..... El logró lo que no consiguiera el go-

bierno en 1553 al mandar « que no se pudiesen imprimir, vender ni leer semejantes libros en las posesiones de Ultramar » y lo que no alcanzaran las Cortes en 1555 al pedir que la prohibición « se extendiera á la metrópoli y que se quemaran públicamente cuantos ejemplares se hallaran » de ellos..... Mas, con mirada retrospectiva, véase si no ocupan un lugar y si, en su esencia, no responden á sentimientos arraigadísimos, aunque más tarde se exacerbaran tanto que se convirtieran en febril delirio. Sí, desempeñaron un papel que no puede negarse, y, al fin, de sobre la pira que forman en el donoso escrutinio, surge radiante y esplendoroso *El Quijote* recogiendo la inspiración nacional, la sana del Cid y Fernán González, y produciéndose en la novela más grande que los siglos registran.

Las obras de poesía, para el cura, eran de *entretenimiento sin perjuicio de tercero,* no causadoras del mal que las de caballería sembraron; la sobrina del hidalgo de la Mancha de parecer era que fuesen á consumirse en la hoguera, con las que el buen juicio de *Don Quijote* habían trastornado. Temerosa estaba la muchacha de que su tío trocase lanzón por cayado, y que el tráfago de la vida aventurera lo cambiase por la alambicada y sutil de aquellos pastores artificiosos de que nuestra bucólica está llena.

Mal por mal los dos eran peores, y el pastoral existir es menos brioso y aún español que el de los andantes.

Pero no pocos ribetes de literato debía de tener el Cura cuando opta, dando así más muestras de su mesura y acierto, por proseguir incansable el examen de la quijotil biblioteca.

Ya la emprende con los *pequeños libros,* que dice el Barbero. *La Diana,* de Jorge de Montemayor, está en entredicho. ¿Se consuma en ella el auto de fe? ¿Se la perdona? En el justo medio está el acierto, y el Cura no la quema, sino que la despoja de todo aquello que tiene visos de encantamiento y sobrenatural.

Falso es el género, artificioso, sin calor, sin vena de corrientes humanas. Empalagoso y dulzón, todo, en él, son damiselas de pastaflora y mancebos que en ardores de amor se derriten. Fáltale vigor y lozanía; píntanos una Arcadia ideal más propia de país de abanico que capaz de mover las fibras nerviosas y los músculos potentes. No dice nada: ni aun retrata la Naturaleza, porque la falsea.

Imitador de uno de los más brillantes escritores bucólicos, de los que por modelo pueden tomarse, Jacobo de Sannázaro, es el portugués, pero que escribe en castellano, Jorge de Montemayor, padre del libro que anda ahora entre manos eclesiásticas en el escrutinio. Bien hacen ellas en despojar á *Diana* de todo aquello que le quita, porque si aún le arrancase más hojas no sería la pérdida irreparable.

Que le valga al libro *ser el primero* entre sus semejantes, porque de otro modo no le recomendarían ni su insulsez ni sus dones, más preciados que hoy en su día. Entonces tuvo éxito inmenso por la elegancia y fluidez del estilo y lenguaje, pero peca de amaneramiento y afectación al expresar sentimientos é ideas, y una informe mezcla de paganismo y cristianismo.

Como otras muestras del pastoril género, la *Diana enamorada* es autobiografía, y la amada del autor una señora leonesa de quien él estuvo enamorado. Cervantes

alaba mucho los decires en bellas coplas y redondillas, y las endechas de amor que en el texto se intercalan, contando la antigua y malograda pasión. El plan es intrincado y no muy bien llevada la acción principal; déjase en ella ancho campo á las fábulas mitológicas y hasta á los encantamientos de los libros de caballería.

Ahora se nos da dos ardites de ese anheloso vivir á la manera de aquellos fingidos pastores, que hoy pugna con las costumbres contemporáneas; pero aunque ni natural ni sencillo el libro este, mejor es novela que la *Arcadia* que imita, según el sentir de algunos críticos.

A Jorge de Montemayor, menos malo que otros escritores que cultivan esa clase de obras, se le supone poeta, músico y soldado, y muerto en desafío en 1561 ó 62. Acompañó á Felipe II por Italia, Alemania y los Países Bajos, estableciéndose luego en León, desde donde fué á Portugal llamado por la reina D.ª Catalina.

Tras de él vienen sus continuadores Alonso Pérez, médico, que imprime *La Diana, Segunda,* del Salmantino en Alcalá en 1564, reimpresa en Valencia en 1574 y corregida por Alonso de Ulloa; y Gil Polo, célebre poeta valenciano que escribe su *Diana enamorada.*

Esta excede mucho,—son cinco libros prosiguiendo aquella—en méritos á la de Montemayor; sus quintillas le acreditan de vate inspirado, irreprochable en la factura, y la obra toda tiene toques de sincera pasión que algo calientan las frialdades que al género acompañan. Es, lo decimos, como continuación de la del poeta portugués, más corta, pero escrita en una prosa elegante, castiza y con mucho ingenio. Algunos trozos del libro, como la canción de Nereo, gustan y son delicadísimos. Es más natural y grata de leer que su homónima,

é hizo bien el Cura en guardarla. Se divide en cinco libros; concluye con el casamiento de Diana, y no obstante, el autor promete una continuación que no llegó á escribir.

La de Alfonso Pérez es fastidiosa; pobre y anémica, bien concluyó su débil vivir entre las llamas culebreantes que en el corral ardían. Montemayor, que había escrito siete libros, habíale confiado la conclusión de su *Diana,* trabajo que Pérez realizó con desdicha, ya que es insoportable su lectura.

Prueba del auge en que la novela pastoril estuvo, nos la da el Cura al quedarse con *Los diez años de fortuna de amor,* que siguen á la *Diana* de Montemayor. De aquella son argumento los honestos y apacibles amores del pastor Frexano y de la hermosa pastora Fortuna, en Barcelona impresa en 1573, y de la que el mejor juicio se nos da en *El Quijote.* Entretenida, pero disparatada, si no almibara con dulzores empalagosos no traduce, tampoco, con diáfana serenidad, el sentir poético con que á las veces se adornan los bucólicos deliquios. Si entonces se la diputó por graciosa, más su gracia es gruesa y burda que delicada y fina. Consérvela el Cura que nadie ha de pedírsela para divertimiento del espíritu. La escribió Antonio de Lo Frasso, soldado sardo, valiente pero mal poeta; consta—la obra—de prosa y verso y su autor dice, con razón, que *sus versos son rústicos y rudas sus invenciones.* Los primeros, sobre todo, son detestables y ni aún siguen las reglas poéticas. Frexano es el mismo escritor; Fortuna, su mujer. ¡Lástima de relativa fama de que gozó!

Tampoco valen ni suponen nada, y bien se están bajo el brazo vengativo del ama, que les dará el premio

merecido á su insignificancia, que otro examen no merecen, *El pastor de Iberia,* de Don Bernardo de la Vega, *ni llamado ni escogido,* según Cervantes, impresa en Sevilla en 1591; *Ninfas de Henares,* del canario y estudiante salmanticense Bernardo González de Alcalá, dividida en seis libros é impresa en Alcalá en 1587; y *Desengaño de celos,* pastoril novela de Bartolomé López Enciso, publicada en Madrid en 1586, en prosa y verso, como *La Galatea,* compuesta también en seis libros, y al fin se promete una segunda parte.

Las demasías del género iban siguiendo el camino, dentro de su carácter, de las andariegas narraciones, pero aún tenían más helado ambiente y menor encanto que ellas. Descontemos la *Diana enamorada,* de Polo, á quien en amenidad no sobrepuja nadie, y algo de la portuguesa del mismo nombre, y no nos acordemos de las pastorales escenas con más color, más vivas, más humanas, en Italia, en Suiza luego, en aquellas clásicamente talladas de Longo.

El pastor de Filida, de Luis González de Montalvo, impresa en Madrid en 1582, tiene muy buen acogimiento en el Cura. Seguramente que apreciaba más al autor que á la obra, ya que aquél, gentilhombre cortesano, de aristocráticos y medidos gustos, fué uno de los que, con mayor fe y éxito, ayudaron á Cristóbal de Castillejo en su empresa de mantener la pureza y el sabor de las antiguas estrofas castellanas, redondillas y quintillas, y en los límites, contra la invasión de Boscán y Garci Lasso, de nuestro inmortal octosílabo. Por lo demás, su *Pastor de Filida* no ha quedado como modelo ni á cien leguas aparece de conseguirlo. Está escrita casti-

zamente y con regulares poesías, aunque hay algo en ella de caballeresco gusto é inverosimilitud.

Sin duda que las estimables prendas de su autor no fueron bastantes á salvar los escollos inherentes á la novela que escribiera, nacidos, como se sabe, del artificio nada apetecible que en la bucólica impera. Lucha ésta con dos corrientes encontradas; la de caer en los gañanes rústicos y groseros, sin poesía, de los pastores, ó la de afinarlos hasta que no se parezcan al original. Nuestros bucólicos dejáronse llevar por esta senda y Gálvez de Montalvo no se quedó sin recorrerla con ardura, ya que en su *Pastor Filida* disfraza de pastores á Cervantes, del que era muy amigo, y á otros ingenios, que requiebran y enamoran á ninfas y zagalas, también, como pastoras, retratos de personajes reales. Pero el libro vale muy poco; lo de *joya preciosa*, que dice el cura, debe tomarse como galardón de amistad, siempre preciado é inestimable.

El escardamiento del *Tesoro de varias poesías* también revela en el eclesiástico conocimiento bien definido de las prendas del autor que lo compusiera. Es de Pedro Padilla, de Linares, santiaguista, y Carmelita luego. Se publicó en Madrid en 1575 y acordes con el criterio que en el escrutinio predomina, puede decirse que mejora el juicio que merece lo bueno que el *Tesoro* guarda. Bien que, paladinamente declara Cervantes, haciendo hablar al Cura, que Padilla es muy su amigo, y es parte al respeto que á la obra guarda la consideración de que su autor ha escrito *otras más heróicas y levantadas*. En efecto, Pedro de Padilla, más que por las benevolencias que en el *Quijote* se le rinden, merece memorable recuerdo por el *Romancero en el qual se con-*

tienen algunos sucesos que en la Jornada de Flandes los Españoles hicieron, libro de importancia suma, que es el único poético á aquella guerra referente, en donde el vate canta, con robusto vigor y patriótica entonación, los más esplendentes hechos que allí realizaron las armas españolas.

Don Nicolás Antonio, exagerando, sin duda, llama á Padilla poeta sin segundo, pero gozó, como tal, de crédito muy grande. Para Ercilla el *Tesoro* es un libro « de canciones amorosas, en todo género de verso, justo y limado; y demás de los buenos conceptos que tiene, hay cosas de mucho ingenio, agudas y graciosamente dichas. » Son muchas, y algunas muy notables, las obras que de él se conservan. Su nombre figura en el *Catálogo de autoridades de la lengua,* publicado por la Real Academia.

Un número incalculable de poetas, que á todos los géneros poéticos pertenecen, inclúyense en los *Cancioneros.* Sin temor de equivocarse, puede decirse, que, en ellos, no son sobrados, en cada uno, los autores que los acreditan. No hay para qué citar aquí nombres de esas colecciones. Se cuentan de varios poetas y otras formadas con las composiciones de uno sólo. De estos es el de López Maldonado, toledano que habitó en Valencia en 1591, cuando se fundó la academia de los *Nocturnos,* á la que amantes de las Letras asistían, como el canónigo Tárrega, Guillén de Castro y otros; él adoptó el nombre de *Sincero.* El *Cancionero* de López Maldonado, citado en el escrutinio, consta de varias poesías, sonetos, décimas, sextinas, canciones, octavas, liras, cartas y dos églogas. Publicóse en Madrid en 1586. Al poeta le elogian sus contemporáneos, y de la loa de Cervantes á su

habilidad para la recitación y el canto, habla él mismo, al decir que acompañaba á eminentes músicos de entonces. Más alabanzas de él hállanse en el *Cancionero* dicho, dedicadas por Espinel, Lope de Vega, Padilla, Luis de Vargas y otros. Don Nicolás Antonio celebra su talento, su fértil vena, la fuerza de sus afectos y la extraordinaria elocuencia. Alonso de Ercilla, hablando del *Cancionero,* dice : « es de canciones amorosas, llenas de muchos y buenos conceptos declarados por gentil estilo y lenguaje en todo género de verso, sin haber en él cosa lasciva, y muchas que á los buenos ingenios les dará gusto y recreación. » Está dividido en dos libros ; el primero de coplas castellanas ; y el segundo al modo italiano. Divide las poesías en heróicas, cómicas y líricas, y era hombre de sólida educación conocedor de los antiguos y modernos poetas. Ya advierte, también, el Cura, el lazo de amistad que le une á López Maldonado, cuya obra no es tan rememorada hoy como en su día, ni merecedora de tantos festejos.

Ya se llega, en el escrutinio, á aquel libro de Miguel Cervantes Saavedra, *La Galatea.* Con Cervantes está tan identificado el Cura, que sabe de él *que es más versado en desdichas que en verso. La Galatea,* según el censor, tiene *algo de buena invención, propone algo y no concluye nada.* Guárdala en espera de aquella segunda parte que, en la dedicatoria de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* al Conde de Lemos, promete el autor del *Quijote,* pero que, cuando él murió, no fué encontrada entre sus papeles. Juzguemos lo que de ella hay.

La Galatea, aun incluida *La Arcadia* de Sannázaro, padre del género pastoril, es la mejor de las novelas que en él se cuentan. Aparece en 1585 como la pri-

mera obra de su autor: *primicias de su corto ingenio,* dice él. Es del corte de las anteriores bucólicas, y en ellas, especialmente en las de Montemayor y Gil Polo, se inspiró para escribirla. En el prólogo á los seis libros de la obra, dice Cervantes que « muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito, » y se cree que así suceda, pues figuran en la acción novelesca, llamándose Lauro, Tirsi, Damón, etc., Barahona de Soto, Francisco de Figueroa, Pedro Láinez y algunos más.

La Galatea fué recibida con frialdad al publicarse. ¿Merecía tal fallo? Tiene un argumento complicado, que no llegó á desarrollarse en la segunda parte, no encontrada; se adorna con profusión de incidentes, mezclando, según el uso, la mitología y el cristianismo, y conforme á los moldes consagrados no deja de tener ni disputas inocentes ni juegos fútiles de palabras. Abunda en versos, no buenos todos, pero, en cambio, si algo afectado el lenguaje, es puro y armonioso, aunque caiga, á las veces, en inesperada incorrección relativa. No carece de pasajes brillantísimos é interesantes, como la historia de Sileno y la prisión de Timbro por los moros, y junto á los versos flojos, tan comunes en esta clase de novelas, hay otros inspirados y magníficos. Así como en la *Diana,* de Gil Polo, hay un *Canto del Turia,* en la obra cervantesca figura un *Canto de Caliope* en que, con la natural bondad del autor, se juzga, indulgentemente, á muchos poetas de su tiempo.

Es verdadera en la pintura de las costumbres pastoriles, interesa, y es lástima, que, larga, y cansando, por lo que los accidentes profusos interrumpen el correr de la acción principal, no muestre más diáfana su riqueza inventiva, que no le falta.

Ya se han dicho los defectos del género, que tampoco esquivó Cervantes: los pastores sutilizan metafísicamente y están muy alejados de los reales, pero no tan sólo es superior, en esto, á otras, sino que á todas les sobrepuja en bondad. Lo peor de ella es la falsía de los moldes en que se encaja, para responder á los gustadores de la novela bucólica. En general, su estilo desmerece del cervantesco puro, aunque, á lo que antes decimos de la elegancia y armonía del lenguaje, pueden añadirse pasajes llenos de suave y dulce saboreo. Lesage la tradujo, modificándola. Su autor, con dureza, la castiga, ya que, en el escrutinio que estudiamos, líbrala del fuego en espera de mejor conclusión para lo de ella publicado. Realmente el fallo es riguroso; con asunto de más vigor y más varonil, Cervantes hubiera esplendido en *La Galatea,* como ya en muchas de sus situaciones y trazos luce el reflejarse del genio, que no puede esconderse.

Ya fatigándose del escrutinio, topó el barbero con tres libros, los épicos, *los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos y pueden competir con los más famosos de Italia;* así dijo el Cura, añadiendo que esas obras, que *La Araucana, La Austriada* y *El Monserrat* eran, se guardasen, libres del fuego, *como las más ricas prendas de poesía que tiene España.*

Con la limitación de referirlas á la épica y á los poemas eruditos, verdad puede ser el aserto de Pero Pérez, pero téngasele por relativo, solamente, porque harto se sabe que toda nuestra vena épico-heróica en el *Romancero* se contiene con fulguradores destellos que nunca se apagan; y que á las obras de los vates que no se inspiran en el sentir popular, fáltales mucho para

acercarse á otras del mismo género que se cuentan en esa misma Italia á que el texto cervantino se refiere.

No hemos brillado en la épica erudita; hablaremos, en seguida, de sus tres mejores composiciones heróicas, y ninguna de ellas es aproximada á la perfección que piden los modelos: no tuvimos calor para sentir la inspiración vibrante que arrebata y conmueve. Nuestro cantor fué el pueblo, y tan rico y tan exuberante de vigoroso acento, vario, á la vez, fué aquel, que con huella indeleble dejó marcado su estro en la epopeya, que con más unidad lo sería íntegra, de los romances, y en el Teatro.

La épica culta y reflexiva, la épica que, aún bebiendo en populares fuentes no es hija de populares cantores, es, entre nosotros, más artificiosa que sentida, y más altisonante que sincera.

Veamos las mejores muestras del género, de la biblioteca de *Don Quijote* escogidas.

La Araucana, de Don Alonso de Ercilla, es tenido por el primero de nuestros poemas épicos que en la historia ó la leyenda se fundan. Para Martínez de la Rosa ha sido juzgado con sobrada indulgencia ó con excesiva severidad. Preceptivamente considerado, digámoslo así, distínguese por deficiencias y errores de bulto. Falto de unidad, los episodios andan por él sueltos, como perlas sin hilo que las junte; careciendo de aquella, no tiene, tampoco, trabazón y regular concierto de partes; no hay grandeza en la concepción; no la significa en un héroe; no la da al pueblo acometedor de los hechos que el poeta canta. Débese todo ello, á no dudarlo, á que Ercilla ó escogió mal el asunto, del que es actor, ó fundióse con identidad de sentir con los arau-

canos, á quienes España combatía. Lo cierto es que, como defensores de una causa justa, muéstranse más simpáticos que los que van á su conquista y que, más actor que contemplador de las cosas épicas á distancia, pintólas con sus colores reales y magníficos, sí, pero faltos de esa pátina de tiempo que, como á los muros respetables, tanta nobleza y veneración las dan. Ercilla no voló alto para componer su obra y apreciarla en el conjunto armónico y grande. Por eso es admirabilísima en fragmentos, de extraordinaria riqueza en descripciones maravillosas; está dotada de un arte mágico para que los caracteres resalten y se impongan, mas involucra lo que al asunto afecta y, lo que de él se separa, empequeñece, agrandando la contraria, la causa nacional, y el espejismo de la simpatía, la visión artística, al fin y al cabo, le lleva á agigantar á Arauco y á disminuir á España. En cambio es maestro en la presentación de combates y hechos de armas; las arengas que en boca de los caudillos pone son naturales y arrebatadoras, como la tan citada de Colocolo, y si más que escribir una historia de los hechos de que era testigo hubiérase propuesto aliñarlos con arreglo á cánones que eternamente tienden á ser producidores de belleza, fácil es que lo hubiera logrado con creces, porque si Ercilla cae en el prosaismo y en la bajeza de la frase y si la rima no es siempre primorosa, en cambio vuela muy alto y se produce con singular elegancia y hermosura.

¿Se va á recordar que el poeta, de abolengo vizcaíno, desde paje de Felipe II y hallándose en Inglaterra cuando el casamiento de aquél con María Tudor, fué á Arauco, que se había sublevado, y que tomó parte en las batallas, la impresión de las cuales iba apuntando en

octavas, que luego forman el poema, escritas, á lo mejor, sobre las hojas de los árboles y en medio de las fatigas de la campaña?

Como para nuestro objeto no importa más la vida de Ercilla, no la extractaremos, siquiera. *La Araucana* consta de tres partes, publicadas en 1569, 78 y 89. La primera se refiere á los comienzos de la guerra, es puramente histórica; la segunda, describe hechos de armas, introduciendo episodios tan bellos como aquel en que el poeta, desde América, ve la jornada gloriosa de San Quintín; la última, termina la guerra, defiende los derechos de Felipe á la corona de Portugal y, al lamentarse de la situación en que él está, anuncia su propósito de practicar la vida devota y de penitencia, como parece que lo hizo en Madrid hasta su muerte en 1594.

Los acontecimientos que en España se realizaron durante los siglos XVI y XVII, y los personajes que en ellos descollaron, movieron la vena poética de algunos de nuestros escritores.

Muestra es Juan Rufo Gutiérrez, jurado de Córdoba, que en 1583 imprimió su poema *La Austriada,* inspirado, como su título indica, en los famosos hechos de Don Juan de Austria, que paso á paso y con gran amplitud sigue. La rebelión de los moriscos, el nacimiento y educación de Don Juan y la victoria de Lepanto constituyen la acción. La obra adolece de flojedad y de pobreza; bien cantada, en buenas octavas, á ratos, ni tiene interés ni respira Rufo el ancho ambiente épico que es indispensable para llevarlo á libros en que se mueva libre y poderoso. *La Austriada,* que retrata bien costumbres moriscas y que pone entusiasta cariño en torno de la figura del Austria, vale muy poco.

El juicio del escrutinio, si se ajusta á lo que merece *La Araucana,* que al fin es el primero entre lo poco que ostentar como heróico podemos, peca de benevolencia refiriéndose á la obra de Juan Rufo. No le cuadran, del todo, los elogios curales.

El tercer poema examinado es *El Monserrat,* del capitán Cristóbal de Virués, publicado en 1588. Descansa en la leyenda catalana de Juan Garín, seductor de la hija de Wifredo el Velloso, y que peregrinando y arrepintiéndose de su falta, es perdonado en Roma, y al concluir la penitencia que se le impuso de ir desde la ciudad de los Papas en cuatro pies hasta la cueva de Monserrat, aparécesele la Virgen y se funda el monasterio famoso.

El Monserrate tampoco es un verdadero poema épico; las glorias de Monserrat, la batalla de Lepanto y otros episodios, son las mejores partes de la obra, pero se resiente, aunque es rica en bella inspiración, de dureza y no muy grato saboreo. Obtuvo, tal vez por lo interesante del asunto y por la, á trechos, fluida versificación, bastante popularidad, pero no puede alcanzar gran renombre porque carece de la grandeza y del vigor necesario para triunfar sin obstáculos. Consta de veinte cantos y atrae por la acertada traza del plan y por lo que, con él, va creciendo el interés que inspira.

Ya lo decimos antes : serán estos poemas, en la épica, *las más ricas prendas de poesía que tiene España,* pero el valor de los dos últimos es muy escaso. Bien guardados están por el Cura y el Barbero, pero ambos, según el parecer de la crítica, excediéronse en loar aquellos libros que diputaban por tan excelentes. Acaso no es culpa de sus autores, sino de que no hemos

acertado á cantar, en estrofas eruditas y de gente letrada épicas magnificencias.....

Ya iban al fuego todos los demás libros.....; que el escrutinio fatigaba á quienes lo hacían. ¿Por qué se conservó entre las manos de Maese Nicolás *Las lágrimas de Angélica,* que el cura las llorara si tal obra llega á quemarse? A su autor llámale aquél *uno de los más famosos poetas del mundo, no solo de España.....* y en verdad en verdad, que los posteriores á los tiempos del escrutinio no han confirmado el juicio. Escribió el poema, Luis Barahona de Soto, lucense, médico y gran amigo de Cervantes. Barahona era, más bien, lírico que épico, dice un literato moderno, y revela muy delicado ingenio; es fácil y elegante en esa obra, pero carece ella de condiciones artísticas; es pesada y falta de imaginación que la anime y mueva en sus episodios.

El poeta, al escribirla, imita á Ariosto; mejor aún, continúa la imitación que hizo del *Orlando furioso* el capitán Nicolás Espinosa. Más acertado que éste, Barahona, en sus días, tuvo el aplauso de que es reflejo el caluroso que en *El Quijote* se le da. El ruido de aquél no llega hasta nosotros.

Ahí termina el escrutinio. Cide-Hamete-Benengeli dice que, sin duda, á las llamas fueron, con los libros que quedaban, *La Carolea, León de España* y *Hechos del Emperador;* que si el Cura los viera, no *pasaran por la rigurosa sentencia* que les condenó. De tan poco fuste como tantas otras muestras del épico cantar, no merecen que nos detengamos mucho en su examen.

Baste con decir que tampoco la posteridad ha sido, para con ellos, más indulgente que el olvido eclesiástico lo fuera.

La Carolea, de Jerónimo Sempere, trata de las victorias de Carlos I; se divide en dos partes y se imprimió en 1560. Para D. Nicolás Antonio la obra tiene estilo *ni puro ni poético.*

León de España es un poema en octavas que trata de los hechos valerosos de los leoneses y de los mártires de aquel reino. Lo escribió, en 1586, Pedro de la Vecilla. Consta de veintinueve cantos; en dos partes. Tiene muy poca ó ninguna importancia.

En cuanto á los *Hechos del emperador,* de Luis de Avila, dice Pellicer que no debe de referirse el escrutinio á esta obra, porque está escrita en prosa y no en verso, y es una de las mejores historias que hay en castellano, por lo que se desmentiría el buen juicio del cura condenándola al fuego; más parece que respecte á los *Hechos del emperador* de Luis Zapata, concretados en su poema *Carlo Famoso,* escrito en octavas, pobre y anodino, sin calor y muy poco apreciado ni en sus días ni ahora. Cristóbal de Mesa se duele de que las hazañas de Carlos sean cantadas por poetas tan flojos como Sempere y Zapata. Lo probable, es, pues, que á la obra de este refiérase lo que de su título se indica en el texto cervantino.

Y, en definitiva, y para concluir yo también, por acertada y justa puede tenerse la labor del Cura y del Barbero. Conformes con aquellos preceptos de *Don Quijote,* cuando adoctrina á Sancho para el gobierno de la ínsula, se inclinan más á la misericordia que al rigor, y sea *Pero Pérez* el crítico ó séalo Cervantes, cualquiera de los dos puede ostentar legítimamente tal título.

Ándese, con el pensamiento, la distancia que suponen tres siglos y véase que es mucho mayor que la

diferencia de criterio que señala el pensar del escrutinio y el que hoy tenemos.

En esencia está casi intocado, aquel, especialmente en lo que se refiere á los libros más importantes que á examen y estudio se someten.

Sobre los que pesó la condena del fuego nadie ha dicho que no la tuvieron merecida, y es admirable, después de todo, el golpe de acierto que caracteriza en sus juicios al bondadoso clérigo compañero y amigo del Ingenioso Hidalgo.

Supone todo ello gran conocimiento de la Literatura de la época y vivir constante, hoy más fácil, entonces menos comprensible, en el ambiente donde los libros se dan y á los autores se juzga. Si alguno de éstos no pesara con su amistad sobre Cervantes acaso no hablase el cura como de sus libros se expresó en el escrutinio.

Pero, no obstante, donoso fué é instructivo; mirada rápida á la producción de las Letras y fallo á muchas que en los libros se han perpetuado.

Aún vive él y, modificado aquí ó allá, no acusa, sin embargo, sensible error en el juicio.

Que el del gran Cervantes era tan luminoso y seguro, que lució esplendente hasta cuando tocó en la crítica ó á inspirar fué la de los perdurables escrutadores, vivos siempre, por merced generosa del genio que les hizo vivir, hablar, moverse y aún eternizar en páginas hermosas lo que pensaban respecto á aquellos libros de los que muchos trastornaron, para hacerla loca sublime, la cabeza más radiosa que ha producido la patria literatura.

26—27 Abril.

INTERPRETACIÓN DEL SIMBOLISMO QUE ENCARNAN LOS SIGUIENTES PERSONAJES: DON QUIJOTE, SANCHO PANZA, EL CURA Y EL BARBERO.

LEMA: «LA VERDAD SOSPECHOSA.»

Interpretación del simbolismo que encarnan los siguientes personajes: Don Quijote, Sancho Panza, el Cura y el Barbero.

Obtuvo el accesit del premio del "Casino Artista Vitoriano,,

I

¿Qué es el simbolismo?

El ideal del arte es la realización de la belleza. Búscanla, el pintor con sus colores, luz desleida en tonos y matices; el poeta con la palabra, guardadora del pensamiento como de la perla la concha; el arquitecto con la masa y el bloque, de lineas representantes, que á significar una concepción más grande tienden; el músico

con el sonido, lo inefable tomando cuerpo en la nota que se engrana en el hilo de oro de la melodía abrazándose, con impulso de atracción, con otra, en el abrazo armónico; el escultor con la madera, con el mármol, con el yeso, pero abultándolos ya, moldeándolos, para darles más vida que la de que la arquitectura dispone.

El cielo material del hombre es lo hermoso; á él va como rayo de sol á las transparentes esferas, fatal, indeclinable, por la virtud de su propia esencia; va, movido al reflejarse pálido de aquella otra Belleza pura y sobrenatural, como los regatos á los ríos, los ríos á los mares; como el cometa á seguir la elipse de su órbita, frontera infranqueable de su peregrinación en el espacio; como el sediento tras el agua; como el amante en pos de la prenda de sus amores.

Y es que, misérrimos y débiles, á bañarnos en lo ideal tendemos, y la hermosura, claror ténue de divinas claridades, ofrécesenos, en el arte, como el oriente de donde surge la luz que, viniendo de arriba, ha de dorar las penalidades de la existencia.

Sí, hácia las esferas de lo hermoso se encaminan los artísticos afanes, lo hermoso real, lo hermoso ideal; da lo mismo, porque la hermosura no cambia de esencia y cuando se abate hasta nosotros es para poner en cuanto toca, rasgos y reflejos, pinceladas y tintas del foco que es su arranque y origen.

Mas la idea de lo bello es idea absoluta. Encierra un conjunto de elementos distintos, de *momentos esenciales,* á los que podemos llamar formas particulares del arte. Son éstas como el desenvolverse de las ideas que guarda en su seno la concepción ideal que es la ansiada cima á que los artísticos deseos quieren subir.

Ni el espacio que pide el desarrollo concreto del tema, ni el temor de franquearlo, déjanme divagar sobre ese punto. Basta decir que esas formas particulares de arte cristalizan en el simbolismo, el clasicismo y el romanticismo y que si se las considera como instantes ó caracteres de la vida de estos ó los otros pueblos, ninguna puede prescindir del realismo, como no se respira sin aire, ya que él es tal, que imponiéndose con la verdad, con la que se identifica, nutre, prestándose á que se le interprete, tuerza ó disfrace, á simbolistas, clasicistas ó románticos, pero en el fondo queda inmoble, de igual manera que no desaparece, aunque se transforme, el suelo que nos sostiene y en que nos apoyamos.

No se habla aquí, no se olvide, de escuelas literarias; de divisas de grupo; de pendones capaces de mover á sus adeptos al combate. Tómanse las expresiones dichas en una acepción más general: como momentos del existir artístico; como artísticas fórmas adoptadas en sus creaciones más por colectividades que por indivíduos; más por pueblos que por grupos de hombres; más por géneros literarios, según lo que por peculiar naturaleza exigen, que por esta ó por la otra producción revistiéndose de galas que quieren ser ó simbólicas ó clásicas ó románticas.

Al fin y al cabo, eso es verdad, las escuelas artísticas no pueden inspirarse, dentro del sentir que cada una adopta, sino en preceptos y doctrinas que la naturaleza les da por ellas interpretados á través del punto de mirar en que se ponen.

Uno de esos momentos es el simbolismo; ¿qué es él? Si hemos de querer penetrar en la ficción simbolis-

ta de algunas figuras quijotescas, lógico nos parece meternos en el campo del simbolismo para conocerlo.

El símbolo, refiriéndome á Hegel, es un objeto sensible que lo tomamos no en sí y como se ofrece á nosotros, sino en un sentido más extendido y general. Hay, pues, en el símbolo dos términos: el sentido y la expresión.

El primero es concepción espiritual; el segundo un fenómeno sensible, una imagen que afecta á los sentidos.

Así considerado el símbolo, es un signo, pero se diferencia de los del lenguaje en que la relación que hay entre la imagen representada y la idea que representa es natural, y no arbitraria ó convencional. El león, por ejemplo, es símbolo del valor porque esa cualidad no le falta; podemos representar á la eternidad por un círculo porque esta figura geométrica, ya trazada, no tiene principio ni fin.

Visto así el simbolismo ¿no se nos ofrece como algo misterioso y enigmático, algo obscuro que requiere una interpretación, algo que pide que se le descifre, que se le despoje de su disfraz?

Pues qué, cuando se demanda en este tema que se desentrañe lo que ocultan, en íntimo contenido, *Don Quijote, Sancho, el Cura y el Barbero* ¿no se desea que les desnudemos de las ropas que ostentan para mirarlos en su ser natural, *no como son,* realmente, sino como una crítica *sui géneris* quiere que sean? ¿No hay misterio y enigma en esconder la propia personalidad para lucir otra?

Si el acierto ayuda á lo que anhelamos, de sobra hemos de ver que no hay símbolo alguno en los perso-

najes cervantinos, mas antes creemos preliminar indispensable discurrir un poco sobre el simbolismo para ver si de ese discurso deducimos la tesis de nuestra probanza.

Distingamos entre los símbolos: los hay creados por el hombre, premeditadamente, *á priori,* pudiéramos decir, para representar ideas generales, vagas, abstractas, cuya materialización es difícil: ideas, en otros términos, que para darles plasticidad se hace preciso poner lo que es como su esencia vistiéndose de formas sensibles. Y hay otros, en cambio, que representando lo que representan, y no otra cosa, exponiéndose á la consideración unánime como lo que son, interpretándose por todos en el nudo explicarse que tienen claro y patente, no faltándoles su carácter distintivo, pasan, sin embargo, á ostentar otro más general, universal á veces, siendo símbolo vivo, concreción cifrada de ideas muy grandes ó de aspiraciones mayores aún. La *Fe,* la *Victoria,* como los escultores las representan, son símbolos de la primera clase; al tallarlas se preconcibe el sentido que guardan y se tiende á la *materialización* de la idea, impalpable, etérea que en ellas vive. El simbolismo de *Don Quijote de la Mancha* puede ser de los de la segunda clase, porque se deduce del pensamiento general del libro; de su venturosa composición; del feliz encuentro, que no repugna el íntimo consorcio, de las figuras principales; de la idea, repitiendo la palabra ya que no hay remedio, que flota en aquellas páginas deslumbradoras como si con fúlgida pedrería estuviesen escritas.

Y esa labor, cervantesca es, sin duda, pero la interpretación del símbolo, nacido del acierto del genio,

viene á *posteriori,* no es creado intencionadamente como aquel del escultor que venda los ojos á la *Fe,* porque es esencial en ésta creer aun lo no visto.

Tan verdad es este aserto que Cervantes no tuvo jamás que explicarnos símbolos de su obra inmortal; los propósitos que le animaran al componerla dícelos bien claros.....; claros, también, y perceptibles sin estrujamientos cerebrales, fueron para los innúmeros lectores que el *Quijote* ha tenido.

Ni podía ser de otra manera; el simbolismo canta pobreza de expresión; la del libro simpar es exuberante y vigorosa; el símbolo pide un entendimiento agudo que lo explique; la novela sin segundo compréndenla sin trabajo cuantos la leen; lo simbolizado se representa equívocamente; en *Don Quijote* el equívoco nacerá, si acaso, de riqueza expresiva, de una pujanza tal en su significado que generoso se prestará á que se le desfigure y corcove. Es como esos árboles cargados de fruto que inclinan sus ramas á la tierra buscando un apoyo al peso que las agobia.

No, el simbolismo quijotesco lo han imaginado eruditas elucubraciones, afanosas de torcer la transparente y diáfana interpretación de la obra; el pueblo, y ha hecho bien, no ha visto en ella más que lo que tiene como tesoro inagotable y rico ¡que ya es bastante! y si, por común sentir, viene á exhibirse como símbolo universal y eterno, póngase ese mérito en el haber de sus excelencias, pero no la empequeñezcamos empeñándonos en ver en cada una de sus figuras una representación distinta de la que ostenta ni más ni menos que aquellos minúsculos diosecillos que merecieron la terrible ironía de Juvenal.

Ni ¡cómo en la miseria del símbolo iba á caer Cervantes, cuando es éste la misma opulencia, y pletórico de dones puede sembrarlos á granel en escenas varias y sin cuento, en la concepción de múltiples personajes, en la sencillez de un asunto que no declina ni en interés se interrumpe, en el abundoso verbo que se derrama magistral en sentencias, en frases de oro, en pensares profundos, en sentires exquisitos!

Porque, veámoslo, el simbolismo, en lo substancial, es pobreza; pobreza de medios para expresar una idea que no encaja, por grande, en los moldes á que se la quiere sujetar.

Pues qué ¿disponen de los mismos grados de expresión las bellas artes todas? ¿No se atan más cuanto menos capaces son de expresar la hermosura? ¿No tenemos por más simbólicas á las que no gozan de un rico y múltiple manifestarse en formas?

Mirad, por ejemplo, cómo se interpreta el espiritualismo cristiano en la catedral gótica, voz muda para muchos espíritus y cuál sublima esa idea un párrafo de la arrebatada elocuencia de Castelar; ved cuántas veces la escultura apela al símbolo y cuánto es más fácil para la poesía, si en ocasiones no tan elegante ó delicado, prescindir de él.

El símbolo en la arquitectura es informe, incompleto; se lo suelen dar adornos, signos ó rasgos que las otras artes le proporcionan y que la convención establece. No busquéis en ella más que ideas muy generales, como las de grandeza, de serena hermosura, de riente gracia.

En la escultura se sutiliza más el símbolo que, aparte forma de expresión, viene á ser el mismo que los

pintores emplean. En la poesía, en medio de la inopia de lo representado, es más abundoso, más rico.

Y ved cómo la música, si es símbolo alguna vez, no lo es, á no ser por artístico acierto, como preconcepción, sino por venir á adaptarse á los credos ó al sentir de aquellos qne patrocinan un canto dado para estandarte de un partido ó de una comunión de ideales. Así el *Coral* de Lutero, la *Marsellesa,* los himnos sacros, nuestro ardiente de Riego. Y es que la música, soberana de la expresión, pero de la vaga é indecible, de la que se desvirtuaría queriéndola concretar, no necesita del simbolismo por no tener que representar ideas determinadas.

Tiénenlo las que quieren expresarlas y no pueden hacerlo por formas sensibles; por eso menudea en las artes que se llaman del espacio porque no siempre se acomoda el pensamiento, que ha de materializarse, al color, á la piedra ó al mármol que lo materializa.

No se acude al símbolo sino por pobreza de medios ó por enrarecerse del aire en que la idea debe volar. Así son simbólicas, para las artes todas, aun las más libres, como la poesía, las épocas en que la libertad se coarta, que es preciso el disfraz del pensar para que no asuste á los tiranos; y lo son, también, aquellas orientales en que la idea de individualidad aparece como absorbida y negada por el esplendor de la Naturaleza, refulgente y áurea; por la grandeza de la primera gerarquía social, queriendo ser reflejo de la omnipotencia divina; por el agobiamiento panteista que se desenvuelve con profusión en varias manifestaciones de la esencia única.

Vedlo en su arte todo, en el Egipto, especialmen-

te, emblema de esos pueblos, y decid si el símbolo no descuella allá en las rigideces de sus estatuas y en los animales sagrados, en las pirámides monumentales y en las esfinges misteriosas, en los geroglíficos y en el pensar ocultándose tras de formas que no son las de expresión recta y clara.

Pero hay más, todavía; ved las especies, pudiéramos decir, simbólicas, que dentro de un género literario se dan, de un subgénero, como queráis, porque no se trata ahora de delinear clasificaciones, y tendréis delante la fábula, la parábola, el apólogo, el proverbio; y las miraréis apuntando el símbolo, en el enigma, en la metáfora, en la imagen, primorosos ornamentos formales, sí, mas también, prescindiendo de su innegable artístico valor, reñidos, si se fuerzan y aguzan, con la naturalidad en el decir.

Y es inútil que en esa fábula, en ese apólogo, en la parábola, queramos deslindar, sin que se toquen, fines que del arte literario son exclusivos y otros que tiene por extraños; no los separaréis sin que el producto se desnaturalice: he ahí, pues, cómo el símbolo guarda un oculto sentido, cómo es disfraz que desfigura la idea, cómo quiere expresar lo que, por lo que representa, no se le vislumbra; cuál indica ó inopia de medios de exteriorizar aquella ó afán de velarla pero con velos, aunque tupidos, en ocasiones, que alardean de traslucientes.

No se me oculta que el simbolismo puede descansar en necesidades del espíritu; en las que éste tiene de bucear en lo desconocido ó ignorado para deleitarse con el placer de la busca, pero ha de notarse que no quiere gasas la belleza y que es irrisorio velar la clásica de la Venus de Milo. La hermosura se impone por su

virtud que avasalla, que vence desde el primer momento: podrá aumentarse la intensidad del deleite estético cuanto más se contemple la obra hermosa, pero ¿qué belleza va á ser la que resulta de considerandos como los de judiciales procesos, ó cómo vamos á apreciarla si para llegar á ella es preciso un análisis descomponente ó un trabajo investigador que casi requiere, como en las Matemáticas, el manejo de las tablas de logaritmos?

Por otra parte, cuanto al símbolo afecta tiene que ser muy subjetivo. Nadie ve mejor el lazo con que anuda la idea y su signo que aquel que lo ata. Esto puede explicar lo difícil y equívoco que el simbolismo es para su interpretación, y obra tan real como el *Quijote,* por la misma realidad aireada, apenas si se comprende que se refugie en los senos misteriosos de la mente del autor que la creara.

Esa misma razón hace que sea poco independiente el arte simbólico. Por necesidad, en mi sentir ha de apegarse á la idea, pero encarrilándola en una forma que la desfigure sin destruirla, que nos la muestre ocultándola, que la exteriorice en su esencia sin que de sus accidentes podamos traslucir nada.

Y un pensamiento como el de Cervantes, que corre generoso desde las primeras páginas del libro, que se desborda por él fertilizando cuanto toca ¿es posible que se enfrene y que cuidadoso atienda al imposible de ser y no ser, de mostrarse amplio y grande en el objetivo á que se encamina y tener otro diferente? Yo creo que no es posible y que su posibilidad por difícil ha de apreciarse.

Ya sé que, en Literatura, en horas simbolistas viven algunos. Pero el argumento viene á reforzar mi

afirmación. Lo esencial del simbolismo manifestóse siempre: en días de miseria de expresión, ó en días decadentes. En ese concepto de miseria deben incluirse los empeños de una falsa originalidad ó los pujos de un efectismo desvariado, y en los otros el afán de novar y aún el prurito de sobresalir á empujones de la extravagancia.

El conceptismo, lepra que extendiéndose por varias naciones nos castigó á nosotros; aquel gongorista retorcerse en alambicamientos y sutilezas ¿ no puede tomarse por el más enrevesado jugar al símbolo ?

Y hoy, hoy mismo, ¿ no proclama sus excelencias la escuela simbolista y da símbolos al Teatro, y á versos de cualquier número de sílabas y á las manifestaciones todas del arte ?

Pero miradlo bien: los simbolistas, y á los literarios me refiero ahora, piden, de ordinario, lo que no dan su técnica ó su ingenio, porque la palabra, pródiga suele ser en revestir la idea á que se le encamina. Descontentos de sí, cargan sus deficiencias á las que suponen en el idioma, y al exigirle lo que de su venero no saben sacar caen..... caen en la pobreza de medios de expresión á que antes me refería.

El arte debe ser claro, sincero, comprensivo para quien le contemple; cuanto más vislumbres de transparencia ostente, mejor será.

Es equivocación, la de creer que la concepción del autor, al encarnarla en símbolos, va á ser comprendida sin trabajo por los lectores ó espectadores, y si con afanes unos y otros llegan á alcanzarla ¿ dónde estará la emoción calológica, dispersa y difusa en el esfuerzo

mental para entender lo que, sereno y traslúcido, sólo deleite debiera producir?

Así ese teatro que no apasiona, teatro de ideas grande, filosófico, más saboreado en la lectura que en las tablas, que no establece la eléctrica corriente que va desde los personajes al público; así esos versos enigmáticos, obscuros, que más parecen logogrifos, anárquicos de preceptiva, que bellos decires ajustándose al áureo estuche de una forma rítmica.

Y no hablemos de otras manifestaciones artísticas que también están tocadas del mismo mal, en concausas distintas y no de este lugar, fundado.

¿Es preciso decir que al *Quijote* no le afecta ninguna de las anormalidades ó rarezas que se señala, que es en su comprensión total clarísimo, que no hay en él alambicamientos ni torceduras y que pretender desencajarlo de sus goznes es tarea tan insensata como las que acometió valiente el ínclito manchego de la famosísima novela?

Estudiemos, pues, otro punto en el aserto del tema.

II

¿Es necesario el simbolismo en el "Quijote"?

Supuesto el carácter del simbolismo ¿qué necesidad llena en el *Quijote?*

Arguye, hemos dicho, pobreza, escasez, falta de recursos para la expresión fiel de la idea. De esas míseras contingencias que tanto le abrumaran en su existir, en el literario no adoleció Cervantes. Por el contrario, sobrábanle aquellos hasta para darlos á quien los necesitase.

El empeño de no ver más que sombras donde solo hay luces y fulgores, el afán del hallazgo de sentidos ocultos donde ni aguzando afilada la mente se encuentran, ha venido á sembrar la discordia donde todo era paz y armonía.

Bien que, poniendo el tanto de culpa, que pudiéramos llamar inconsciente, á los amadores apasionados y sistemáticos de todo lo cervantesco, la verdad es que el fenómeno debe achacarse, principalmente, á la universalidad estupenda de la obra del mayor de nuestros escritores.

Pasma mirar cómo por cada una de sus facetas es igualmente grande, y con su magnificencia, hasta para ser sujeto de fantasmagóricas opiniones y de caprichosas teorías se presta pródiga. ¡ Tan marcada está por el sello genial de su autor !

Pero que esas fantasías descansen en la realidad, ya es otra cosa. Ocurre con el *Quijote* lo que con esos imperios, señores del mundo, que cuando soberanos lo huellan, empéñanse en dar origen sobrenatural y maravilloso al pueblo fautor de tantos prodigios. Y así con aquel : para su esplendor y nombradía no creen los que fanáticos le comentan que cuadra otro nacimiento que no sea distinto al que preside á casi todas las literarias producciones.

Porque ¿ hasta dónde son necesarios los símbolos, en la sin igual cervantina ?

« Que el objeto principal y primero que Cervantes se propuso,—copio al Sr. Asensio,—al escribir la historia del ingenioso hidalgo, fué en *todo él hacer una invectiva contra los libros de caballerías* sin mirar á más *que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo* tenían los tales libros, nos lo dice expresa y terminantemente el autor en el prólogo de la obra » y añade luego el ínclito *Manco :* « En Sancho Panza, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles

que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. »

No sé si puede encontrarse un testimonio más fehaciente que el del autor, al poner claro y sin máculas el propósito que al escribir el *Quijote* tuviera.

¿ Se lo torcería ya algún malandrín en el espacio que medió desde el publicarse de la primera parte y la segunda ? Algo de esto parece indicar aquel sabrosísimo coloquio entre *Don Quijote, el Bachiller Sansón Carrasco* y *Panza* cuando al comentar la aparición de Cide-Hamete-Benengeli como historiador de aventuras quijotescas, refiriéndose al primer tomo de su obra dice Cervantes por boca de Carrasco que *es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella : los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran* y prosigue que es *trillada y leída y sabida de todo género de gentes.* ¡ En verdad que es empeño de buscar enigmas donde no los hay !

Fray Luis de Granada, Malón de Chaide, Fray Luis de León, Guevara, Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, escribieron contra los libros de caballerías. Preocupación social, pudiéramos decir, debían de ser ellos, cuando así movían la voluntad y las áureas plumas de varones tan ilustres como los citados. Más venturoso Cervantes, logró por el ridículo, por la zumba, por el filo agudo y cruel de la ironía lo que sus compañeros en la república de las Letras no lograron con la persuasión, con el pensar severo, conminando ó doliéndose del propagarse de la cizaña destructora.

Ahí está, pues, patente, el objetivo cervantesco. De lo que los símbolos significan y de cómo deben interpretarse, nadie puede saber más que aquel que los

crea. El autor glorioso ni descubre ocultos sentidos en su novela ni se percata de que puede haberlos. Tómala cual es, cual la toma el público que la lee, porque, cayendo en tantas manos que gustosas la acariciaron, en pocos hombres nació el pensamiento de que tras aquella acción fácil y sencilla, desde su principio llevada á un fin claro, se guardaba otra misteriosa, escondiéndose, como si cada figura que la realiza fuera preciso que tuviese doble ó aun triple personalidad.

Ya sé que las alas del genio, que ¿quién contiene al águila altanera en los espacios? fueron más allá de donde quisieran; ya sé que Cervantes sobrepujó el propósito de matar los caballerescos libros, pero tal efecto logrólo aún sin desearlo ni saberlo, por un proceder necesario y lógico, ya que todo el alcance transcendental y filosófico que la obra tiene, grande, estupendo, surge por virtud de la manera y de las condiciones con que el autor realizó su pensamiento.

Lo que hay es que los pequeños sólo cosas mínimas y misérrimas podemos producir; al paso que los escogidos, los preeminentes, alguna vez, por lo menos, dejan marcada su garra de león en las labores que acometen. Homero, el Dante ¿pensaron en la transcendencia universal y perdurable que iban á tener *La Iliada* ó *La Divina Comedia?* Acariciaron, sin duda, la idea que las informa; se identificarían con ella; la extendieron, desenvolviéndola completa en sus manifestaciones todas; contemplaron las hermosas síntesis,—marcos que guardan épocas ó periodos,—que comprenden, mas ¿vieron, por vates que fueran, que iban á convertirse tales peregrinas creaciones, en el desideratum del épico alzarse, en la vasta concepción que suponen, en la

perfección poemática, exquisitamente labrada y con torrentes de luz encendida por el claror divino del genio?

El acierto, el acierto en la total ejecución de la obra, desde que se concibe hasta que se produce, señala esas cimas, de esplendores llenas, á donde á muy pocos les es dado subir. Pues qué, si no ¿cómo no habíamos de pretender todos dominarlas y bañarnos en el zénit sin poniente de sus soles? ¡Ay, si á la voluntad la acompañaran siempre las condiciones indispensables para subir muy alto entre las luminosas é inextinguibles esferas!

No, la tendencia, el fin cervantinos, están bien determinados; el prodigio, que así puede llamarse, de producción, ha puesto luego á *Don Quijote* todo lo que es, su filosofía, tan humana y tan inmensa; su labor de destruir ficciones y embustes; su diáfana visión de la vida, con su fondo real y sus ideales anhelos; su retrato admirable de caracteres y costumbres; su crítica acerba de los andantescos pensares; su trasplantación, en resumen, al libro, de la humanidad produciéndose con sus flaquezas, con su virtud, con sus vicios, con el aliento de Dios oreando su frente.

Innecesarios son, pues, los símbolos, en la novela famosa. Si los creamos la ensombrecemos; harémosla confusa cuando es la misma claridad dándose fúlgida por toda ella.

La labor de los cervantófilos, inmensa, plausible, en España ha tendido más á husmear en cuanto á Cervantes se refiere que á meterse en el hondo pensamiento de su *Quijote*. El libro que trate de él, dice un crítico moderno, no se ha escrito aún. Y si se le profundizase como merece, si se le descubriera no en pretendidas fi-

guraciones sino en el sublime pensar que por él corre, quedaría limpio, de seguro, de esas sombras simbólicas á las que es necesario rendir y vencer como á los gigantes y follones que trastornaron el mejor de los entendimientos literarios y el juicio más seguro que España ha dado nunca.

No hay nada que se esconda en *El Quijote,* como no sean los ricos filones de oro puro, próvidos, inagotables, aún no descubiertos.

Mas han pasado aquellos días en que se quisieron ver sentidos ocultos donde no los hay, donde no deben encontrarse.

« No ha sido otro mi deseo, escribe Cervantes, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna. »

Repito el argumento del propio autor porque no hay otro que más valga; él, sin otra ayuda, debe barrer la niebla del engaño.

¡ Si tendrían fuerza los *encantadores* del hijo ilustre de Alcalá cuando hasta lograron que se creyese algún tiempo que el *Buscapié,* clave para descifrar el *sentido oculto* del *Quijote,* habíalo escrito Cervantes ! Don Cayetano Alberto de la Barrera, y los señores Gayangos y Vedia demostraron, con la falsedad del *Buscapié,* en 1848 publicado por Don Adolfo de Castro, la del aserto que combatimos. Y de igual parecer, opuestas á ese encubrimiento no probado, son opiniones tan valiosas como las de los señores Tubino, en su *Cervantes y el Quijote ;* Valera en un maravilloso discurso ; Canalejas en

otro también admirable, y muchos más que el citarlos sería prolijo.

Ni ¿qué falta hacen, con las pretensiones de algunos, que haya en la obra, obscurecido, un fin político ó religioso?

¿Cabe que fuese aquella una sátira contra las empresas de Carlos I ó del duque de Medina Sidonia, como también se ha dicho?

Para otros es el *Quijote* una semibiografía de su autor y aún una venganza, discurren, contra los vecinos de Argamasilla, cuya cárcel se supuso que fué prisión cervantesca.

La crítica ha barrido la leyenda de la casa de Medrano pulverizando, á la vez, otros pensares sin apoyo alguno real.

Quién ve en la novela una burla á Juan Blanco de Paz, al que se le atribuyó, también sin fundamento probado, el falso *Quijote,* por tener á ese religioso por enemigo de Cervantes; quién pone en éste una irónica zumba contra el honor castellano.....

Los disparates suelen enredarse como las cerezas en banasta y si unos creen que en el hidalgo se personifica la clase noble y á la plebeya en el escudero, no han faltado los que ajusten á aquél ideas republicanas á la moderna, haciéndole radical y revolucionario. Estos dan nombre, que en la vida les corresponde, á los personajes que son creación de la mente; aquellos arguyen, para su probanza, que Cervantes propúsose presentar, en antagónico cuadro, la idealidad y la realidad.

Y ¡la serie de hipótesis imaginadas para explicar la áurea red de hazañas y aventuras que llenan el libro!

No ha de negarse ¿cómo? lo que la realidad po-

ne en la labor de componer figuras, trazar la acción y urdir escenas. Precisamente lo que no se apoya en la vida, muere falto de jugo, marchito, sin lozanía y sin verdores. Y el gallardo vivir de nuestro libro, perenne, inconmovible á través de los tiempos, más robusto y fuerte que antes, ahora, dícenos claro que Cervantes lo perjeñó saturándose del realismo sano, vigorizante, que por todo él campea, que no desdeñó la realidad, que abrevó en ella para hacer la obra literaria más humana que pedirse puede.

Es decir, no se niega que sucesos de la vida sirviesen, desfigurados, para base de aventuras y hazañosas empresas; piénsase, por ejemplo, que aquella de los *encamisados* nace de lo acaecido en la traslación del cuerpo, en cenizas, de San Juan de la Cruz desde Ubeda á Segovia; no se niega, ni puede negarse, que estos ó los otros tipos se apoyen en algunos por la realidad presentados.

Ese trabajo de recomposición, aunque crea, de ajuste de elementos de aquí ó de allá cogidos, hácenlo siempre el poeta, el literato, y no irá la fama con quien no le realice, pero de eso á imaginar sátiras donde no las hay, intenciones recónditas donde no parecen, alcances misteriosos y retratos hipotéticos, es ponerse en parangón con el pobre loco de la Mancha y ver jayanes que asustan en los batanes, en los molinos gigánteos brazos y en apacibles carneros ejércitos furiosos que á destrozarse van.

La virtud del *Quijote,* también irrestañable, ha sido tal que ha trastornado los sesos, como aquel sol de las llanuras manchegas al Hidalgo, á no poca gente. Porque desvariada debía de estar para empeñarse en

que la luz es sombra, noche el día, obscuridad lo claro y confusión lo que se muestra patente y perceptible no ya á inteligencias avizoradas y agudas sino á las débiles de los niños y á las de présbita pensar de los ancianos.

Quédese, pues, en que Cervantes aprovechó aires de vida para insuflar, permítase la palabra, aliento que no muere, á la mejor de sus obras; quédese en que trazó figuras y delineó escenas con fragmentos de unas y otras que la realidad le diera; que el procedimiento de composición artística tiene esas legítimas y naturales exigencias, pero no tergiversemos, por Dios, y no llamemos á esa tarea, simbólica, porque ni lo es ni puede serlo.

D. Antonio Cabanilles, en gráfica frase, dice que el *Quijote* salió *espontáneo de la cabeza* de Cervantes, y si sujeto hubiera aparecido éste á símbolos y monsergas semejantes, de seguro, por lo que más arriba decíamos, que no se hubiese mostrado tan independiente como supone *sacar de la cabeza* sin esfuerzo, sin apreturas, sin fatigas, una concepción tan vasta y grandiosa como la que nos ocupa.

Gracias á que, y me repito, tal cortejo de intrincadas suposiciones y de inextricables laberintos, va siempre con los frutos más ópimos y sabrosos del humano ingenio.

Extraña, á primera vista, que de un asunto, al parecer pequeño, se sacase los resultados que el libro produjera; que una acción que corre plácida y sin enmarañamientos, interese y agrade tanto; que del propósito de desbaratar una literatura malsana surja un alcance tan poderoso como el abarcar á la humanidad entera; que de dos simples retratos se logre la fusión, en felíz consorcio, de lo que es la vida toda.

Pero débase eso á la facundia de inventiva del escritor, y á la misma naturaleza de la obra, porque siendo la caballería, en lo que tiene de esencial, hermosa aspiración á lo perfecto, á la idealidad, tanto el hombre se connaturaliza con esos sentires, que, dado el asombroso desarrollo de la fábula quijotesca, ni choca que alcanzara interés inmenso, que hoy no le falta, ni que la humanidad se viera reflejada, en su constante vivir, en ese de que son polos el espíritu inmaterial del hidalgo de la Mancha, y la materia egoista del donairoso escudero.

Y ¿no es más fácil ver en el libro lo que espléndido da, lo que ni esconde ni guarda, lo que pródigo ostenta, que meterse por torceduras y recovecos para acechar en él disfraces, enigmas, esfinges y símbolos?

Hora es, ya, de que éstos caigan para siempre. Alabemos la crítica quisquillosa que ha depurado el valer del libro sin segundo; alegrémonos de que puntillosos extremos nos hayan traido al de ver en el *Quijote* una obra muy grande, que enseña de todo, y que, su mayor mérito, substancia, en imponderadas páginas, todo el humano vivir: triste, alegre, vario, chistoso, penosísimo, apegado á la tierra, queriéndose sublimar á los cielos, ruín en sus acciones, magnífico en sus intentos, *quijotil,* en una palabra, buscadora, como la valva de su compañera que cierra la concha, de aquella otra, *pancesca,* para que juntas sean como el broche y cifra que simbolizan la existencia humana.

Pero no busquéis otros símbolos, al menos como propuestos por Cervantes al engendrar su obra; los que encontréis, sacadlos de la trascendencia filosófica y social del *Quijote,* asombro de los siglos.

III

¿Cómo podrían simbolizarse algunos personajes del "Quijote"?

Marcaba antes la diferencia entre el símbolo prestablecido y aquel que nace, *á posteriori,* de una semejanza ideal entre lo que encarna y el signo encarnado. La relación, siendo convencional en ambos, en el segundo es constante, no en el primero porque puede cambiar.

De los prestablecidos creo que no hay ninguno en el *Quijote,* pero que sí puede haberlos de los que atisba la humana mente en personajes que vienen á ser como la significación arquetipo de lo que representan.

Es decir; no creo que *Don Quijote* sea Carlos I,

como no me opongo á que se le tome por símbolo de los altos ideales que abriga nuestra alma. No puedo negar que hay símbolos que se premeditan, como la media luna significando el islamismo, por ejemplo, mas no me es posible conceder que de ese género, encajonándose, por así decirlo, en cada personaje del libro, sean los símbolos quijotescos.

El símbolo existe siempre; es una necesidad de nuestro espíritu, una cadena etérea que junta nuestra imaginación con dos objetos, uno como idea, como signo otro, en virtud de una relación que entre ellos halla. Esa necesidad, como en la expresión del símbolo en las artes plásticas, indica, á la postre, pobreza; si algo hay que conceder, para estar en lo cierto, á un plácido deleite intelectual resultante de encontrar semejanzas remotas entre cosas que al parecer no la tienen.

Sí, el símbolo no puede negarse; todos los grandes caracteres son símbolos de virtudes ó vicios, de méritos ó flaquezas. El Cid, Salomón, Santa Teresa, Job, San Vicente de Paúl, personifican el valor, la sabiduría, el estático arrobamiento, la paciencia, la caridad..... Shakespeare, en su Teatro, tiene símbolos; no le faltan á Calderón. ¿Los crearon ellos, aún acumulando en sus tipos, en *Otello* aquél, por ejemplo, todas las cualidades del celoso, y nuestro poeta en su *Pedro Crespo* las inmaculadas preseas del honor castellano? Los crearon, sí, pero del acierto artístico, del acabamiento perfectísimo de las figuras, depende que ellas sean como símbolos no *prestablecidos* sino consagrados por el común sentir de la humanidad que ve, en el moro de Venecia á todos los celosos; en el Alcalde de Zalamea al exacto y fiel guardador de su honra que es..... de Dios.

Y es que esos modelos, esos tipos, esos símbolos, si queréis, son ante todo y por encima de todo, personalidades amplias, grandes caracteres, indivíduos vivientes, palpitantes, humanos, que acumulan en sí la representación de grupos inmensos, de colectividades numerosas.

Lo mismo con *Don Quijote;* puede ser el ideal, porque aunque así se propusiera crearlo, el acierto le acompañó en su empeño; pero no puede ser Medina Sidonia ó Carlos V de Alemania, sino en la mente de quien tiene el capricho de concebirlo de ese modo.

Algunos puntos y aspectos de *Don Quijote*—el libro—son simbólicos porque son muy de hombres, pero rechazan todo simbolismo premeditado en cuanto esos mismos hombres, sin esfuerzo, sin trabajo, no vean en ellos clara y perceptible la significación que se pretende que tengan.

La luz será siempre símbolo del día; la noche se simbolizará por las sombras y la negrura, pero no penséis, por ejemplo, en el color que simboliza el duelo de la muerte porque no es el mismo que nosotros tenemos en otras naciones orientales.

Resumiendo esta larga disquisición que yo querría que fuese tan clara como la hermosa novela cervantina. Allí donde la fantasía concibe y la razón establece un lazo, que pudiéramos decir natural, estrecho, permanente, entre la idea y su signo, el símbolo subsiste; hasta lo recóndito, que es su esencia, parece que se ilumina para aclararse; donde esa atadura sea floja, de circunstancias, resultado de un punto de vista de quien la establece, el símbolo vive anémico, ambiguo y prestándose á varias y equívocas interpretaciones.

Y vedlo; ¿cuántas no son las figuraciones respecto al simbolismo quijotesco? ¿no hemos mentado unas cuántas?; pues no está libre, el inmortal monumento, de que una imaginación calenturienta sueñe aún con requilorios y embrollismos de ese género.

¡Qué más! ¿Conviénese por unanimidad en la interpretación de los que se suponen los mayores símbolos del *Quijote*? ¿No tomarán unos á *Sancho* por la imagen del interés y otros por la del egoismo; no lo diputarán éstos por prudente y aquellos por juicioso?

Pues ¡véase lo fuertemente atada que estará la idea á su signo, cuando así, la relación que á ambos junta, se interpreta con tan encontrados criterios!

No, no hay símbolos en el *Quijote* ni hacen falta. Si los hubiera tenido no habría sido tan popular, tan inmensamente popular la obra; no haría, copiando un pensamiento de Enrique Heine, reir á los niños, pensar á los hombres y llorar á los viejos.

Comparadla con el Teatro simbólico de estos días; ponedla en parangón con las de Ibsen y Bjorson, por ejemplo; veréis qué alboradas más rientes en una, en las otras qué frío de invierno hiperbóreo; qué lúcida aquella, éstas qué arrebujándose en sombras densísimas; qué color tan sano el de la primera, qué matices vesánicos y morbosos los de las segundas.

Y miradlas á todas y veréis cómo la cervantesca, que á nadie deja de ser asequible, es gustada y paladeada con fruición y cómo las de países extraños—que aunque no son novela vienen á constituirse en simbólicas producciones de moda—en lo que de más grande tienen, en el nimbo hermoso que las circunda, no llegan al público, obligado, en su mayoría, y es lógico, á contemplar

una acción pálida y yerta, al saboreo artístico de la cual no alcanza.

Y es que el arte es demócrata, gusta de las multitudes, se codea con ellas, quiere su inspiración, desea que lo comprendan fácil.

Obra que necesite una menuda interpretación, que requiera glosas, que exija que se la entienda, que demande comentarios, como un Código, en la esfera del arte no tendrá las auras vivificadoras del pueblo. Que ¿cómo éste va á deleitarse en la belleza que impresiona á *plazo ultramarino,* para no salir de textos de Cervantes? ¡Pobres de las rosas si notásemos su fragancia quince días después de haberlas olido! Pues así, como la esencia de ellas, debe ser la artística; exhalarse y triunfar ha de ser todo uno y la misma cosa.

Una larga disertación sobre esto, que no encaja ahora, explicaría cuestiones artísticas, en pintura, en música, en ornamentación, en literatura, muy en boga y muy manoseadas.

De los prestablecidos negamos, pues, que haya símbolos en el *Quijote.* De los otros, de los consagrados, de esos que se funden al calor de la personalidad ó del carácter que los representa, bien puede haberlos.

Discurriremos aquí sobre los cuatro que en el tema se piden para llenar las condiciones que requiere.

DON QUIJOTE

Es el hombre todo, pero el hombre ángel. Un hombre apegado á la tierra por necesidades corporales,

por moverse entre sus semejantes. Un ángel por los altos vuelos de su alma, por sus aspiraciones ideales. No es el ideal, quiere el ideal. No es el ideal, porque desvaríos del juicio empañan su mente, pero tanto al ideal se sublima que si grande es cuando acorre doncellas, y ampara viudas, favorece á los débiles y de los menesterosos es protección, lo mismo se agiganta al discurrir lúcido sobre la falacia de la vida, los engaños de la existencia y los mil motivos de razonar que en su torno se le ofrecen.

No quiere mal á nadie, hace bien á todos, es misericordioso, desinteresado, castísimo, cumplidor de sus deberes, guarda fiel de su honra, con la religión de su oficio se sujeta al suelo, con la alta del espíritu asciende hasta Dios. Asendereado y molido, el ideal le anima, aquel su amor más pulquérrimo y puro que el de todos los amadores. Que no haya para él malandrines ni encantorios, vestiglos y quimeras y contemplaréis la figura más perfecta que concibiera mente humana; no tratéis de disuadirle de que es ficción el mundo de los andantes caballeros y se os postrará cortés, rendido, galante como la flor de la cortesanía y del respeto social.

Es demasiado para hombre; flaquezas humanas tiene que hasta de aquel imponderable y desmedido valor son motas grises, pero llegad al final del libro, á la muerte sin muerte del héroe, perdurado y perenne y le veréis divinizarse, sublimarse con aquel fin de vida ejemplar y maravilloso por lo que el arte cervantino ha puesto en él.

Veo más en *Don Quijote* la figura humana grande, colosal, que el símbolo en ella. Puede ser, siempre, símbolo de la virtud acrisolada; del valor indomable que

audaz se atreve hasta con imposibles; de la generosidad en cuantas aventuras arrostra, pues por amor al prójimo, para librarlo de mónstruos y malsines, las lleva á cabo; de la ingratitud del que recibe beneficios cuando los galeotes le apalean; de la firmeza en el querer al no confesar, en tierra vencido por el caballero de la Blanca Luna, que haya mujer más hermosa que su Dulcinea; de la abnegación, lanzándose al ajetreo de la vida aventurera; de la fe cristiana en ese su inefable despedirse del mundo terreno.

No cabe, no, en los términos y límites del símbolo; son muchos los que en él resplandecen.

Por el ideal se le toma, generalmente, pero más parece que lo es Dulcinea, forjada con nieblas que disipa el viento del vivir..... Ese ideal es el que orienta al hidalgo esclarecido, tras él va..... Para el Sr. Unamuno, en libro reciente, la amada de *Don Quijote* es la gloria. Ahí tenéis otro símbolo que más conviene á mi modo de pensar.

La gloria, un algo impalpable, una aspiración infinita, mueve al héroe y es el resorte de todas sus acciones. Por eso es tan real el tipo, tan humano; porque entre las vilezas de la carne, entre sus egoismos, entre ese su feroz delatarse como materia bruta, duerme espiritual, intangible, ese *quid divinum* que nos da alas para volar y que pone en nuestra inteligencia chispas de fuegos celestiales.

Don Quijote es la sed de lo infinito que, sin prescindir de Dios como á quien el más alto mirar puede dirigirse, se enlaza por esencia y potencia, con corazón y voluntad, por sentimiento y por claro vislumbre, á un ideal tan supraterreno que cuanto más á él nos acerca-

mos más se desvanece..... ¡como todos los ideales, á la postre, más vivos por el deseo y la ilusión que en la realidad que les nutre!

Y en ese anhelo infinito, abroquelándose en el ideal, la alteza magnánima é insuperable de la talla cervantesca. Porque ese desear, avaro é inextinguible, anida en nosotros como algo que nos es inherente, que nos es ingénito, que vive con nuestra vida.

Por él, el soldado va á recibir el beso de la Gloria en la trinchera donde la Muerte le aguarda: y el químico se recluye en su laboratorio, en silenciosa campaña contra ese morir del que suele ser víctima; y el poeta vierte su inspiración en estrofas de oro; y el pensador se arranca en pedazos el cerebro para dejarlo en fórmulas intelectuales y en problemas científicos y ¡qué más, hasta el anarquista desprecia su vida al concluir con la de semejantes suyos, sólo por buscar un oreo de fama y una mirada de adoración en los altares de su culto!

¡Ese, ese es el hombre! ¿Queréis símbolo en *Don Quijote?* Pues que lo sea completo, perfectísimo, de la humana perfección. Con barro mortal, con espíritu divino; con masas de músculos y redes de nervios, pero también con aéreas cadenas que le suben á lo alto; con brazo que rinde, mas con corazón que ama; con lanzón que perdona al *caballero de los Espejos,* pero con aferramientos que, en espera de la muerte, impide que ante el de la *Blanca Luna* exhale el alma un sentir que no siente..... Así es el hombre; por eso lo encarna tan bien *Don Quijote.* Otros héroes de novelas ó dramas, son solo amadores, ó celosos, ó imagen de la duda, ó significación del valeroso ardor; ó son malvados ó son de la

avaricia tipos; personifican una cualidad; intensivamente, por abundancia de don, la cantan en sus hechos. Mas nuestro Hidalgo, aparte debilidades fútiles, es todo lo bueno, es todo lo grande, es todo el hombre ángel comportándose, ya lo he dicho, como hombre á secas, porque entre hombres vive.

Se dirá que no hay hombres así; al ser mezcla de virtudes y vicios, estos desencajarían de un personaje del ideal enamorado; por eso es real la figura y por eso, si ha de ser símbolo, lo tengo por de las bondades del alma, por el de sus más eximias prendas, por el que habla de la parte más noble de nuestro ser.

No, *Don Quijote* no es el ideal sino la aspiración á lo ideal. Parangonadlo con otros personajes famosos y convencéos. El mayor tormento de *Hamlet* es la duda; la tiene á su pesar; está connaturalizada con él. *Otello* es los celos, y los padece cuando comprende que mejor sería no sentirlos. El buen Quijano no decae un punto en su carácter; quiere siempre lo mismo; es bueno por esencia, y al barrerle la *misericordia de Dios* aquellas fantasmagóricas visiones en que anegó su sana razón, sí detesta la caballería, lo substancial de ella y, sobre todo, el desear bien á todos y mal á nadie, y los magnánimos propósitos y anhelares de su alma, síguelos abrigando hasta cerrar los ojos á la luz de la vida. Véase si el ángel se perpetúa en el hombre; sólo huye cuando de éste se quiebra el barro mortal.

No uno, cien textos, probarían el carácter, sin compañero, de *Don Quijote*. Él siendo, obrando, muéstrase por entero en la realización de sus hazañas.

Tourgueneff, el novelista ruso, es uno de los que más han ahondado en él. « *Don Quijote* expresa, dice,

por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable; la fe en la verdad, que se halla fuera del indivíduo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. *Don Quijote* está por completo penetrado por el amor del ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida. La vida misma, para él, no tiene más mérito que ser el medio que le permite perseguir su ideal, apoderarse de él, hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra. Poco importa que haya sacado este ideal del fárrago fantástico de los libros de caballerías—en lo cual consiste el lado burlesco de su carácter—puesto que ha sabido conservar la idea pura, sin mezcla y en toda su integridad. *Don Quijote* creería indigno de él vivir para sí mismo, cuidarse de su persona; vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoismo: jamás piensa en sí: es todo sacrificio: cree, tiene buena fe y marcha siempre adelante sin mirar atrás. Es intrépido, paciente y sabe contentarse con los más mezquinos alimentos, con los vestidos más pobres: ni siquiera siente tales miserias. Su corazón es humilde, grande y heróica su alma. Su tierna devoción amorosa no le priva de libertad; exento de vanidad, no duda, sin embargo, de sí mismo, ni de su misión, ni de sus fuerzas físicas: su voluntad es inquebrantable..... *Don Quijote* es pobre, casi indigente, privado de recursos, sin relaciones, sin familia; viejo y sólo, abandonado á sí mismo, acomete

la empresa de enderezar los tuertos y defender á los oprimidos de toda la tierra..... »

No sé si cabe todo esto en un símbolo como no sea todo lo grande que, en su pequeñez, es el hombre.

Lo que se me alcanza, sí, es que la gran masa, el pueblo, por cultos y gentes indoctas formado, califica de idealistas á todos los Quijotes que por ahí se encuentran; y que la casta no se ha perdido, siquiera la colosal estátua de su genio se ostente en el Hidalgo manchego, pruébanlo los mil y mil héroes, ignorados ó en boca de la fama, que raciocinan con el sentir generoso del corazón y que impávidos se lanzan al acometimiento de hazañas ó imposibles aún iluminados por el reflejarse de las imperecederas del famoso Quijano el bueno.

Sea, pues, símbolo de todo lo grande, de todo lo noble y esforzado que el hombre lleva consigo. Así le reconoceremos, así nos será tan familiar como si, habiendo conocido al personaje que representa, estuviéramos á punto de volver á encontrarlo para departir con él de sus aventuras ó de sus amores, de las edades de oro ó del estrépito de las batallas.

Símbolo obscuro no puede tener *Don Quijote*, que, por perpetuidad de su esencia, popular es, amigo de todos y tan clarividente por su espíritu como imborrable y bien modelado de facciones. Si aquél no le representa bien no hay para qué desfigurarlo, aunque bien se ve que el personaje no tiene reconditez alguna y que es más transparente que el agua cristalina.

¿Puede ser la aspiración á lo ideal, en tesis muy compleja, el simbolismo que conviene á *Don Quijote*? Yo creo que sí; de su psicología tal parece deducirse;

porque gran amador es, platónico, por supuesto, pero también muy valeroso; y audaz andariego tras aventuras, pero ni vengativo ni amante de hacer daño; y terrible descabezador de gigantes, pero dado á la compasión y á la humildad.

Lo que en él descuella es el soplo que le empuja á subir alto y no con la pompa soberbia de la arrogancia, sino con el arrogante ardor que no riñe con la práctica fiel de las más esclarecidas virtudes cristianas.

Reconozcamos en él al amador perenne del ideal; y pongámonos en su cortejo, porque todos le seguimos en busca de esa aurora divina que ilumine tristuras de alma y penalidades hondísimas de la existencia. Veamos en *Don Quijote* al hombre que traspasar quiere las fronteras que limitan sus horizontes terrenales para columbrar otros más serenos, más diáfanos, más puros.....

Que no es otro, al fin y al cabo, el sentido que un docto catedrático, antes citado, le da recientemente al considerarle representación de los soñadores, de los que crean por prolífica virtud y á sus figuraciones dan cuerpo real.

Mas todo eso proviene de la inmensidad del personaje. Y si para unos es emblema de un elemento social de gran importancia, de aquel andariego, aristocrático, fino, que con los arreos militares aprestado lanzábase á la balumba de las batallas, sin gran esfuerzo puede verse en *Don Quijote,* también, la tradición sana y grande del pueblo español, el reencarnarse, en la figura, de aquella magnífica del Cid tan valerosa y esforzada como ejemplo perenne de todas las virtudes y preeminencias del caballero castellano.

¡Parece mentira! La talla que el arte nos da del

buen hidalgo es una, acabada, ni pide más ni tiene de menos, se hiergue esbelta integrándose en su composición completísima. Y, sin embargo, ¡ por cuantos aspectos se la mira y se la puede mirar !

Pero no es esto sólo. Se la quiere como símbolo y tiene tantos y tantas significaciones puede tener en cada una de las empresas que acomete, que el señalarlas todas resultaría difícil y enojoso.

Y es que á través de cuanto en el *Quijote* quiera verse, lo que resultará á todas luces innegable, lo que se impondrá por su evidencia, es que se nos ofrece como una estupenda creación, más rica cuanto más la contemplamos, con mayor complejidad, siendo una y sola, cuanto más se la mira por sus varias y fulgentes adaptaciones á la realidad en que vive.

Que así son ó así vienen á ser las figuras quijotescas. Se agitan, se mueven, con carácter verdadero y no prestado ; nos reflejamos en ellas como somos, y de ahí que no extrañe ese afán de registrarlas en busca de hallazgos que ¡ quién sabe si pueden ofrecer ! Pero es su vida tanta que se prestan ¿ quién lo duda ? á que cada escritor las bucee y analice, obstinándose en darlas un origen conocido y creyendo que la observación no ha podido crearlas, siendo más bien retratos que ideaciones.

Hasta qué punto el artista se aprovecha de elementos que la realidad le ofrece, ya lo hemos dicho ; la invención, luego ; el espíritu reflexivo que adapta lo observado á lo que se crea ; la facultad conceptora, hacen lo demás. Así pudo forjar Cervantes su héroe, que *halló,* dice Clemencin, *en la Naturaleza hermoseada* por la fecunda y felíz imaginación del autor.

No creo que sea preciso insistir. Real, el *Quijote,*

se presta á muchos símbolos; y vedlos, todos son de los que nacen de la compenetración de las cualidades de la figura con otras que en los hombres se dan. Ninguno de esos que yo llamaba prestablecidos, porque, aún el portentoso genio de Cervantes, que sin duda no se paraba en tales minucias, puede ser que no hubiera acertado á completarlos. ¿ Quiso aquél labrar una figura que á la humanidad toda comprendiera ? Lo consiguió, si ese fué su deseo.

Y no miremos á otro simbolismo que al que se origina de una adecuación perfecta entre el hombre y el modelo que le sirve de retrato. De estos símbolos si que tiene muchos *Don Quijote*. El de ser amador rendido del ideal, de lo bueno, lo noble y lo grande, sobrepujará y excederá á todos. « Su héroe está en lo cierto, dice Byron hablando de aquel libro, y sigue el camino recto ; domeñar á los malvados, tal es su único fin ; combatir con fuerzas desiguales, tal es su recompensa ; su virtud es su locura. Doloroso espectáculo es el de sus locuras ; más dolorosa, aún, la moralidad que á todo el que piensa enseña esta epopeya tan verdadera.

Enderezar entuertos, vengar á los oprimidos ; socorrer la belleza, exterminar la felonía, luchar sólo contra la fuerza coligada, emancipar del yugo extranjero los pueblos indefensos, ¡ ay ! ¿ por qué tan nobles intentos han de estar destinados, como las baladas antiguas, á proporcionar materia á los placeres de la imaginación, á ser una broma, un enigma, un medio como otro cualquiera de llegar á la gloria ? ¡ No es, pues, el mismo Sócrates otra cosa que el *Quijote* de la sabiduría ? »

Y comulgando en esas mismas ideas escribe Levêque, el conocido estético francés : « *Don Quijote* es lo-

co; pero es una inteligencia extraviada con un alma heróica. Nunca se vió más valiente y sublime locura. Apártesele de ella y es sensato, bueno, afectuoso; tiene distinguida inteligencia, gusto puro, elevado lenguaje..... »

¿Qué nos importa que tenga ó deje de tener un original, que represente esto ó lo otro, si al fin lo que representa es grande? « Yo no estimaría en más, leo en Valera, ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia,* si alguien me probase que el Cristo, la Virgen y otras figuras, no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, y los sayones varios enemigos suyos. » La evidencia de la observación no hay que probarla.

SANCHO PANZA

Ya es otro carácter el de *Sancho;* más intrincado, más sinuoso, tan real, menos grande. Con el de su amo completa la vida; sin él, faltaríale algo para que el concepto del existir, tal cual es, se redondease por entero.

¡Cuán difícil es sintetizar lo que al buen escudero distingue como hombre! Aquí es juicioso, allá simple; interesado á veces, con hermosas abnegaciones otras; es socarrón y tonto; cobarde y tiene valentías muy puestas en su punto; maliciosillo y bueno á carta cabal; mínimo en rastrerías y sublime en cuanto se identifica con el ideal de su señor; fiel sin que el escozor del interés le deje de arañar para que adopte oficio de más

lucro que el que sigue; comedido y lenguaraz; correcto y cortés y con zafias groserías de rústico; incrédulo y creyente; prudentísimo é inoportuno; ignorante y sabidor de un hondo filosofar que por muchos libros vale.

¿Quién le comprende, quién le simboliza? De su sencillez corderil pasa, á ratos, á dobleces y torceduras viscosas de culebra; de su adhesión estrechísima á *Don Quijote,* á la zumba que le sugieren las hazañas del buen Quijano.

Mas en eso radican todas las excelencias del personaje. Así es él de imperecedero y por eso se nos presenta con una talla proporcionadísima, y siempre colosal, á la de su compañero de infortunios.

Porque siendo vario, doble, triple, si queréis, *Sancho* es uno y el mismo, no decae, no da en la grosería repugnante ni se alza á cimas que no podría pisar; mantiénese en su sitio, en su lugar y lo llena, bien puede decirse, de esplendores y gallardos procederes.

No sé por qué, se me figura que, al juzgarlo, se ha empequeñecido el carácter de *Sancho.* Y es grande y estupendo; digno acompañante de aquel otro al que complementa.

« *Sancho Panza* se burla de *Don Quijote* á veces; sabe muy bien que su amo está loco, pero por seguir á tal loco, abandona tres veces su pueblo, su mujer y su hija; no le pierde paso, padece por él todo género de desazones y le guarda fidelidad hasta la muerte; cree en él, está orgulloso de él y solloza arrodillado junto al pobre lecho mortuorio de su señor. Para explicar esta lealtad no bastan los motivos interesados, el incentivo de la ganancia. *Sancho Panza* es sobrado discreto para

no comprender que el escudero de un caballero andante sólo puede esperar golpes por toda recompensa. Su lealtad y devoción á *Don Quijote* obedecen á móviles más altos y tienen su raíz en la sublime cualidad que poseen las muchedumbres de abrazar ciegamente una causa honrada y buena..... »

Sí, es verdad. *Sancho* tiene sublimidades de héroe aunque no vista dorados arreos ni acometa hazañosas batallas.

¿ No es un rasgo de una delicadeza sencilla, infantil, pura y hermosa, aquel del escudero cuando cree endulzar la agonía de su señor pintándole los horizontes de rosa de la pastoril vida que habían pensado emprender ?

Y ¿ no tiene serenas transparencias ese comportarse sanchesco que le mueve á identificarse en materia y en espíritu con los ideales que el ínclito hidalgo persigue ?

Que éste, á la postre, es un infelíz desvariado cuando de andantescas aventuras se trata, pero lúcido era el juicio de *Sancho,* quien se percata de que su amo está loco y así y todo le sigue y en las victorias que alcance pone las esperanzas de su ínsula querida.

Ya lo dice el Sr. Unamuno comentando el episodio de los yangüeses, cuando señor y criado les arremeten bajo la sola bandera de que aquél, sin más combatientes amigos, vale por ciento. Y *Sancho* pelea ardoroso, convencido del poder de *Don Quijote.* Como escribe el sabio pensador á este propósito « no se sabe qué admirar más, si el heroismo quijotesco bajo la fe de *yo valgo por ciento* ó el heroismo sanchopancesco bajo la fe de que su amo valía por cien. La fe de *Sancho* en *Don*

Quijote es aún más grande, si cabe, que la de su amo en sí mismo. »

Esto es lo extraordinario. Si *Don Quijote* ama el ideal ¿ qué hace *Sancho* sino amarlo por su señor ? Será esa credulidad el instinto ciego de la multitud, pero es algo muy puro y muy hermoso y más para contemplado en estos días de desafectos y defecciones.

Por eso pensaba antes que se ha torcido el carácter sanchesco. Se ve en él, únicamente, el lado burdo de la vida, el más material, el más grosero, y no puede negarse que el buen *Panza* tiene finuras y delicadezas que son como flores de las almas escogidas.

Aunque no tuviese mejores prendas, la fe en el ideal, el ideal que se le personifica en su amo, ganaríale un alto concepto de que bien merecedor es.

Complicada se muestra la psicología de *Sancho*. Si *Don Quijote* es figura como de una pieza y sin componeduras, la del escudero parece formada por varios retazos y fragmentos que ni dejan de constituir un todo armónico y real, realísimo, ni permiten que se trasluzcan los sitios ó puntos por donde se unen.

¡ Como que también es un carácter lleno de verdad y de vida, exuberante de vigor !

Por ser muy real y muy vívido es como es ; porque junta lo flaco de nuestra naturaleza corpórea al reflejo de esa otra superior que nos ilumina. Los componentes de *Don Quijote* y de *Sancho,* como los de los hombres todos, son los mismos. Las dosis en que entran aquellos varían y cambian ; el idealismo predomina en el hidalgo ; el realismo en el escudero ; por eso, ó somos *Quijotes* ó *Sanchos,* aunque ni como estos ni como aquellos nos exhibamos siempre, que se mezclan en nosotros

barro de la tierra y albores celestes ; y por eso, también, los tipos que nos ocupan son y serán universales, ya que nada hay que lo sea tanto, mientras haya hombres, como ellos mismos, iguales hoy que ayer y que mañana, mirándose eternos en las cualidades que supo poner Cervantes, anudándose y enlazándose, de las almas de Quijano y de su compañero de aventureras andanzas.

¿ Hay símbolo en *Sancho ?* ¿ Cuál le ponemos ?

Dícese, de ordinario, que representa el positivismo de la vida, lo que ella tiene de egoista é interesada, lo que más nos aleja de lo noble y ultraterreno de nuestro ser.

Ya hemos dicho hasta dónde esa afirmación puede ser cierta. En *Sancho* no es todo positivista sentir ; de su apego al interés da muestra en cien ocasiones, pero su adhesión cariñosa y por afecto al amo tampoco deja de probarla. El incentivo de la utilidad le empuja á la vida de aventuras, pero no es tan zafio que, ya probada, no se le alcance lo que le puede dar. Gusta ¿ cómo no ? del regalo, de los cómodos alojamientos y de la comida suculenta, mas él, que no es caballero ni cumple la regla de los que lo son ¿ no se alimenta bien frugalmente á no ser que la suerte le depare *espumas* como las de Camacho ó el ahitarse de los Duques ó de Don Diego Miranda ?

Más cerca se pone de los positivismos que de las idealidades pero ¡ que no le brujuleen éstas en el alma porque las que abrigue van á ser tan meritorias como las quijotinas !

Por eso, entender en *Sancho* el positivismo vulgar lo tengo por un poco exagerado. Es más hombre,

en el sentido nudo de la palabra, aquél, que *Don Quijote.*

Este, lo decíamos, por sus prendas, intachables si no es la que nace de su locura, acércase á los ángeles; el escudero, no, hombre es, y bueno, con flojedades de espíritu pero sin estar reñido con lo que acierta á comprender del ideal que persigue el hidalgo.

Tengo para mí, no sé si equivocadamente, que para acertar,—y prescindiendo del sobado de que es *Sancho* el positivismo de la vida—el símbolo de él no puede formarse sin el de *Don Quijote.* Los dos se completan, se aunan, se acoplan.

Si el uno es la aspiración á lo ideal, el otro es la fe en quien lo sigue. Si Quijano es como alma sin mácula con sentires muy hondos y volares muy altos, *Panza* es esa misma alma más manchada por la ignorancia que por la malicia, más sujeta al suelo ó con volar tan corto que el ascender mucho no le es posible. Que ¡cómo váis á pedir al somormujo que se remonte, como el condor, á las esferas azules!

Positivista es, sí, *Sancho;* todos lo somos, pero su positivismo no es tan bajo ni grosero que sirva para personalizar, como en compendio, rastreras pasiones ó burdos efectos. No, él come, duerme, vive..... pero ¿no es más saliente el contraste al establecerlo con un caballero para quien el comer y el dormir los cambia por altos pensares amatorios y que si vive, su vida es la de la abnegación y el sacrificio? Se puede no ser positivista sin ofrecerse á holocaustos y ¡ya sería de ver los *Sanchos* de ahora haciendo, en lo que al positivismo de la vida afecta, lo que aquel otro su inmortal predece-

sor! ¡Y todo para que haya quedado como emblema de los positivistas de siempre!

No, el símbolo de *Sancho,* se ata, se anuda al de *Don Quijote.* Ambos, unidos, son la vida. Ese es el único sentido oculto de la obra magnífica, de la obra sin igual: el de darnos, en representación alegórica el concepto de la existencia, sus dos caras besándose, la lucha, que no termina, entre lo ideal y lo real, entre la materia y el espíritu.

Juntos fueron por caminos y carreras *Don Quijote* y *Sancho.* El uno tiene lo que le falta al otro; son dos personajes completos que se integran en una relación mayor, más amplia. Separad á cualquiera de ellos y el grupo desaparece, como desaparece lo que representa.

Cualidades de que *Don Quijote* carece las muestra *Sancho,* ¿no es éste prudente cuando aquel peca de arrojado y virtudes que huelgan en el escudero á su amo le sobran?

Son un símbolo, sí, pero juntos; no los separéis, que deben vivir en la compañía que el genio les diera. Y si aún les añadís el jamelgo y el rucio, pensad que contempláis el más primoroso camafeo y la más monumental de las producciones que voló de mente humana.

Si se quiere, pues, mostrad á *Sancho* como símbolo positivista, pero alumbradlo con rayos ideales. No es su talla tan erguida como la del héroe del libro y por eso yo optaría por colocarla junto á la del hidalgo personificando el amor al ideal.

Y éste es vida y es vida, también, el pensar y el proceder sanchesco.....; por eso creo que en las dos figuras, unidas, podemos ver la vida entera, toda, completísima, con su sinuoso rodar, con sus torceduras y

esperanzas, con sus caídas y sus resurgimientos, con su áspero ir por ella tras de la aurora de luz de un nuevo día, del ideal día venturoso.

EL CURA

¡Qué ajeno estaría el buen Pero Pérez de que podía ser símbolo de nada, como no fuera de hermosa ternura, tan constante y tan cristiana! Y no es que no merezca símbolo; yo, al menos, véolo en él más claro y perceptible que en las escuderiles acciones.

Como *Don Quijote* y *Sancho* son toda la famosa novela, los demás personajes, por lo que en ella figuran, son pobres y míseros, no ya por su composición y firmeza de trazos, justos y grandes como pueden serlo las de libro alguno.

Dícese con esto lo que nadie ignora: que el *Cura* tiene mucha menos importancia que *Don Quijote* y *Sancho*. No debe de ser tan pequeña, sin embargo, cuando para el escrutador celebérrimo se pide un símbolo.

Vamos á dárselo. El *Cura* es el buen juicio, el buen sentido y la bondad que abreva en manantiales de la más pura religión católica.

Miradlo, si no, y veréis á Pero Pérez afanándose por limpiar de miasmas caballerescos la Biblioteca del hidalgo: y lo tendréis dispuesto á correr la burla del encantamiento de *Don Quijote* por amor al prójimo y en espera de dar la curación á su locura al preclaro man-

chego; le oiréis compartir con éste cuando fragua su tercera salida; sabréis que de contínuo se interesa por la suerte de él y que, en sus caminatas, ni le olvida ni deja de acorrerle cuando le es posible; al llegar al fin del libro admiraréis *al Cura* cumpliendo su sagrada misión y llevando los últimos consuelos religiosos al que abandona la existencia aureolándose con una muerte ejemplar.

Y en todas estas ocasiones, y en cuantas al eclesiástico halléis en la obra cervantesca, lo juzgaréis como representando la razón sana y sin nebulosidades, el obrar reflexivo y prudente, el cariñoso anhelo de sembrar el bien evitando el mal.

En el donoso escrutinio, *El Cura* es la crítica mesurada, benévola, pero inmisericordiosa para la lepra de los libros de caballería; aún así y todo, teniéndolos por malos y funestos sabe apreciar ¡siempre el buen juicio! los que, por méritos literarios ó vetusteces respetables, merecen perdón.

En la aventura de la princesa *Micomicona* sólo por bien de *Don Quijote* toma parte, y no hay que decir cómo de comedido, y aún respetando los hábitos que viste.

En los planes de *Sansón Carrasco* interviene por los mismos fines guiado, por apartar de su locura á quien quiere y estima; y en los coloquios que con el privado de razón tiene, bien pone patentes sus deseos de templar el fuego de aquella imaginación trastornada.

Creo que *Pero Pérez* se está muy bien simbolizando el sereno juicio, el maduro examen, la bondad suave, sin alharacas, sin estrépitos chocarreros. Su deber es ayudar á los que han menester y el pobre loco

de la Mancha necesitaba una mano amiga. En la del *Cura* la tiene y bien la aprecia *Don Quijote,* como en varios pasajes de su historia lo demuestra.

Aquí no caben torcidas apreciaciones. El símbolo curesco cuadra muy bien á quien lo lleva; merecedor es de ostentarlo brillante, porque todas las simpatías del lector se arrastran hácia el excelente clérigo, por Cervantes inmortalizado, y en el que se refleja la gloria de aquel su amigo por quien se comportó tan en los límites de la más hermosa caridad cristiana.

EL BARBERO

Y de éste ¿qué diremos que no sea aplicable al *Cura?* Pero el papel de *Maese Nicolás* es aún menor; sostiene el dúo con el sacerdote y acompáñale en sus buenos oficios.

Allí donde está *Pero Pérez* muéstrase *Maese Nicolás;* en la librería quijotesca; en aquella caminata después de la penitencia que el hidalgo se impuso; en la chanza ingeniosa que *El Cura* inventó; en la escena del encanto del caballero; en el mesón; en las visitas al enfermo; en su muerte, por fin.

Y en todas partes *El Barbero* da muestras de su buen sentir y de su corazón excelente. Ansía que *Don Quijote* vuelva á sus cabales y para conseguirlo no perdona medio. Casi siempre se los arbitra el eclesiástico, pero el rapabarbas es de inapreciable madera para ponerlos en ejecución.

Gran confianza y predicamento con el hidalgo supone la intervención *del Barbero* en los negocios quijotiles. Y sus puntas y ribetes de literato debía de tener al no desentonar en el escrutinio y aun, ayudándole en su tarea, seguir al cura en su criterio.

Cuanto hace *Maese Nicolás* en la novela es bueno, es honrado, plausible. Se ve que siente la desgracia del caballero, que toma parte en ella, que desea remediarla. Es digna pareja del sacerdote.

¿También símbolo? Aún creyera que lo tienen más marcado *Sansón Carrasco, el Bachiller,* que se burla del loco idealista, porque por los caminos de la crítica va el carácter del caballero de la *Blanca Luna;* todavía pienso que *los Duques* pueden simbolizarse en la frivolidad que se place y divierte con la desgracia; mas *El Barbero* ¿qué significa?

Y no cabe duda; representa los beneficios de la amistad y lo que de una buena debe esperarse. Lo que el *Cura* practica por bondades de alma y cumplimiento de religioso deber, hácelo el *Barbero* por afanes de un corazón tierno y compasivo y por exigencias, no requeridas, de una amistad amable.

Tiene *El Barbero,* también, juicio prudente, cordura, no piensa mal, y dentro de la insignificancia relativa del juego que toma en la acción, es un personaje conocido, familiar, de esos que, afortunadamente, no faltan, prestos á hacer un favor al vecino de al lado. Así lo vemos, siempre, resolutorio, correcto, brindándose á cuanto puede ofrecerse y no por eso servil ni bajo. Es la amistad, si, acompañada del juicio acertado, que se une á la prudencia sacerdotal y al buen deseo para realizar el bien y poner en ejecución caritativas obras.

Su carácter no decae, mantiénese constante en ese punto envidiable de querer ser útil y aún de serlo.

Ahí están los símbolos. La vida, en sus varias manifestaciones, con *Don Quijote* y *Sancho ;* la aspiración ardiente al ideal, con aquel; el buen juicio y el deseo de hacer bien con el *Cura ;* la amistad desinteresada que se funda en iguales propósitos con *El Barbero*.

No sé si valen, si se acomodan á las condiciones de las figuras en que radican.....; que ¡ esto, lo de poder ser equívoco, tiene el simbolismo y que cuando no es muy racional y clarividente, muy expuesto está á que no se le interprete en lo que indica y quiere decir !

IV

El símbolo universal del "Quijote„

Más grande que esos símbolos, puramente particulares, ya que afectan á personajes del cuadro, siquiera ellos sean tan extraordinarios como los dos principales del libro, es éste ; más, mucho más.

Pienso que pocos ven en él, á estas horas, ataques á la constitución política y civil de su tiempo ; ni alusiones, que no pueden faltar, en estas ó las otras escenas ; ni rasgos que remotamente tengan que ver con la vida de Carlos V, como aquellos que se citan de esgrimir la espada contra las figuras de unos tapices ó el de irritar á los leones por entre los hierros de la jaula..... rememoramientos que se señalan en las aventuras de los cueros de vino y en la espantable de los leones.

No, todo ese espigueo á la menuda por libro tan gigante ha contribuido á que algunos le teman. Lo que en aquél hay de pequeñez, de ficción, de cálculo, de hipótesis..... no hay que decirlo.

Más fácil, más conveniente, también, es juzgar el *Quijote* como los indoctos le juzgamos; tal como es: deleitándonos con su acción, entretenida y de clara corriente, cual de arroyuelo en Abril; asombrándonos ante el concepto que nos da de la vida; haciéndonos pensar, haciéndonos reir, arrancándonos lágrimas á las veces.

Nada de símbolos prestablecidos ni de ocultas intenciones.

Quedémonos, si acaso, con los que surgen de la compenetración del personaje con lo que representa; con aquellos que atan fuerte y durable el lazo que une al signo y á la idea.

Y veamos, sí, en el libro, brotando de sus páginas, una concepción grandiosa,—no puesta intencionadamente por el autor,—que es un símbolo, el símbolo universal que todos entienden y nadie desdeña.

La concepción, es, por sí, tan vasta, tan extensa, que abraza al mundo. Por ella atraviesan generaciones y generaciones siempre arrastrándose por la tierra, siempre mirando á lo alto.

Esa es la síntesis suprema del *Quijote;* ese es su símbolo universal.

Por él, en lo que es como su substancia íntima, le comprenderán en todas las lenguas y á todos los pueblos deleitará.

Porque es el hombre y éste, aparte de diferencias étnicas, de ambiente ó de costumbres, es uno, el mismo.

Con tanta fidelidad lo representa la obra cervantina que el mejor, el más vivo retrato de los hombres de siempre es ella.

Ved ahí el símbolo que no se borra : el de las idealizaciones y realidades fundiéndose sobre la muchedumbre humana.....

Y para nosotros, para España, el *Quijote* es el símbolo de su grandeza perdurable. Compendia un siglo, una época, una literatura. Dice él de lo que fuimos capaces. Sólo, y sin más compañía, es bastante á atraerse la admiración entusiasta del orbe entero.

Él es una Nación, es su gloria. Con él se hablará perpétuamente de una lengua rica y sonora.....

¿ No es ese un símbolo, magnífico, potente, inmarcesible ?

¡ Pues ese si que es universal ! Porque nadie niega los primores, no igualados, de *Don Quijote de la Mancha* y ante él debemos rendirnos, saludando, en nuestra humillación, á la Patria que produjo al ínclito Cervantes. « Colocado, dice del libro el señor Valera, entre una literatura que muere y una que nace, no se contenta con desterrar la primera, sino que enseña lo que ha de ser la segunda, siendo el más perfecto modelo de ambas. » Modelo inmortal cuyo esplendor no se eclipsa ni se empaña.

ESTUDIO CRÍTICO DE UNA DE LAS NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES.

"Rinconete y Cortadillo"

LEMA: «BECQUER.»

Estudio crítico de una de las

Novelas Ejemplares de Cervantes.

"RINCONETE Y CORTADILLO.,,

Obtuvo el Premio del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes

*en el tema señalado del programa de los «*JUEGOS FLORALES*» de Sevilla*

El valer literario de las *Novelas Ejemplares* inmortalizaría á cualquier otro escritor que no llevara sobre sí el peso glorioso del *Quijote*. Pero en sencillez ingenua que encanta, en profundidad que nos mueve al pensamiento hondo y amplio, en calor humano, que se difunde en generosa corriente de simpatía á través de los siglos, uniendo generaciones y enlazándolas con el nudo común de lo que tienen de permanente, de perdurable, de eterno, ¿qué libro, entre los de más unánime resonancia puede compararse con el simpar español, si

no son aquellos, que con letras de luz parecen escritos, y que se llaman el *Evangelio*..... la *Iliada?*

Por eso, junto á la gloria de España que más refulge entre las más esclarecidas glorias nacionales, al lado de ese *Quijote,* prez de los tiempos y admiración del mundo, las otras producciones cervantinas son algo así como el reflejarse en noche tranquila de la pálida luna, comparándolo con ésta, en el claror de los cristales callados de la fuente. Sobre el haz terso de las hondas se dibuja poético y misterioso el blanco disco, pero ¡ay! que lo que besa la tersura de las aguas es la imagen engañosa de aquél; la realidad que da la apariencia por allí rueda, muy lejos, en los altos espacios, paseando sus grandezas muertas entre el polvo de oro que de los collares de soles se desprende. Y sin embargo el retrato del astro hermoso de la noche es bello, es atractivo.

Así el *Quijote* refiriéndolo al *Persiles,* á *La Galatea,* al *Viaje al Parnaso,* á las Comedias y entremeses de Cervantes, á sus *Novelas Ejemplares.* El *Quijote* es la Naturaleza misma dictando á un genio; las *Novelas Ejemplares* el mismo genio copiando ó imitando á la Naturaleza lo mejor que puede, dice á este propósito un escritor contemporáneo, el señor Navarro Ledesma.

Tanto es así, que las *Novelas* se diputan por lo mejor, después del poema quijotesco, que de la pluma cervantina saliera, y sin entrar en consideraciones respecto á las preeminencias de forma que ellas tienen, gallardeando en un habla rica y netamente española, es lo cierto que, para algunos, tantos primores y exquisiteces tantas lucen en *Rinconete* y *Cortadillo*—una de las por Cervantes calificadas de *Ejemplares*—que no vacilan en

ponerla á la par del *Ingenioso hidalgo,* en considerarla como un su hermano, si menor en talla y trazos, más favorecido por los dones de hermosura que sobre él arrojó pródigo el espíritu genial que lo creara.

Por eso mis intenciones y mis deseos van hasta querer atreverse audaces á bucear, con críticos pujos, en el examen de esa admirable producción cervantesca.

¿Es *novela,* en el concepto que hoy damos á la palabra, *Rinconete y Cortadillo?*

De tal califica á la obra su ilustre progenitor. No hay quien, medianamente culto, no sepa que Cervantes se arroga ser el primero que novelara en lengua castellana; *que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas* —á las Ejemplares se refiere—*son mías propias, no imitadas ni hurtadas.* Y en otro lugar del Prólogo cuyas son las lineas que copio, escribe: *Héles dado el nombre de Ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin daño de barras; digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.....*

Así delineada la comprensión novelesca ¿quién duda de que *Rinconete y Cortadillo* entretiene sin daño de barras, y de que su lectura viene á ser ejercicio agradable y honesto que aprovecha y no perjudica? Ni ¿cómo ha de negarse que de esa espléndida flor de nuestra

literatura se saca *sabroso fruto* que hoy gustan cuantos persiguiendo el ideal de belleza deléitanse con la rica sazón que nadie deja de apreciar en el relato de las aventuras de los dos *pícaros* que viven con vida lozana entre las páginas de los mejores libros que humano entendimiento produjera?

Pero en mi sentir, más impulsado por justas exigencias que la crítica pide que por lo que la admiración fervorosa da sin demandas, *Rinconete y Cortadillo,* atendiendo á lo que se deduce del interior contenido de su acción, no es una verdadera novela, ó más bien no es una novela completa, guardadora de los cánones, si se siguen los un poco picajosos, á veces, de la retórica, que suelen fijarse para las composiciones del género de la en que nos ocupamos.

Principio, medio y fin, todo que no se rompe ni se interrumpe, integridad que señala un punto de partida y un enlace sucesivo y racional con el de llegada..... ¿quién no ve en tales preceptos los que de la misma naturaleza del poema, organismo á quien nada falta ni sobra, surgen y se imponen?

Ha de decírseme que todo ese formalismo, si queréis, pero que al curso y ritmo de la vida se ajusta, cúmplese sin reparos en *Rinconete y Cortadillo.* Los dos picaños aparécensenos en los confines de los *famosos campos de la Alcudia ; le dan el pego* con los naipes de figura ovada al arriero de la venta del Molinillo; con una tropa de caminantes vánse á Sevilla la hermosa; en la plaza de San Salvador hurtan y malean; en el patio incopiable de Monipodio son confirmados de ladrones; allí asisten al ágape y ajuste de cuentas de los socios de *la infame academia* y desde entonces les perdemos de

vista, cuando tan á nuestro sabor en su peligrosa compañía nos encontrábamos, pues cuanto de ellos se nos alcanza es que, guardianes del puesto y de la comisión á que el patriarca del hampa les destina, en aquel se quedan mientras en el buen entendimiento de Rinconete florece la idea *de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta.*

¿ Que es ese el fin, la terminación, diríase para no dar lugar á equívoco literario, de la novela ; que pudo serlo sin que el lector tenga derecho á esperar nuevas aventuras de la bohemia golfesca, como ahora podría escribirse, de los dos pilletes ?

Indudablemente que sí, pero también que lo narrado sabe á poco y ¡ desventajas del encanto que consigo lleva ! que gustosos lo proseguiríamos hasta conocer algo más de los afanes y existencia de los dos personajes perdurados en el libro en luengos días á que la finita realidad no alcanza.

A Cervantes mismo debió de parecerle que merecía mayor escenario el vivir de Pedro Rincón y Diego Cortado y que no era posible bajar el telón, para no levantarlo más, sin que se supiese *la vida y milagros* de esos truhanes, ya que les sucedieron, dice el Manco insigne, *cosas que piden más larga escritura* y que se dejan, añade, *para mejor ocasión.*

Luego estaba en el propósito de aquél seguir los sucedidos de los muchachos, *concluir* su novela, continuar lo que de su acción se ofrece como un venero no agotado de hechos, de aventuras, de incidentes que habrían de ser el desenvolvimiento de la totalidad del

asunto tan hermosamente dejado fluir en lo que de él conocemos.

Mírese, si no, en apoyo de esta aserción, el oloroso ramillete de las otras *Novelas Ejemplares*. A todas supera *Rinconete y Cortadillo,* en mi sentir, en frescura, en gracejo, en el pintar admirable un aspecto de la sociedad clásicamente nacional, en el colorido sin tacha de sus cuadros, en la justeza y tallado de su lenguaje; mas á todas cede en la disposición del fondo literario, que en lo que es, manifiéstase perfecto pero no concluido, trazado con arte triunfador, pero como en espera de un continuaráse que los hechos demandan y que venga á ser como el coronamiento fúlgido del asunto totalmente visto y vivido.

Todas aquellas, volviendo á la técnica de los preceptos, van más en derechura y en definitiva á la conclusión propuesta, conclusión consiguiente y como obligada al desaparecer ó persistir de los obstáculos que se le oponían y en *Rinconete y Cortadillo,* por el contrario, el asunto muéstrase solo iniciándose y prometiéndose, pues, con el testimonio inmenso del autor que la concibiera, nos consta que, tras de la narrada, aún queda por conocer en parte la trama de la vida de los dos mozalbetes vagabundos.

¡Que nos basta con lo que de ella sabemos! Sí, es verdad, pero no ha de negarse que nos satisfaría contemplarla toda, siquiera para que, por *ser de gran consideración,* sirviese de ejemplo, y aún ha de convenirse en que nada perdería si se redondease con aquella suma acabada de partes que los retóricos piden para el todo armónico del poema. Querrá argüirse que no le falta; pudiérase contestar que en las otras producciones

del genio inmortal se nota mejor y no se echa de menos la ausencia de facetas que podrían juntarse á las exquisitamente talladas y pulidas de ese brillante de la literatura que por nuestras pecadoras manos anda en estos momentos.

Mas, aún queriendo prescindir de reglas y normas, que cuando no son estrechas y arbitrarias en los mismos moldes de la Naturaleza se troquelan ¿no es cierto que, dentro ya de la esfera del arte, hay que pedir algo más que la ratificación de su vida canallesca y tortuosa ante la rectoral de *Monipodio,* á aquellos Rinconete y Cortadillo, muy capaces, por el prólogo de sus hazañas, de dejar obscuras y pobres á las de su maestro y compañía hampesca y aun dignos, por la madera de que parecen labrados, de sobresalir y elevarse entre todos los pícaros conocidos?

¿No nos parece que, ya en el campo de sus aventuras, *hacen poco* los dos granujillas y que en la continuación de su historia hay elementos, hasta sobrar no pocos, para que el interés creciendo y agrandándose vaya anudando escenas y pasajes que nos llevaran á otra terminación, resultado de más altos acometimientos, que la de dejar á nuestros protagonistas prontos á ejercer, con fe que la mirada en lo porvenir entibia, un oficio al que son llevados por lo áspero de la existencia del pobre y por el medio ambiente en que se mueven?

Si tal ocurriese, es decir, redondeándose la vida literaria de los dos pilluelos, se unirían más, cómo se unen la Naturaleza y el Arte en aquellas producciones que son, por su ingente altura, como el elevarse de las cimas más enhiestas junto á otras menos prominentes y al lado de colinas que algo rebasan la meseta de los

llanos, aunaríanse, digo, condiciones que la crítica requerir suele con otras que el deslizarse y desenvolverse de la realidad ofrece, como el foco de donde aquellas salen y se producen. Aclarando el concepto, redondeada la vida literaria de *Rinconete y Cortadillo,* y su vivir es más que lozano para que nunca se marchite, se cumplirían esas prescripciones, hoy conceptuadas como propias de la novela, de desarrollarse á través de una acción que, ya sea fantástica, ya descanse, por su fondo, en crisoles donde la vida humana se vacía, pide ser interesante, y el interés se deriva y sale de la lucha, del conflicto, de la pasión puesta en juego, del reñir de obstáculos que, venzan ó se rindan, á un desenlace conducen.

Y si no, véase: para algunos la Novela es poesía épica; es la forma de ésta más excelente y característica; viene á ser la épica modernizada, sin la pompa magnífica de aquella clásica que se vistió de brocados y se aferró con bruñentes armaduras, que jugó con héroes y alternó con dioses, que lanzada á cantar maravillosas empresas no se posó en la tierra sin ascender á regiones celestes; y para otros acércase más á la dramática por lo que las dos reclaman de enconados combates del ánimo, de reñir de opuestos caracteres, de acción parecida y de desenlace que viene tras de la preparación lógica y natural de los sucesos que á él conducen.

De todas maneras, no ha de negarse que es la Novela eminentemente objetiva y que más cerca de las lindes de lo épico que de lo dramático ó más alejada de aquél que de éste, nace de su propia naturaleza, de la virtualidad que por convivir dentro de la Literatura tiene, la exigencia de ofrecerse como un todo íntegro,

como lo piden sin que sus voces puedan ser desoidas, el poema representable por un lado, por otro aquel ya menos en uso, más anacrónico, que tomara su denominación del verbo griego *epoo, relatar, narrar*.

En suma, y volviendo á mi sentir respecto á *Rinconete y Cortadillo,* hay en ella el *principio* épico, dramático y novelesco; se inicia el *medio*..... se empiezan á enredar los hilos que han de formar el *nudo*.....; no llega á satisfacer el desenlace porque á mancebos como los héroes del libro, aún no completamente abiertos á la florida mocedad, de ser personajes novelescos del fuste que revelan en la firmeza de sus lineas y en la elegancia de sus trazos, puede querérseles más obradores de fazañas que las que suponen el oficiar de catecúmenos en aquella hedionda corte, inmortal, así y todo, de Monipodio y su nefanda comparsería de tahures y ladrones.

Es, pues, más que novela cuadro novelesco el sujeto de mi deslucida tarea; es, si se quiere, cuadro completo pero que podía ser mayor y prolongarse en más extensa perspectiva; es, mejor, un primorosísimo bajorrelieve cuyos méritos no bastan á ensalzar elogios de pluma, laudatorios epítetos, ni pensamientos de entusiasta admiración.

Porque ¿cómo no ha de ser acreedor á estos homenajes libro tan pequeño, al que, no obstante su reducida dimensión, ponen algunos escritores, repitiéndome y recordando lo antes dicho, al nivel y junto á ese asombro del ingenio humano que se llama el *Quijote de la Mancha?*

Ni amengua en lo más mínimo su valer la limitación que yo le encuentro. Que ¿cómo ha de ser cen-

surado un lienzo porque su asunto prometa extenderse en otro más amplio, si lo que de él conocemos revela la maestría no superada del pintor y el poder supremo de su arte, que acertó á dar vida real y palpitante á lo que sólo la tiene sobre la tela por los colores manchada ?

Y entremos ya, si hay quien me sigue en las torceduras y recovecos de mi divagación, en el examen substancial de *Rinconete y Cortadillo*.

Pertenece la producción novelesca á que me refiero, á la progenie neta y castiza de las genuinamente patrias. Es hermana de sangre de aquellas otras que se llaman el *Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache,* el *Gran Tacaño*.....

Con el pobre mozuelo de Tejares, con el pícaro que Mateo Alemán concibiera, con el buscón Don Pablos, hombréanse y viven, para que su vivir perdure lo que nuestra Literatura, *Rincón y Cortado,* del cervantesco genio nacidos.

El Teatro Español, motivo de fundado orgullo nacional ; la mística, foco luminosísimo irradiando sobre los más altos decires y los pensamientos más hondos ; y la novela picaresca, creación estupenda y originalísima, son tan las tres ramas más frondosas, más erguidas de nuestro árbol literario ; son las tres notas más nuevas, más propias y características que suenan, á despecho de los siglos, con igual cristalina transparencia con que las produjo el arte inmarcesible de nuestros clásicos.....

Dentro de esa novela picaresca, brillando en ella con inconfundibles fulgores, muéstrase *Rinconete y Cortadillo*.

El genio realista de la raza osténtase, potente y vigoroso, en ese género nuestro, exclusivamente nues-

tro, ya que otras Literaturas no lo tienen, sino alguna en proporciones minúsculas y como reflejo de la española inspiración. Genio que es por sí sólo la más justa y acertada psicología de nuestro pueblo; el más admirable retrato de un estado social pretérito que hasta nosotros llega, gracias á las excelencias de la pintura, como si en él nos moviésemos y agitáramos; el más profundo estudio de medio ambiente y de caracteres que en páginas novelescas se ha realizado nunca.

Nada falta á las historias de los pícaros y truhanes para ser deleitosas y entretenidas; para enseñar de la ciencia de la vida lo que no enseñan en sus páginas otros libros que de más hondos y enjundiosos se jactan.

Y tan cierto es que en aquellas parece estamparse con sello indeleble el genio español que, para no hablar más que de Cervantes, siempre que al campo del realismo se lanza, y pudiera decirse que cuando se trata y codea con gente maleante ó de baja extracción, produce escenas tan hermosas como las de la donosísima *Gitanilla* y las clásicamente grabadas, incontables por muchas, del *Quijote*.

No es hora de elevarse en busca de la génesis de la novela picaresca. Podrán verse atisbos de la misma en Petronio y Apuleyo, mas ¡cómo lo privativo de la casa, de la nación, se vierte, en las obras de que hablamos, en franca y encantadora naturalidad; en incopiable colorido; en tradicionales cuadros, donde las costumbres y manera de vivir se marcan con bulto y relieve; en lenguaje ni afectado ni pobre, sino exuberante en riqueza tanto como justo y exacto en su empleo; en ese aire de verdad, sano y vivificante, que es cual alentar de almas que se exteriorizan, que se envuelven en ma-

teria corpórea para hablarnos de toda una raza con sus virtudes, con sus vicios, á lo aventurero propensa, á la pereza dada, más ganosa de las caricias del sol que de los rudos afanes del trabajo; sufrida, paciente, contenta con su miseria y de ella riéndose; altiva con sus cuatro trapos que á los besos de la luz se abren y con el pobre condumio que más solivianta la mente que fortifica músculos y nervios; audaz, valiente, de corazón hidalgo y generoso, tan movida á caballerescas fazañas que aún en medio de la ralea astrosa y desgreñada tiénelas por punto de honor no evadirse de cometerlas si el menesteroso las pide ó el necesitado las reclama!

A esta especie de libros, pues, á esta casta de obras donde más se asoma el linaje hermoso de las más genuinas y típicas creaciones de que podemos jactarnos, pertenece la admirable y admirada de Cervantes en que vengo ocupándome.

¿Quién no la conoce, quién, que de culto se precie, no la ha saboreado con íntimos placeres del espíritu?

Con razón, tratándose de *Rinconete y Cortadillo,* puede decirse que de lo bueno poco, porque si comprendiera y encerrase un cuadro de vida más amplia y extensa, si guardando los méritos insuperables que tiene mostrara en círculo más ancho el continuar de las errantes proezas de los dos bribones, tan simpáticos y atractivos, pese á sus prendas de ratería y á sus vitandas aficiones, tengo para mí que el libro de sus aventuras sería uno de los más acabados y hermosos que en lengua alguna se hubiese compuesto.

¿Dónde están, así y todo y tal como es, las excelencias de la novela de autos?

Realmente no hay en ella nada que sea desperdi-

ciable y que no nos presente el valor subido del oro, sin amalgama, sin falsos relumbrones ni engañadoras mezclas.

Desde que los dos vagabundos se ofrecen en el cuadro novelado ¡qué vigor en la pintura, qué justeza de color, qué rasgos tan salientes y qué envidiable el escribir que superando al buril y al pincel sabe llevar á la retina la impresión de lo real moviéndose, existiendo, como si lo descrito y presentado por la pluma, fuese, por maravillosa virtud, transfiguración fantástica de lo inerte en vivo, de lo que no tiene ser en ente material, de lo soñado en creación tangible y pensante, de lo que naciera de imaginativas concepciones en figura humana expresándose, sintiendo, obrando, destacándose con propia configuración, con propio pensar, con energía y calor humano en el organismo, con actividad vigorosa en las facultades, con la chispa de esplendorosa luz en el alma, el mágico resorte que hace vibrar nuestro barro de carne para elevarnos con el pensamiento arriba, muy arriba, hasta Dios mismo....!

En fuerza plástica, en valentía de representación, no sé si hay nada que supere á *Rinconete y Cortadillo*. Los conocéis, *los véis,* desde que su padre en literatura nos los ofrece, en incopiable descripción, al abrir la novela. Y luego no se os borran de la imaginación reproductora, los rememoráis siempre, son séres que os acompañan, que se cobijan en vuestra mente para vivir con ella, que, pese á la distancia de los años y siglos y á la diferencia de medio social, se mueven ante vosotros cuando el azar os trae, ante el mesón de la carretera ó en el camino barroso ó por el sol bañado, las siluetas, míseras y de compasión despertadoras, de esos muchachos

errabundos y bohemios, de *Rinconete y Cortadillo* descendientes, con más remiendos que venturas y más halagos del infortunio que de los padres que no conocieron.

Y hé ahí el poder insondable del genio. Dios es Dios porque crea, y á su imagen, esos portentos de la humanidad que se llaman Platón, Homero, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dante, Hugo..... parecen recoger las palpitaciones de la vida toda, los materiales que la producen, y animándola con el soplo misterioso que los pone en juego, los lanzan, en asombrador impulso de creación, en forma de personajes no finitos, no terrenos, sino dotados de la inmortalidad perdurable que les hace durar y vivir lo que el mundo, sin conflagraciones uranográficas á que nuestro pensamiento no llega, dure y viva.

Y eso son *Rinconete, Cortadillo* y *Monipodio;* y en menor pero también perfecta proporción de trazos y lineas, *Maniferro, Chiquiznaque,* el *Repolido,* la *Cariharta,* la *Gananciosa,* las figuras todas, en fin, de la novela cervantesca: son creaciones geniales que las concebimos no como obra de la imaginación sino de la naturaleza; que las tenemos delante, que podémoslas palpar, que viven en nosotros cual si las conociéramos y hubiéramos de tenerlas que ver ciento y mil veces en el antro infernal del patio sin segundo entre los sevillanos patios.

Las tres primeras, sobre todo, se mezclan sin humillarse con las más vívidas que las literaturas de todos los pueblos han producido. Miradlas bien y las veréis, en la relatividad de acción y esencia que las caracteriza, limitándome á la obra cervantesca, junto á las de *Don*

Quijote y *Sancho* y por encima, muy por encima, en mi sentir, de todas las demás de las *Novelas Ejemplares.* Tan bien talladas se me aparecen, tan de cuerpo entero, y aunque sea insistir sobre cosa que es evidente, yo no recuerdo sino contados personajes, por las hojas de los libros rodando, que dejen impresión tan duradera é inconfundible como las que á nuestro ánimo llevan las pinturas de las creaciones á que me refiero. Si la Naturaleza les diera súbito existir no hay duda que los reconoceríamos como á gente constante en nuestro trato y de memoria imperecedera.

El bajorrelieve á que antes aludía, animaríase, y sus lineas y sus salientes, sus plasticidades y sus apariencias de realidad, sus perfecciones y sus exquisiteces de labor magistral, pondríanse en juego como al conjuro de voz portentosa que cambiara la acción en potencia por la en acto.

Decía más arriba, con el temor compañero de quien anda por cantiles abruptos y peligrosos, pero también con la seguridad del acierto, que nada hay desperdiciable en *Rinconete y Cortadillo,* que nada en ella sobra; mejor aún, que, dados los elementos que la componen, no es posible combinarlos ni prepararlos de mejor manera para que produzcan el efecto artístico que se desea, para que formen el conjunto bello y harmónico que se apetece.

Es, en tal concepto y en otros, dechado de perfección: la naturalidad y la sencillez van en ella de la mano para tender al primor del cuadro, y desde que comienza hasta que concluye, y en general ojeada, puede decirse que la novela ni tiene de más ni de menos cuanto la conviene y hermosea.

¿Citar escenas? Todas tienen el mismo sabor de clásico donaire; igual riqueza de descripción acaso jamás igualada; la conveniente y no prolija variedad de matiz; el tono acertado; el hábil movimiento de las figuras; el derroche de luz y de castiza forma, apropiada y abundante; el realismo que las impone á los ojos materiales como á los del espíritu; el aire en que se agitan y el sano y robusto vivir que se hace en ella imperecedero.

Equivaliendo á copiar el libro citar las mejores, aparte la pintura de los protagonistas y aquella otra de *Monipodio,* de universal renombre, tan firme de factura que nada bastará á borrarla, ¿quién no recuerda el diálogo en el portal de la venta del Molinillo, á la hora de la siesta, diálogo que descubre todo un mundo de miserias, de trabajos y de industrias para procurarse la existencia siguiendo los cánones de las artes en que luego profesan Rincón y Cortado más que como novicios cual maestros experimentados? Y ¿qué no ha de decirse de la llegada de los mozalbetes á Sevilla *donde ellos tenían gran deseo de verse,* la ciudad hermosa de tan ínclito historial para Cervantes? ¿qué de su iniciación, á orillas del Guadalquivir, en el oficio de los *muchachos de la esportilla,* y del gracioso hurto, ejerciendo aquel, de la sacristanesca bolsa, á más de la zumba que á su dueño le costara la pérdida, sin contar la del pañuelo randado que tan sutilmente salió de la faldriquera del robado para pasar á la del ladroncillo?

Más aún acrécese al elogio lo que pudiéramos llamar segunda parte del aventurero relato.

Después de probar Cortado de ese modo su ligereza de manos en la plaza de San Salvador, ¡vaya si es

lucido y descarado aquel coloquio entre los dos rateros y el tercer muchacho que sorprendiera sus habilidades para apoderarse de lo ajeno! No saben ellos si son ó no *de mala entrada* ni entienden si el dictado de *murcios* les alcanza. ¡Qué arte tan delicado, aquí, en el manejo de la jerga germanesca y del hampa y qué desgarre el de los pilluelos cuando se refieren á sus propias tretas y convienen en pagar el almojarifazgo de ladrones en la aduana de Monipodio!

La casa de éste, el patio, sobre todo, lugares son de tan clásica fama que tendríase por vulgaridad insigne acrecerla con el elogio. El talento descriptivo, la técnica literaria, la frescura jugosa de un pincel bien llevado, el encantamiento del color y la felíz combinación de los grupos de personas, no ha producido nunca, en consorcio tan felíz, cuadros y escenas como los que pasan y se suceden en la mansión del hampesco monarca. La palabra laudatoria no llega á donde Cervantes llevó la que empleara para describir, cincelando, puliendo, grabando, haciendo resurgir lo descrito con igual valor y realidad que si viviera. Es maravilloso ese patio, con la llegada de los profesantes en el arte que pone sus ejecutorias de nobleza en Mercurio; con aquella junta informe de mozos de la esportilla y estudiantes, bravos y matones, lisiados y andrajosos, la vieja halduda beata y ladrona y las mujeres de la *casa llana* tan sobradas de afeites y chafarrinones como ajenas de pudor y de vergüenza.

El conjunto es admirable, acaso nunca igualado en sabores de clásica maestría ni en tonos que mejor trasladen al lienzo el ambiente y los colores de una clase social.

El sentar plaza de *Rinconete y Cortadillo* en el hediondo ejército de Monipodio; la sabrosa comida, alrededor de la estera, *en el patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino;* los requiebros amorosos y el celarse de los galanes matasietes y las mozas de partido; el clarobscuro y extraño contraste que resalta de mezclar fanatismos y prácticas de religión con las del ejercicio de la industria monipodial; las jactancias, más aparatosas que verdaderas, de los valientes; los cantes, de tejoletas acompañados, de las damas de rompe y rasga; el miedo á la justicia, borrasca en medio de aquel cielo alegre; la intervención alguacilesca en las hazañas de la Corte de los milagros, nota que, como muchas del libro, delatan el estado de la sociedad de aquel entonces, no muy distante de la en que vivimos; la lectura del *Memorial de las cuchilladas*..... todas, todas son magníficos fragmentos de cuadros, cuadros enteros de por sí, que es lástima no tengan la sucesión de otros iguales para colocarse en el marco anchuroso, más amplio, por lo menos, que el deseo pide y que reclama el dejo exquisito de lo gustado en el que Cervantes trazó con sin igual arte y gigantesco poder literario.

Algo podría decirse aquí, como observación general, del acierto con que nuestros escritores retrataron la vida maleante, gitanesca y de la canalla. Mateo Alemán, Quevedo, el autor, sea quien fuere, en definitiva, del *Lazarillo,* Cervantes, para no citar más que los dioses mayores, son prueba de ello. En cuanto al que nos ocupa es maravillosa la frescura y sorprendente el garbo con que entre los del hampa anda y acciona. Hablábamos antes del genio de la raza cristalizado en esa especie

de literatura la más real, la más exacta traslación de la verdad que en escrito se contiene, y es lo cierto que si otras primacias no dijeran y pregonaran á gritos las muchas que nuestras letras del siglo de oro reunen, bastarían aquellas de la novela picaresca para que nos vanagloriemos de originales, castizamente característicos y propios en esas páginas donde se revuelven los vicios más inmundos y las más equívocas moralidades, pero iluminadas con destellos de luz tan intensa que ciegan, deslumbran y atraen con atractiva é invencible ceguera de admiración y entusiasmo.

Tales páginas son reveladoras de un estado social, ya lo hemos dicho, también. ¡Qué ocasión para intentar ese estudio que se escaparía, no obstante, de los límites impuestos á la crítica, superficial por no hacerla otro que yo, de *Rinconete y Cortadillo!*

Pero como de pasada, en lo que de la acción de ésta se desprende, ha de hablarse, ya que antes se apuntan, de la mezcla disforme de religiosidad crédula y de buena fe con la ejecución habitual de actos que códigos morales y políticos proscriben; la aberración que supone, de incultura y falsas creencias provenientes, el creer que hasta para acciones penales y nefandas necesítase del auxilio superior de la gracia divina; la tristeza que pone en el ánimo pensar que la justicia amenguara sus rigores por la dádiva y el presente y que tendía hilos de relación entre ella y los malhechores, como la tropa de Monipodio; cuán en nuestras costumbres estaba la vida errante y de sorpresas, sedimento que aún no ha desaparecido de nuestras costumbres porque es innato al genio aventurero étnico y tradicional y que al fermentar bullente y sonoroso produjo no pocas glorias nacio-

nales: cómo la pobreza y la holganza, á una con el cariñoso lucir del sol patrio, que nos lanza á la alegría de los campos y al bullicio de las calles, son fautores que á la vida pícara empujan; y de qué modo, aun siendo ésta semillero de vicios y germen de malas andanzas, un como hado fatal nos mueve á quererla, por lo menos en lo que tiene de desconocida, de amable, de producidora de hazañas y acometimientos peligrosos, de atractiva, porque no ha de negarse que en medio de la filosofía más negra que rosa de la existencia, para el que nada posee ni nada espera, tiene su encanto tumbarse á la buena de Dios, recibiendo besos de luz, despreocupado del mañana, contento con el presente y avizorando, eso sí, la manera de esquivar alguacilillos y guardas á cambio de poder regalarse con el fruto sabroso de lo ganado sin trabajo y como llovido de la suerte.....

Hasta dónde se transparentan en *Rinconete y Cortadillo* aspectos ó puntos de vista de la sociedad en que bullen los dos rufianes, difícil es que se señale.

Por ese lado es, también, grande la novela; he ahí una de las fuentes de sus méritos, que no son flojos los de acomodarse á su medio de acción; los de reflejarlo con tanta verdad que aparece y se muestra confuso con la vida histórica del momento que retrata; con sus manchas de luz, con sus vacíos de sombra; con sus defectos, colorados algunos por los tonos amables de que el pecado se viste; con sus virtudes, tal vez rebrilladoras, las más ingenuas, bajo la roña harapienta de los pobres ó acaso perceptibles entre la sentina miserable y negra de las corrupciones y de los extravíos humanos.

Rinconete y Cortadillo es hijo de su tiempo; es el mismo tiempo concretándose en una época y conserván-

dose, tal como es, en páginas escogidas. Vale, en tal concepto, más que cien historias ; de la fisonomía social de aquel entonces ningún libro de didáctica labor nos habla con más fiel testimonio.

Y ¿para qué mentar las condiciones literarias formales, puramente exteriores y de expresión, de la novela cervantina? Todo cuanto se diga, á las tales refiriéndome, será poco y escaso al lado de las admirables dotes de la obra.

Dentro de los límites en que se contiene, no le supera ninguna otra del más rico de los prosistas castellanos. Este ponía sus amores de autor en aquellos *Trabajos de Persiles y Sigismunda, libro el más malo ó el mejor que en nuestra lengua* se compusiere y el que, según la opinión de los amigos de Cervantes, había de llegar *al extremo de bondad posible*..... Mucho, por bien hablada, se ha encarecido esta obra, pero es lo cierto que la otra menor y no tan en lo alto puesta por su padre, *Rinconete y Cortadillo*, reune cuanto de donoso y galano puede dar, y con abundancia lo prodiga, el tesoro inexhausto y preciadísimo de la fabla castellana.

Riqueza ; variedad ; precisión ; nítida y natural transparencia ; sencillez en el componer ; perfecta adaptación de la idea y su envolvente material ; acabamiento absoluto y no superado en la pintura, para la que son matices y colores las palabras, más que requeridas por el talento, á las evocaciones del genio prontas á acudir justas, apropiadísimas ; música deleitable cuando su armonía conviene ; desgarre truhanesco y plebeyo si el lenguaje pide rajar y herir con el elemento fónico como hiere y raja con el concepto procaz, callejero, salpimentado con todas las ironías, agudezas y especias de la de-

senvoltura y del pillaje..... Es dechado de perfección, en cuanto á la forma, la novela; si no mereciese más loas tendría sin regateo las de exteriorizarse con magníficas vestiduras como acaso no se exteriorizaron los mejores libros. Al hábil y singular manejo de la charla gitanesca y de la germanía, se une en Cervantes el dominio absoluto, que posee, de frases, giros, expresiones, modismos y populares decires que obedecen al mágico poder que los rinde y subyuga como al misterioso encantamiento los seres encantados. Y así es aquél maestro sin segundo, y así algunas de sus obras lo que por unánime sentir son: la más maravillosa muestra del arte de que el de escribir es capaz y susceptible.....

Júntese á la belleza formal la que nace del fondo de la novela; acóplese, en inteligencia que no se desmiente un instante, el asunto con su manera de manifestarse; suéñese con una felicísima compenetración de lo que se dice con el modo de decirlo; colúmbrese con el deseo el armonioso conjunto y felíz maridaje de cuanto las facultades pedidas á un escritor pueden dar de sí y —aparte lunares que al principio he querido buscar y que mejor pueden provenir de costumbres literarias de la época que de inacabamiento de la tarea artística—dígase si es posible hallar nada que en primores y galas iguale al *Rinconete y Cortadillo*.

Es el acertar del genio espléndido y triunfante; es la cima ansiada á la que suben muy pocos, dejando, al ascender por trochas y abruptos derrumbaderos, á los vencidos en el noble intento..... Es el arte subyugando é imponiéndose. Es el *Gloria* que suena clamoroso enalteciendo á aquellos para quienes se produce en estrofas candentes y arrebatadas.....

En *Rinconete y Cortadillo* se juntan cuanto en las ideales artísticas esferas puede combinarse para cristalizar en una obra hermosa, perfecta.

Sin el *Quijote,* de mayor transcendencia social, de más filosófico empuje, de alcance más subido, de más hondo pensar y sentir, sin ese *Quijote,* que es único, este libro más pequeño enaltecería entre los más altos á su autor, digno de honra por tantas producciones grandes..... ¡Qué mucho que unidas las dos, preeminentes entre las por la misma fantasía y por igual mano creadas, pregonen altísonas la inmortalidad inmarcesible que como áureo nimbo emerge de la frente sagrada de Cervantes?

28 Marzo—7 Abril.

SEÑORES

Á LA GENEROSIDAD DE LOS CUALES

SE DEBE LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA

D. Mateo Arciniega.
» Juan José Rivacoba.
» Odón Apráiz.
» Gabriel Martínez de Aragón.
» Segundo Gutiérrez.
» Julián Vera-Fajardo.
» Robustiano de Zulueta.
» Santiago Altuve.
» Santiago de Guardiola.
» Eulogio Serdán.
» Miguel del Río.
» Mariano Alvarez.
» Félix Susaeta.
» Vicente de Ciria.
» Tiburcio Pradera.

D. Ramón Saleta.
» Ramón Varela.
» Cipriano Martínez.
» Julio Quiroga.
Iltmo. Sr. D. Ignacio Díaz Olano.
D. Pío Luis Larrañaga.
» Emilio Buesa.
» Severiano Lorente.
» Juan Ibargoitia.
» Teodoro Iradier.
» Esteban Ullívarri.
» José Gorrochátegui.
» Enrique Castroviejo.
» Gabriel de Echánove.
» José de Otálora.
Excmo. Sr. D. José de Echánove.
D. Casimiro Pando-Argüelles.
» Pedro Cubas.
» Bartolomé Aretio.
» Pedro Ordoño.
» Cecilio Susaeta.
» Domingo Echevarría.
» Antonio Chápuli.
» Joaquín Gil.
» José Fresco.
» Eduardo Guevara.
» José María de Zabala y Aragón.
» Diego Larrión.
» Cecilio Ochoa de Echagüen.
» Julián Apráiz y Sáenz del Burgo.
» Luis Susaeta.
» Ramón de Lanz.

D. Alejandro Zumárraga.
» Félix Lascaray.
» Ramón de Zavala.
» Carlos Roure.
» Francisco Ayala.
» Javier Aguirre.
» Juan Arámburu.
» Enrique Rodríguez de Llamas.
» Ramón de Mendívil.
» José Díaz de Huidobro.
» Fernando Amárica.
» José San Pedro Cea.
» Victoriano Odriozola.
» Federico Baráibar.
» Víctor Ruiz de Angulo.
» Joaquín Herrán.
» Francisco Martín.
» Jesús María Ordoño.
» Felipe Arrieta.
» Agustín Galíndez.
» Pío Cerrada.
» Francisco Nebot.
» Javier San Martín.
» Salustiano Mendía.
» Antonio Allué.
» Manuel Múgica.
» Pablo Velasco.
» Casiano Jáuregui.
» Aniceto Llorente.
» Cecilio Egaña.
» Cosme Carrión.
» Mateo Andreu.

D. Fermín Cavirot.
» Vicente Bordas.
» Hildebrando Herrero.
» Policarpo González de Herrero.
» Samuel Agrelo.
» Félix Orella.
» Enrique Iglesias.
» Patricio Larrea.
» Antonio Gobeo.
» Antonio Cabrera.
» Gregorio de Rivacoba.
Excmo. Sr. Marqués de la Alameda.
D. Antonio de Verástegui.
» José María Ortega.
» Javier Mongelos.
» Julio Saracíbar.
» Angel Gorrochátegui.
» Gil de Legaria.
» Pedro Rodríguez de Llamas.
» Jesús de Velasco.
» José Ochoa de Retana.
» Melquiades Alegría.
» Miguel Goldaracena.
» Nicolás Martínez.
» Martín Martínez.
» Tomás Hernández.
» Pedro Hueto.
» Emilio Lêvéque.
» Agustín Mundet Gerendiain.
» Agustín Mundet Pereda.
» Cesáreo de los Mozos.
» José Colá y Goiti.

D. José Gordóvil.
» Felipe Díaz de Espada.
» José Arce.
» José Ortíz de Zárate Mendoza.
» Alfredo Tabar Ripa.
» Baldomero González.
» Pedro Tournán.
» Domingo Sar.
» Manuel H.
» Baldomero López Cereceda.
» Daniel López de Garayo.
» José Rovira.
» Juan Bautista Abreu.
» Fermín Pérez de Nanclares.
» Manuel de Echánove.
» Dionisio Tauste.
» José Delgado.
» Clemente Arráiz Incháurregui.
» Feliciano Herrero.
» Víctor Acedo.
» José María Sánchez Bordona.
» Paulino Mendívil.
» Joaquín Echenique.
» José María Díaz de Mendívil.
» Luis Zumárraga.
» Felipe Landazábal.
» Eduardo Velasco y Goñi.
» José Parajúa.
» Enrique Tirado.
» Ricardo Barrena.
» José Alvillos.
» Julián de la Cámara.

D. Nicomedes Lejarreta.
» Antonio López de Guereñu.
» Nicanor Urrutia Arroyuelo.
» Joaquín Sisternes.
» Martín Léonard.
» Faustino Ballesteros.
» Carmelo Sánz.
» Faustino Galarreta.
» Manuel Ruiz Gómez.
» Cástor Ruiz de Apodaca.
» Pedro López de Maturana.
» Juan Alti.
» Andrés de Silva.
» Eduardo Pérez.
» Felipe Larrinoa.
» José de Lopidana.
» Francisco Javier Sánchez.
» José López de Guereñu.
» José Díaz de Betolaza.
» Ramón Auqué.
» Gregorio Cruza.
» Alejandro Laborié.
» Sebastián Ricardo Aranegui.
» Ricardo López de Uralde.
» Florentino Urrutia.
» Julián Aresti.
» Gumersindo Griñón.
» Dámaso Villanueva.
» Generoso Bajo é Ibáñez.
» Domingo de Iñiguez.
» A. P. G.
» T. I. y M.

D. Antonio López de Guereñu.
» Isidro Alonso.
Sres. Hijos de Iturbe.
D. Juan Guinea.
» José Matauco.
» Calixto Giga.
» Luis Olariaga.
» Miguel Fernández Dans.
» Felipe Castrillo.
» Manuel Cano.
» Pablo Landazábal.
Un amante de la literatura (Rafael).
D. Santiago Arisnea.
» Angel Eguileta.
» M. D. E.
El Círculo Vitoriano.
D. Saturnino Echenique.
» Federico Luzuriaga.
» V. H.
» José Retana (hijo).
» Sebastián Aranda.
» Blas Garmendia.
» Manuel Ugarte.
» Daniel Alba.
» Valentín Oleaga.
» Juan Aizquíbel.
» Simón López.
» Nicolás Otazu.
» Tomás Moro.
» Eduardo Velasco y López Cano.
» Gabriel Buesa.
» Isidoro Larrinoa.

D. Enrique Mendoza.
» Pantaleón Iradier.
» Julián Apráiz y Arias.
» Eduardo Béiztegui.
» Enrique Rovira.
» Enrique Irabién.
El Ateneo de Vitoria.
D. Luis Fernández de Landa.
» Pedro del Mármol.
» Julián Pedrero.
» Víctor González de Echávarri.
» Ramón Torrijos.
» José Roure.
» Ponciano Legaria.
» Enrique Venegas.
» Nicasio Ortíz de Zárate.
» F. N. R.
» Andrés García Fresca.
» Pedro Balanzátegui.
» Damián Vicuña.
» Prudencio Verástegui.
» Gumersindo Tournán.
» Jaime Verástegui.
» Domingo Quiroga.
» José López de Zuazo.
» Bernabé López de Uralde.
» Mateo Martínez de Osaba.
» Laureano de Irazazábal.
» Guillermo Elío.

Si alguno de los donantes queda sin incluir en esta lista, ruégale el autor encarecidamente que le perdone esta omisión, de la que no es culpable porque, alejado de este asunto, por razones que fácilmente se comprenderán, ha tenido que sujetarse á las relaciones que se le han proporcionado.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria 3
Dos palabras 5

TRABAJOS PREMIADOS EN VITORIA

Análisis literario del discurso de «Don Quijote» sobre las armas y las letras 9
Cervantes perfecto católico en el «Quijote» 35
Realismo del «Quijote» 65
Estudio sobre el escrutinio de la librería de «Don Quijote» 119
Interpretación del simbolismo que encarnan los siguientes personajes: «Don Quijote,» «Sancho Panza,» «El Cura» y «El Barbero» 163

TRABAJO PREMIADO EN SEVILLA

Estudio crítico de una de las Novelas Ejemplares de Cervantes. «Rinconete y Cortadillo» 217

* * *

Señores á la generosidad de los cuales se debe la impresión de esta obra 245

ESTE LIBRO, QUE CARIÑOSOS AMIGOS DEL AUTOR EDITAN, SE ACABÓ DE IMPRIMIR Á LOS XXI DÍAS DEL MES DE JUNIO DE MCMV, EN LOS TALLERES DE LOS HIJOS DE ITURBE, EN VITORIA.

ESTE LIBRO, QUE CARIÑOSOS AMI-
GOS DEL AUTOR EDITAN, SE ACA-
BÓ DE IMPRIMIR Á LOS XXI
DÍAS DEL MES DE JUNIO
DE MCMV, EN LOS TA-
LLERES DE LOS HI-
JOS DE ITURBE,
EN VITORIA.

LIBROS DEL AUTOR

Cantares (en colaboración).
Cuentos.—Tomo I. (Agotado).
Cuentos.—Tomo II. (Agotado).
Cuaresma y Semana Santa. (Agotado).
Discursos literarios.—Heine y Becquer. La mujer y la poesía lírica. Tendencias literarias en la España del siglo XIX.
Las orejas del Chantre (en colaboración).
Papeles al aire.—Cuentos.

PARA PUBLICARSE

Ramuntcho.—Novela de Pierre Loti. (Traducción).
Cartas españolas.
Volantes.
Mi colección.—Versos.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6341
B05M3

Madinaveitia, Herminio
Recuerdos de un centenario

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 05 12 025 1